LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS

[LOS TEXTOS QUE PUDO LEER DON QUIJOTE DE LA MANCHA]

EDITORIAL CASTALIA

Castalia Prima
La literatura para los jóvenes

LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS

[LOS TEXTOS QUE PUDO LEER DON QUIJOTE DE LA MANCHA]

EDITORIAL CASTALIA

Castalia Prima
La literatura para los jóvenes

LIBROS DE

CABALLERÍAS

CASTELLANOS

MAGDALENA AGUINAGA MARÍA ANGULO EGEA JOSÉ LUIS ARAGÓN

LIBROS DE

CABALLERÍAS

CASTELLANOS

LOS TEXTOS QUE PUDO LEER

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Antología seleccionada por

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

y EMILIO SALES DASÍ

En nuestra página web www.castalia.es encontrará el catálogo completo de Castalia comentado.

es un sello propiedad de

Oficinas en Barcelona: Avda. Diagonal, 519-521 08029 Barcelona Tel. 93 494 97

Primera edición impresa: febrero 2007

Primera edición en e-book: septiembre 2012

Edición en ePub: febrero de 2013

© de la edición: José Manuel Lucía Megías y Emilio Sales Dasí

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2012

www.edhasa.es

ISBN 978-84-9740-550-8

Depósito legal: B.25481-2012

Ilust. de cubierta: El caballero recibe un regalo de su dama (Manuscrito alemán del siglo XV).

Diseño gráfico: RQ

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447).

Combate entre caballeros, según una miniatura francesa del siglo XV.

Presentación

«Libros de caballerías: los que tratan de hazañas de caballeros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Caballero del Febo y los demás». Así se definían los libros de caballerías en 1611: libros de entretenimiento, de placer y gusto; libros que se leían en familia, entre los amigos, que hacían que las largas (y aburridas) noches de invierno pasaran más rápidas o más refrescantes las interminables (y sudorosas) tardes de verano. Libros que todo el mundo conocía porque siempre había alguien que supiera leer que pudiera coger uno y leerlo en medio de una plaza, de un comedor, del patio de una venta.

Los libros de caballerías castellanos son hijos de las aventuras de los caballeros de la Mesa Redonda, con el Rey Arturo, Lanzarote del Lago y la Reina Ginebra a la cabeza; hijos de esas aventuras medievales, llenas de magia y de guerras, que hicieron la delicia de los nobles feudales por varios siglos. Nacieron estos libros de caballerías a finales del siglo xv, en un tiempo de cambios… ¡y qué cambios!: el descubrimiento de América, la llegada al trono de los Reyes Católicos y la creación del Estado Moderno, el triunfo del Renacimiento… Y nacieron porque a un alcalde de Medina del Campo, gran amante de los textos medievales, se le ocurrió la idea de reescribir las aventuras del caballero andante Amadís de Gaula medieval y ponerle los ropajes de los nuevos tiempos renacentistas; y este libro, Los cuatro libros de Amadís de Gaula, tuvo tal éxito que muchos se pusieron a escribir aventuras similares, que dieron cuerpo a otros tantos caballeros, de nombres tan extraños como Esplandián, Cirongilio, Felixmarte, Florambel, Lisuarte, Florisel, Rogel… sin olvidar sus damas, todas ellas igual de valientes, mucho más hermosas.

El caballero andante vive en un mundo ideal, en una Edad de Oro en que todas las virtudes están presentes –humildad, fortaleza, valentía, generosidad…–, pero también lugar en que la maldad está al acecho para destruirlo: envidia, soberbia, avaricia… En los libros de caballerías se dice que no hay mayor falta en un caballero andante que la soberbia, que el creerse más de lo que es. Libros llenos de aventuras, tanto guerreras como amorosas, de enredos y situaciones cómicas, de pruebas imposibles de superar… pero también libros de enseñanzas al mostrar formas ideales de comportamiento, por más que ahora (aparentemente) estén alejadas de nuestro modo de pensar o de actuar. ¿O estamos más cerca de los libros de caballerías de lo que creemos?

A veces, aunque nos cuesta mucho reconocerlo, educados como estamos en un mundo donde la ciencia o el progreso invitan a mirar hacia adelante, hay que reconocer que muchas cosas están ya inventadas. Hay que volver la vista atrás y comprobar cómo la literatura o el cine presentan como nuevas unas historias y unos asuntos que colmaron la imaginación de nuestros antepasados más remotos. La idea del movimiento cíclico y el mito del eterno retorno cobran vida en los éxitos literarios más recientes o en las películas más taquilleras de los últimos años. Detrás de producciones cinematográficas tan costosas como la saga de La guerra de las galaxias, detrás de las aventuras de Frodo Bolson o los increíbles hechizos de Harry Potter alienta un espíritu que, a pesar de los siglos transcurridos, tiene mucho de caballeresco, tiene un sello que fácilmente reconocerían aquellos lectores que, como don Quijote, tuvieron que vender sus tierras para adentrarse en los libros de caballerías y en las portentosas hazañas y sensuales amores de sus protagonistas. Claro que, con el paso del tiempo, los lectores de hoy en día, afortunadamente, no tienen tantos problemas para comprar un libro de aquellos que en el siglo xvi resultaban tan caros. El lector de hoy en día no necesita que alguien que sabe leer le refiera en voz alta las aventuras de unos caballeros a las que su analfabetismo les impediría acceder. Aun así, disfrazadas de tecnológica modernidad, ¿no tienen esas extraordinarias espadas láser de Skywalker o los jedi algo de la efectividad de fantásticas espadas como Excalibur? La odisea de Frodo a través de la Tierra Media ¿no tiene algo de ese viaje trazado al azar del caballero andante? Los encantamientos y metamorfosis de los magos de la escuela de Hogwarts ¿no pueden tener su paralelo en las transformaciones de sabios encantadores como Merlín, Urganda, Alquife y tantos otros?

En un contexto y una sociedad diferente a la del Renacimiento español, con el apoyo de la mercadotecnia o la cultura visual las novelas de Tolkien o Rowling encabezan las listas de los libros más vendidos, pero en muchos sentidos su originalidad está condicionada por el desconocimiento de libros viejos, algunos de cuyos pasajes aquí te ofrecemos. En ellos encontrarás al héroe a merced de circunstancias adversas desde su nacimiento, igual que le ocurre a ese pequeño mago con gafas que, curiosamente, lleva una cicatriz en la frente, así como los caballeros elegidos y predestinados podían llevar grabada cualquier señal en su cuerpo. En estos textos encontrarás también unos móviles como la fama, el honor o la generosa dedicación a los menesterosos que en el universo galáctico de las películas americanas se resume en el apego a «la fuerza». Hallarás por doquier golpes inauditos o grandes batallas que podrás comparar con las grandes confrontaciones de los hombres y elfos contra los malvados ejércitos de Mordor.

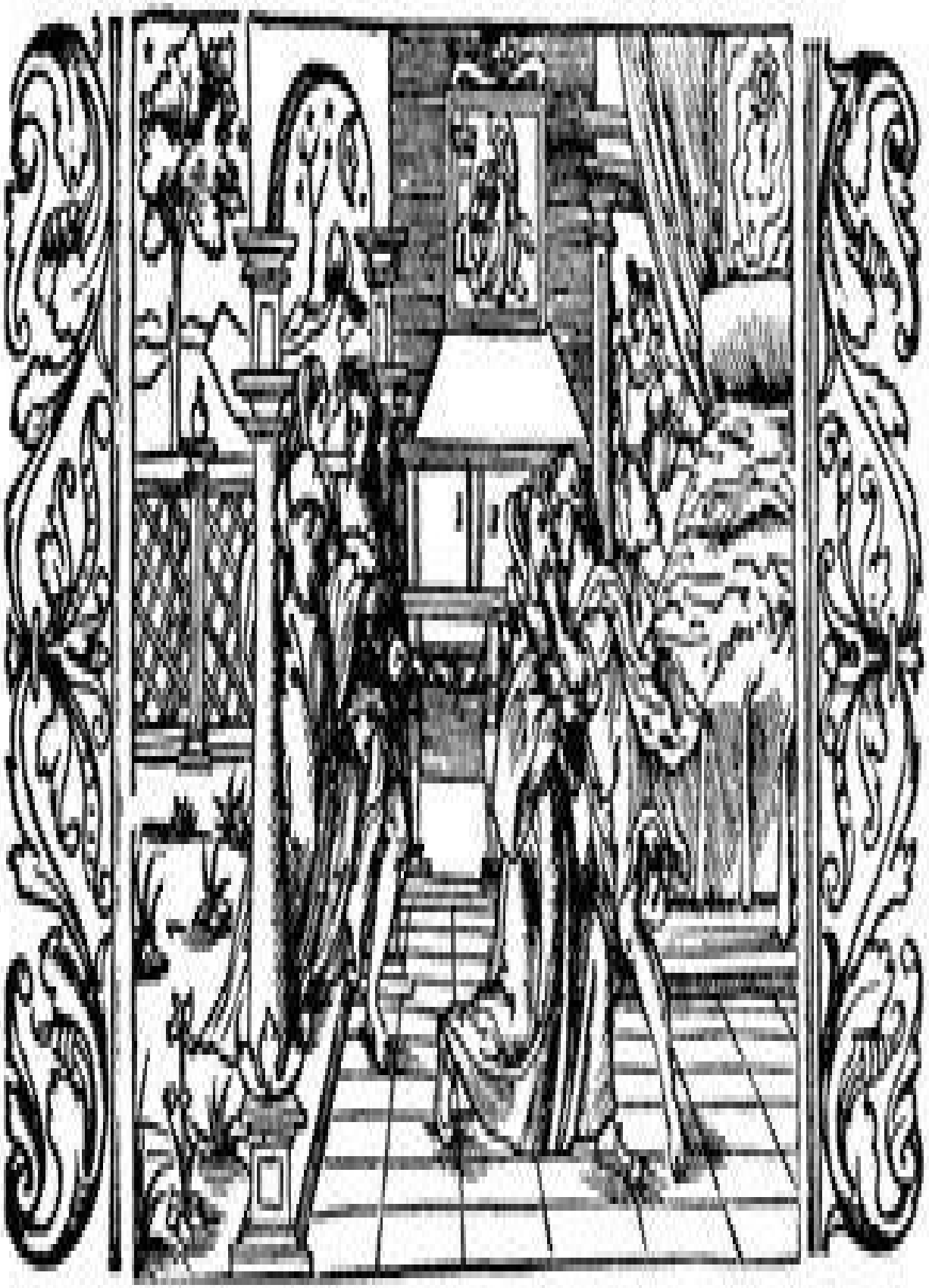
Eso es, el lado oscuro, el lado oscuro de la fuerza que siempre se resiste a desaparecer, porque de no existir tampoco destacaría el heroísmo de los caballeros de antaño, vestidos con ropajes modernos para combatir y demostrar su condición esforzada contra el Emperador, contra Voldemort o contra Mordor.

Arturo, Lanzarote, Amadís, Palmerín, Belianís fueron los nombres de algunos de los personajes legendarios y literarios que durante muchos siglos, desde la Edad Media hasta principios del siglo XVII, se convirtieron en un modelo de conducta que estimuló a empresas casi imposibles a los hombres de la Península y del Occidente europeo. Sus gestas sirvieron de ejemplo a aquellos conquistadores que partían hacia el Nuevo Mundo desde las costas andaluzas. Para aquellos que no querían o no podían seguir su estela, los espectáculos urbanos rememoraban sus proezas militares mediante representaciones, desfiles o invenciones a las que asistían desde los nobles hasta los pequeños artesanos. Como los grandes hechos no podían caer en el olvido y las gentes se deleitaban con su presencia figurativa, escritores y escenógrafos popularizaban sus hazañas para deleite visual de nuestros antepasados. Si ellos vieron refrendada su gloria en las calles y plazas públicas, las salas de cine modernas, previo pago de la entrada correspondiente, ofrecen un producto comercial y lúdico que muchas veces ha disfrazado con nuevos ropajes una creación antigua. Si en los libros de caballerías se inventaba una realidad ilusoria de la que salía triunfante el Bien y se proporcionaba a lectores y oyentes maravillas indescriptibles, en pleno siglo xxi la historia se vuelve a repetir: busca en los libros de caballerías monstruos inimaginables, busca hazañas irrepetibles, busca todo aquello que parece imposible de conseguir para cualquier humano y lo encontrarás. La ficción permite que los sueños se vean cumplidos o que la realidad se manipule a nuestro antojo. Esto ya lo habían descubierto nuestros antepasados. Ahora bien, su conocimiento de la ciencia ficción era mínimo y sólo podían pensar en reinos exóticos, imaginarios o extraños. Frente a ellos, los límites del mundo conocido por el hombre actual se han ensanchado enormemente. Sin embargo, nos sigue apasionando la posibilidad de ampliar las fronteras y descubrir seres maravillosos más allá de las estrellas, en lugares muy remotos. Tú los habrás hallado en mundos escondidos al común de los mortales si has seguido los relatos de Tolkien o has viajado a bordo de esas naves que navegan a velocidad interestelar. En cualquiera de estas travesías siempre estarán junto a ti los héroes para aportarte la seguridad que necesitas ante cualquier amenaza del lado oscuro. Si por un casual te sientes perdido, no dudes en llamar a los viejos caballeros andantes. Además de protegerte con sus espadas mágicas o sus lanzas cortantes, te podrán prestar su armadura resplandeciente. Con estos instrumentos podrás empezar

seguro tu viaje. Entonces te recomendamos algo que seguro te será muy familiar: «que la fuerza de las caballerías te acompañen».

LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS

Libro de los Caballeros de la Orden de Santiago. Burgos, Archivo Municipal.



Encuentro de Elisena y el rey Perión en Le Premier Livre de Amadis de Gaule, trad. Nicolas Herberay des Essarts.

(Paris, Denis Janot, 1540).

1

De las extrañas circunstancias que rodearon el nacimiento de Amadís de Gaula con otros hechos dignos de memoria

Tras llegar al reino de la Pequeña Bretaña, el rey Perión de Gaula se enamora a primera vista de Elisena, hija del rey Garínter. Como su pasión es correspondida por la infanta y ambos se desean en extremo, es la propia Elisena la que irrumpe una noche en la habitación del monarca y, después de que éste jure sobre su espada contraer matrimonio con ella, tiene lugar el encuentro carnal. Así pasan algunas noches los enamorados hasta que Perión tiene que partir. La pareja se separa con gran dolor y sin imaginar que la infanta ha quedado embarazada. La unión de Perión y Elisena da lugar al nacimiento de Amadís de Gaula, el más famoso de los caballeros andantes, pero el carácter secreto de sus relaciones determinará, además, el posterior abandono del recién nacido, estableciendo uno de los motivos más recurrentes del género: la soltería pública de la madre desencadena la separación del futuro héroe de sus progenitores, quien crece sin conocer su identidad ni su linaje, que sólo recuperará después de haber superado mil aventuras.

Pues así fueron pasando su tiempo hasta que preñada se sintió, perdiendo el comer, el dormir y la muy hermosa color. Allí fueron las cuitas y los dolores en mayor grado, y no sin causa, porque en aquella sazón[1] era por ley establecido que cualquier mujer por de estado grande y señorío que fuese, si en adulterio se hallaba, no le podía en ninguna guisa[2] excusar la muerte. Esta tan cruel costumbre y pésima duró hasta la venida del muy virtuoso rey Artús, que fue el mejor rey de los que allí reinaron, y la revocó al tiempo que mató en batalla ante las puertas de París al Floyan.[3] Pero muchos reyes reinaron entre él y el rey Lisuarte[4] que esta ley sostuvieron.[5] Y comoquiera que aquellas palabras que el rey Perión en su espada prometiera, como se os ha dicho, ante Dios sin culpa fuese, no lo era ante el mundo, habiendo sido tan ocultas;[6] pues pensar de lo hacer saber a su amigo no podía ser, que como él tan mancebo fuese y tan orgulloso de corazón que nunca tomaba holganza[7] en ninguna parte sino para ganar honra y fama, que nunca su tiempo en otra cosa pasaba sino andar de unas partes a otras como caballero andante. Así que por ninguna guisa ella remedio para su vida hallaba, no le pesando tanto por perder la vista del mundo con la muerte, como la de aquel su muy amado señor y verdadero amigo; mas aquel muy poderoso Señor, por permisión del cual todo esto pasaba para su santo servicio, puso tal esfuerzo y discreción a Darioleta,[8] que ella bastó con su ayuda de todo lo reparar, como ahora lo oiréis.

Había en aquel palacio del rey Garínter una cámara[9] apartada, de bóveda, sobre un río que por allí pasaba, y tenía una puerta de hierro pequeña por donde algunas veces al río salían las doncellas a holgar,[10] y estaba yerma, que en ella no albergaba ninguno; la cual, por consejo de Darioleta, Elisena a su padre y madre para reparo de su mala disposición y vida solitaria, que siempre procuraba tener, demandó, y para rezar sus horas sin que de ninguno estorbada fuese, salvo de Darioleta, que sus dolencias sabía, que la sirviese y la acompañase, lo cual ligeramente por ellos le fue otorgado, creyendo ser su intención solamente reparar el cuerpo con más salud y el alma con vida más estrecha; y le dieron la llave de la puerta pequeña a la doncella, que la guardase y abriese cuando su hija por allí se quisiese solazar. Pues aposentada Elisena allí donde oís con algo de más descanso por verse en tal lugar, que a su parecer antes allí que en otro alguno su peligro reparar podía, hubo consejo con su doncella qué se haría de lo que pariese.

—¿Qué? Señora —dijo ella—, que padezca porque vos seáis libre.

—¡Ay, Santa María! —dijo Elisena—; y ¿cómo consentiré yo matar aquello que fue engendrado por la cosa del mundo que yo más amo?

—No curéis[11] de eso —dijo la doncella—, que si os mataren, no dejarán a ello.

—Aunque yo como culpada muera —dijo ella—, no querrán que la criatura inocente padezca.

—Dejemos ahora de hablar más en ello —dijo la doncella—, que gran locura sería por salvar una cosa sin provecho, condenásemos a vos y a vuestro amado, que sin vos no podría vivir; y vos viviendo y él, otros hijos habréis que el deseo de éste os hará perder.

Como esta doncella muy sesuda fuese y por la merced de Dios guiada, quiso antes de la priesa[12] tener el remedio. Y fue así de esta guisa: que ella hubo cuatro tablas tan grandes, que así como arca una criatura con sus paños encerrar pudiese, y tanto larga como una espada; e hizo traer ciertas cosas para un betún con que las pudiese juntar, sin que en ella ninguna agua entrase, y lo guardó todo debajo de su cama sin que Elisena lo sintiese, hasta que por su mano juntó las tablas con aquel recio betún, y la hizo tan igual y tan bien formada como la hiciera un maestro. Entonces la mostró a Elisena y dijo:

—¿Para qué os parece que fue esto hecho?

—No sé —dijo ella.

—Lo habéis de saber —dijo la doncella— cuando menester será.

Ella dijo:

—Poco daría por saber cosa que se hace ni dice, que cerca estoy de perder mi bien y alegría.

La doncella hubo gran duelo de verla así, y viniéndole las lágrimas a los ojos se le tiró delante[13] porque no la viese llorar.

Pues no tardó mucho que a Elisena le vino el tiempo de parir, de que los dolores sintiendo como cosa tan nueva, tan extraña para ella, en grande amargura su corazón era puesto, como aquella que le convenía no poder gemir ni quejar, que

su angustia con ello se doblaba; mas en cabo de una pieza, quiso el Señor poderoso que sin peligro suyo un hijo pariese, y tomándole la doncella en sus manos vio que era hermoso si ventura hubiese, mas no tardó de poner en ejecución lo que convenía según de antes lo pensara, y le envolvió en muy ricos paños, y lo puso cerca de su madre, y trajo allí el arca que ya oísteis; y le dijo Elisena:

—¿Qué queréis hacer?

—Ponerlo aquí y lanzarlo en el río —dijo ella—, y por ventura guarecer[14] podrá.

La madre lo tenía en sus brazos llorando fieramente y diciendo:

—¡Mi hijo pequeño, cuán grave es a mí la vuestra cuita! La doncella tomó tinta y pergamino, e hizo una carta que decía: Este es Amadís sin Tiempo, hijo de rey. Y sin tiempo decía ella porque creía que luego sería muerto, y este nombre era allí muy preciado porque así se llamaba un santo a quien la doncella lo encomendó. Esta carta cubrió toda de cera, y puesta en una cuerda se la puso al cuello del niño. Elisena tenía el anillo que el rey Perión le diera cuando de ella se partió, y lo metió en la misma cuerda de la cera, y asimismo poniendo el niño dentro en el arca le pusieron la espada del rey Perión[15] que la primera noche que ella con él durmiera la echó de la mano en el suelo, como ya oísteis,[16] y por la doncella fue guardada, y aunque el rey halló menos,[17] nunca osó por ella preguntar, porque el rey Garínter no hubiese enojo con aquellos que en la cámara entraban.

Esto así hecho, puso la tabla encima tan junta y bien calafateada[18] que agua ni otra cosa allí podría entrar, y tomándola en sus brazos y abriendo la puerta, la puso en el río y la dejó ir; [19]y como el agua era grande y recia, presto la pasó a la mar, que más de media legua de allí no estaba. A esta sazón el alba aparecía, y acaeció[20] una hermosa maravilla, de aquellas que el Señor muy alto cuando a Él place suele hacer: que en la mar iba una barca en que un caballero de Escocia iba con su mujer, que de la Pequeña Bretaña llevaba parida de un hijo que se llamaba Gandalín, y el caballero había nombre Gandales; y yendo a más andar su vía[21] contra Escocia, siendo ya mañana clara vieron el arca que por el agua nadando iba, y llamando cuatro marineros les mandó que presto echasen un batel y aquello le trajesen, lo cual prestamente se hizo, comoquiera que ya el arca muy lejos de la barca pasado había. El caballero tomó el arca y tiró la cobertura y vio

el doncel que en sus brazos tomó y dijo:

—Éste de algún buen lugar es.

Y esto decía él por los ricos paños y el anillo y la espada, que muy hermosa le pareció, y comenzó a maldecir la mujer que por miedo tal criatura tan cruelmente desamparado había, y guardando aquellas cosas rogó a su mujer que lo hiciese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que a Gandalín su hijo criaba; y la tomó con gran gana de mamar, de que el caballero y la dueña mucho alegres fueron[22].

Procedencia: Garci Rodríguez de Montalvo,

Amadís de Gaula, [1508], capítulo I.

Palmerin de Oliua,

Libro del famoso cauallero Palmerin de Oliua,

que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuesse: Agora nuevamente impresso.

En Toledo: En casa de Pedro Lopez de Haro. Año de. M. D. LXXX.

Portada de Palmerín de Olivia

(Toledo, Pedro López de Haro, 1580).

2

De cómo Palmerín de Olivia es armado caballero para dar fin a la espantable Aventura de la Serpiente

Abandonado poco después de nacer en la montaña de Olivia, Palmerín se cría con unos padres adoptivos: Geraldo, un rico colmenero, y Marcela. Aunque vive entre villanos durante su infancia, el protagonista tiene otras expectativas. Varias veces se le aparece en sueños una doncella que lo incita a abandonar su casa y optar por una vida más acorde con su alto linaje. Después de salir de Olivia sin decirles nada a sus padres, se topa con un enano que le informa de la Aventura de la Serpiente de la Montaña Artifaria. En dicho lugar hay una fuente cuyas aguas pueden sanar a Primaleón, rey de Macedonia, y muchos caballeros para complacer a la infanta Arismena han intentado derrotar a la gran serpiente que guarda la fuente. Tales nuevas impulsan a Palmerín a querer recibir la orden de caballería, para lo cual se desplaza a la corte de Florendos. Allí será ordenado caballero con las armas singulares que le enviará un sabio desconocido.

Después que hubo comido, estando Florendos hablando con Palmerín[23] hasta que fue de noche preguntándole por toda su hacienda[24] y cuánto había que estaba en aquella tierra, Palmerín se lo contó todo, que no faltó nada. Y ya que Florendos se quería ir a dormir, mandó traer a un doncel suyo las armas que fueron de Guamecir, hijo del Soldán de Babilonia, aquellas que el Emperador le dio, y dijo:

—Palmerín, estas armas gané yo del mejor caballero que en aquel tiempo había en el mundo,[25] cuando mi corazón era más alegre y lozano que ahora, por donde yo osaba acometer cualquier gran hecho, lo que ahora no haría. Y quiero que las hayáis vos porque sois el más hermoso que yo nunca vi; la bondad y ardimiento[26] Dios vos la puede dar pues tan buen aparejo os dio.

Palmerín le besó las manos. Frinato[27] lo armó luego de la muy fuerte y rica loriga[28] de Guamecir y fuese con él a la capilla porque velase aquella noche las armas.

Arismena[29] con todas sus dueñas y doncellas se vino para él, y ella rogó a todas que rogasen a Dios por Palmerín que era tan niño y quería acometer tan gran hecho de ir a matar la serpiente por traer el agua. Ellas lo hicieron con gran corazón; Palmerín fue muy alegre con la infanta por mirarla bien si tenía la señal en la mano que la doncella le mostró;[30] mas no se la pudo ver, que no era aquélla la que él pensaba ni era tan hermosa como la otra; y Palmerín sosegó su corazón. Y toda la mayor parte de la noche estuvo la infanta hablando con él, aconsejándole que dejase de ir a la montaña Artifaria porque no muriese como los otros; mas cosa que ella le dijese no aprovechó, que tanto más le crecía a él el corazón porque se dolía de su abuelo de la grave enfermedad que padecía.

Y como otro día Florendos se levantó, fuese a la capilla y dijeron la misa, y él que quería hacer caballero a Palmerín, entró una doncella en la capilla y traía un yelmo muy rico en las manos y un escudo de un muy fuerte y limpio acero, y no traía otra cosa en él pintada sino una mano de una doncella, cerrada, y dijo:

—Señor Florendos, deteneos un poco y daré a Palmerín estos regalos que le traigo, que le hacen menester a este tiempo.

Florendos se maravilló y dijo:

—Doncella, yo esperaré cuanto vos quisiereis.

La doncella se le humilló y dijo a Palmerín:

—Señor Palmerín de Olivia, mucho afán he pasado por venir a este tiempo. Un caballero que es mi señor os envía este yelmo y escudo, aunque vos no lo conocéis ni él os ha visto, mas sabe más de vuestra hacienda que vos mismo. Y por la gran bondad que en vos hay y ha de haber, os ama y os dice que guardéis este escudo, que en él hallaréis el secreto de vuestro corazón.

—Os ruego, mi buena señora —dijo Palmerín—, que me digáis el nombre de ese caballero y adónde lo podría hallar para que le pudiese servir este don[31] que me envió.

—No podéis ahora más saber de esto —dijo la doncella—, que vuestras cosas han de venir.

—Pues así es —dijo Palmerín—, decidle a ese caballero que yo quedo por suyo y haré toda cosa que él me envíe a mandar; yo os agradezco mucho el afán que habéis pasado en buscarme.

—Yo se lo diré así —dijo la doncella—, y acordaos de esto que le prometéis.[32]

Y como esto dijo, hincó las rodillas delante de Florendos y le dijo:

—¡Ay, doncella —dijo Florendos—, vos me habéis dicho cosa por donde merecíais gran galardón![33] A Palmerín amaba yo mucho desde la hora que lo vi, mas de aquí adelante lo amaré más, pues tan bueno ha de ser.

Y mandó luego Florendos traer muy ricos regalos y los dio a la doncella, y le dijo que se fuese en buena hora pues más no se podía detener. La doncella se despidió y se tornó como vino. Florendos dijo a Palmerín:

—Vos tenéis ahora mejor complimiento de armas[34] que yo os di, porque las que os trajo la doncella son muy buenas, especialmente el escudo, que es muy fuerte. Y ruego a Dios que os haga tan buen caballero que hagáis verdaderas las palabras de la doncella.

Y tomó Florendos la espada que fuera de Guamecir, que era muy rica, e hizo caballero con ella a Palmerín y después lo besó en el rostro,[35] y le dijo:

—¡Quiera Dios, mi verdadero amigo, que yo vea aquel día que tan bueno habéis de ser y asimismo vea las vuestras caballerías, que tan grandes han de ser!

Palmerín le besó las manos y saliéronse al gran palacio. Palmerín fue desarmado por la mano de muchos buenos caballeros que ya mucho lo preciaban por lo que habían oído decir. La infanta Arismena le envió un manto blanco con flores de oro que ella tenía, con que se cobijase; y él lo hizo por amor de ella. Florendos le hacía mayor honra que hasta allí, y le dijo que le rogaba que no quisiese irse a combatir con la serpiente, que era gran peligro. Palmerín le respondió:

—Os pido por merced, mi señor, que no me mandéis cosa que sea mi vergüenza. [36] Ahora que soy caballero tengo de trabajar por hacer lo que una vez prometiera; aunque supiese morir, no dejaría de ir a verla, pues ya lo dije.

Florendos se maravillaba de él y le rogó que se sufriese de partirse por algún día; y él le dijo que estaría allí por amor de él ocho días y no más. Y como se vio solo, miró bien el escudo que la doncella le trajo y vio la mano cerrada que en él estaba figurada, y dijo en su corazón:

—Verdaderamente ésta es la mano de la doncella que yo vi[37] y aquel caballero gran sabio la puso aquí porque yo conociese que no es vano lo que vi. Otra vez torno a jurar, por la fe que a Dios debo y por la orden de caballería que yo hoy recibí, de andar por todo el mundo a buscarla, aunque reciba grande afán y trabajo: nunca otra será señora de mi corazón sino ella.

Y desde aquella hora Palmerín sintió encender su corazón en amor de aquella que no había visto ni oído quién era, y decía:

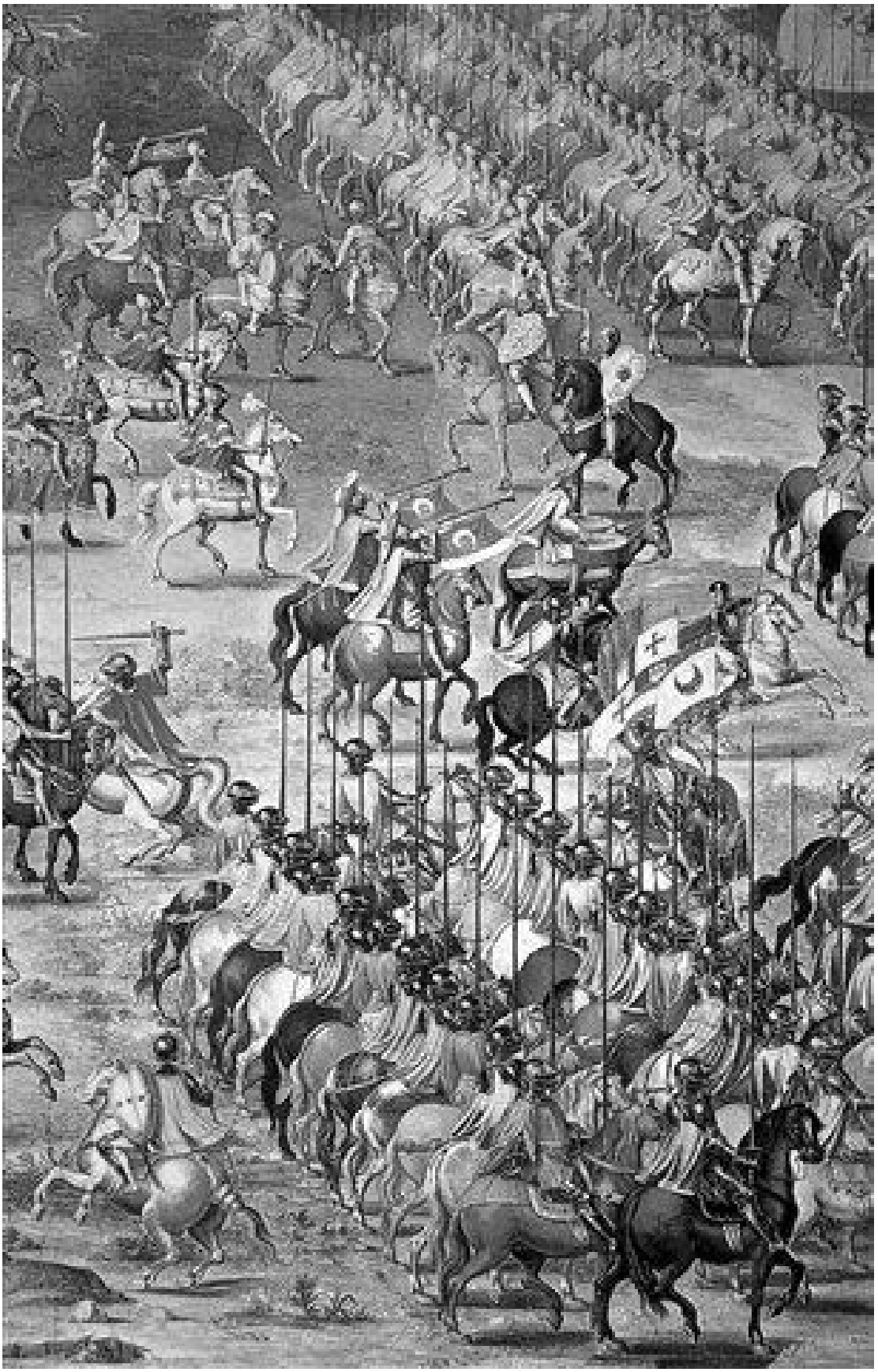
—¡Ay cautivo!, ¿qué cosa fuera de razón es ésta, que yo sienta el tormento por aquella que nunca vi? Conviéneme de no holgar hasta que la halle, porque mi corazón no sea deshecho con su deseo. Mucho me pesa por haber prometido a Florendos de estar aquí tanto, mas por fuerza lo habré de hacer.

Y mientras Palmerín estuvo con Florendos, hizo hacer una maza de hierro muy pesada porque él se entendía de ayudar de ella muy bien.

Procedencia: Palmerín de Olivia

[1511], cap. 16.

E.B. Leighton: El espaldarazo (siglo XIX).



Granello y Fabrizio Castello y Lázaro Tavarone:

Batalla de la Higueruela

(Salón de Batallas, Monasterio de El Escorial).

3

De cómo el Gran Soldán envía una carta de desafío al Gran Tártaro para concertar la batalla de sus ejércitos

En libros de caballerías como el Belianís de Grecia asistimos a una curiosa reaparición de personajes clásicos, pertenecientes a la tradición troyana, que conviven en un mismo plano de realidad con los caballeros creados por el autor del relato. Así podrás sorprenderte de la presencia de figuras como Aquiles, Policena, Héctor o Troilo, aunque todo ello es posible gracias al concurso de la magia o, simplemente, reescribiendo la historia antigua. En el siguiente pasaje, sin embargo, el motivo más relevante, que suele ser muy habitual en el género, es el de la presencia de los desafíos. Una guerra, como la que enfrenta al Soldán de Babilonia y al Gran Tártaro, donde están en juego determinadas posesiones territoriales o la mano de una hermosa princesa, puede resolverse mediante una justa de tantos contra tantos. Para que tenga lugar este evento, los bandos rivales se envían cartas, utilizan embajadores y fijan las condiciones del encuentro.

Bien tarde se levantaron aquellos altos y soberanos señores, principalmente los que en la batalla habían entrado, que, aunque heridas no tuviesen, estaban tan molidos que apenas en los pies se podían tener. El pesar que de estas cosas no ser hechas por su mano sentía el príncipe de Persia era tanto que deseaba hallar manera cómo morir o matar al esforzado príncipe don Belianís, aunque sus deseos no habían aquel lugar que él quisiera. Salidos que todos fueron a la real sala, juntándose a consejo los que sobre tal caso lo solían hacer, fue acordado que el príncipe don Belianís respondiese al príncipe Ariobarzano[38] con las condiciones por él pedidas; y con esto, el príncipe escribió la respuesta y llamando al príncipe de Fenicia, le rogó que su parte al real[39] del Gran Tártaro y emperador de Trapisonda la llevase; y el príncipe don Contumeliano[40] la tomó y solo, sin persona alguna que lo acompañase, fue hasta llegar donde las guardas del real estaban y, siéndoles dicho que era embajador, fue hasta llegar a la tienda del Gran Tártaro, donde por él y todos los principales caballeros del real, que juntos estaban a la sazón, fue mandado que entrase, saliendo para acompañarle cuatro reyes vasallos del rey de Sericana. Entrado que fue en la tienda, siendo conocido por algunos de aquellos príncipes, se levantaron a él, y el príncipe Ariobarzano le hizo sentar junto a sí diciendo:

—Con tal mensajero, mi señor, como la vuestra merced, seguro estoy que el fin deseado se pondrá en esta guerra tan incierta por que pasamos.

—Yo os beso las manos —respondió don Contumeliano—, y en lo demás aquí veréis la relación de lo que deseáis.

Y con esto, dando la carta al príncipe, él la abrió y mandó leer y vio que así decía:

CARTA DEL SOLDÁN DE BABILONIA PARA EL GRAN TÁRTARO

El Soldán de Babilonia, siervo de los soberanos dioses, enemigo de todos aquellos que contra razón sus cosas quieren gobernar, a ti, el Gran Tártaro que contra razón y justicia te intitulas[41] rey de los reyes y a todos los reyes y príncipes de tu compañía, salud.

Ni los celestiales movimientos pueden dejar de ser sustentados en el estado que están, en su circular redondez, dando y participando aquellas influencias que por el Disponedor de todas las cosas les fueron concedidas, ni la justicia puede dejar de ser conocida por todos, como principal señora de todo lo criado obedecida, ni el Soldán de Babilonia puede dejar de haber recibido notable fuerza y agravio, ni el Gran Tártaro y príncipes sus valedores de hecho, por lo cual, altos príncipes, no os debierais de maravillar si con vosotros de aquel cruel desabrimiento[42] que las malas obras consigo traer suelen, no siendo por mi parte concedida vuestra demanda ni otorgada la batalla que pedís, procurad el general esparcimiento de vuestra sangre y de todos aquellos que con tanta soberbia y osadía entrasteis a sojuzgar aquello que ni con justicia tener podíais ni con razón en ello hacer guerra. Mas queriendo más usar de aquella clemencia que a mí mismo soy deudor que de la crueldad que erais merecedores, aunque de vuestra parte pedís cosas muy descomunales, diciendo que si vuestros caballeros fueren vencedores, os sean restituidas la emperatriz de Tartaria y princesa Imperia su hija, que en mi poder están, y entregada la princesa Florisbella mi hija, sin obligación, por el precio de tan gran rescate a cosa alguna, de manera que sin aventurar nada queréis poner en batalla lo que contra todo el universo puede ser defendida, yo acepto la batalla de la manera y en el número que por vuestra parte es pedida, con tanto que, si los caballeros que para la batalla diereis fueren vencidos, dentro en veinte días salgáis de todos mis reinos, restituyéndome en pago de los daños que me habéis hecho, el reino de Ramolaz con todas sus indias comarcanas, que antes de ahora de la corona imperial de Babilonia eran; y si esto quisierais, enviadme los rehenes bastantes y de hoy en diez días se haga la batalla.

No más, los dioses sean en vuestra guarda y os aparten de yerro tan conocido como contra mí habéis cometido y para hacer la batalla de mi parte, yo nombro al soberano Emperador de Grecia, con los esclarecidos[43] príncipes don Belanís, don Clarineo y don Lucidaner de Tesalia, sus hijos y al nuevamente hallado y excelente príncipe Aquiles de Grecia, cuyas hazañas con valerosidad y alteza de linaje de ti creo serán bien conocidas; en lo demás al mensajero podrás dar crédito en todo lo que de mi parte te dijere.

Leída que fue la carta y oída por todos aquellos príncipes, aunque la alegría que recibieron por aceptarse la batalla fuese grande, no dejaron de conocer que lo habían de haber con los más aventajados caballeros que jamás hubiesen oído

decir; y el Gran Tártaro, aunque en el saber de Silfeno tuviese gran confianza, no dejó de sentirlo en el alma, que él tenía al príncipe don Belianís por el más extremado caballero del mundo y de los otros asimismo había visto y oído tales cosas que no pequeña turbación le ponían; mas disimulando lo que en su corazón sentía porque el príncipe don Contumeliano no se lo sintiese, le respondió:

—Mucho me place, esforzado príncipe, que el soldán haya tomado este acuerdo, mas por lo que a él toca, pues en lo demás conocido está si sería bastante para ser satisfecho a mi voluntad, y en lo que dice de los daños recibidos, yo soy contento, aunque es contra razón, de que sea el precio de la batalla.

—Soberano señor —respondió don Contumeliano—, lo que el soldán pone en batalla es cosa que con todo el universo su valor no puede recibir comparación; y si pide el reino de Ramolaz, es por lo que en su carta dice y para que de una vez queden las cosas tan allanadas que no haya necesidad de nuevos debates y diferencias, los cuales él querría estorbar en cuanto a él le fuese posible; cuanto más que es cosa conocida [que] los daños que ha recibido tan contra toda razón, no poder ser pagados con doblado precio de lo que él dice.

—No ha sido contra justicia —respondió el Gran Tártaro—, pues que siempre de mi parte se le han ofrecido al soldán los mejores partidos, que de otra suerte él pudiera haber alcanzado.

—¡Qué sería —dijo don Contumeliano— si el soldán no los tuviese por tales y os parecería que tendría razón de hacerlos porque a otro le pareciesen buenos!

Muy airado fue el príncipe Mitridano[44] de oír con cuánta osadía aquel caballero hablaba al soldán, y no pudiendo disimularlo, le dijo:

—Caballero, yo no sé quién vos sois, mas os digo que el Soldán de Babilonia tenía poca necesidad de para un caso de tanto peso como éste en que se trata enviar un caballero tan hablador como vos, que si tuvierais tanta valentía como palabras, razón tendría el Gran Tártaro de sin batalla daros todo lo que pedís habiendo vos de entrar en ella.

Grande fue la ira y saña que en el corazón del príncipe don Contumeliano entró y muchas veces estuvo determinado de matarle, pareciéndole que no sólo de descomedido, más aún de parlero, le notaba el príncipe Mitridano; mas como fuese el caballero más sufrido de su tiempo, sujetándose a sí mismo, le dijo:

—Cierto, príncipe de Troya, bien tengo conocido que el no saber vos quien yo sea os ha hecho descomedir[45] para conmigo en presencia del Gran Tártaro y ésta es una causa, si tenerla puede de disculpa un caballero como vos, en haber dicho semejantes palabras y no las paséis el olvido, que yo os prometo de las demandar más cedo[46] que vos cuidais; y pues no lo sabíais, sabed que yo soy el príncipe don Contumeliano de Finicia, que sobre que habéis hablado como atrevido y desmesurado caballero, os doy este mi gaje.[47]

Y diciendo esto, le lanzó a los pies una daga que en la cinta traía. El príncipe Ariobarzano la tomó antes que el príncipe Mitridano pudiese bajarse por ella, diciendo que a tiempo serían para que sus enojos se pudiesen ejecutar, que por entonces les suplicaba no se hablase más en ello. Con todo eso, la cosa pasara a mayor riesgo porque los caballeros troyanos bien se holgaron de ver a Mitridano en batalla, que habiendo sabido cómo la infanta Policena era aparecida, tenían tanto deseo de verla y aún hacerle señora del reino que por ver novedades de cualquiera cosa les pluguiera, y aún dentro en la tienda había algunos que sabiendo ser aquel el que al emperador de Trapisonda matara, le deseaban la muerte. El Gran Tártaro, mostrándose muy enojado de lo que en su presencia había pasado, dijo al príncipe don Contumeliano:

—Esforzado príncipe, a mí me pesa mucho de lo que contra vos se ha hecho, especialmente por ser mensajero a quien toda honra y buen tratamiento se debe y si por otro que fuera menos que el esforzado príncipe Mitridano os fuera dichas, yo las castigara con aquel rigor que vos vierais; y para que se os pueda dar la respuesta convenible, os suplico tengáis por bien de saliros fuera de la tienda.

—Pláceme —dijo el esforzado príncipe.

Y saliéndose de la tienda, lo salieron a tener compañía la mayor parte de los esforzados príncipes mancebos, con los cuales estuvo platicando de diversas cosas. Entrados en su consejo, por todos aquellos príncipes fue acordado que la batalla se hiciese en la manera que estaba pedida y por cuanto era necesario que el príncipe don Contumeliano llevase resolución de todo, al sabio Silfeno[48] fue dado cargo de responder y que en la carta fuesen nombrados los caballeros que la batalla habían de hacer y él la escribió, y dándola al príncipe don Contumeliano le dijeron que aquello daban por su final respuesta; y haciéndoles el comedimiento que a sus estados era deudor, se volvió a la ciudad y puesto ante los príncipes griegos, les dio la respuesta, y mandada leer, vieron que así decía:

RESPUESTA DEL GRAN TÁRTARO

El Gran Tártaro, señor de todos los confines de la tierra, rey de los reyes, siervo de los soberanos dioses, a ti, el Soldán de Babilonia, príncipes griegos y persianos con todos los demás de tu compañía, salud.

Sabrás que por los altos y soberanos dioses conocida la injuria contra ellos por tu parte hecha en denegar a los verdaderos sucesores de su divina prosapia,[49] el ayuntamiento de tu hija por ellos pedida, tomándola por tan verdaderamente suya como ella lo es en su divinal consistorio,[50] ha sido acordado de bajar no sólo tu sobrada alteza de que tanto te precias, pero aun la de esos príncipes griegos que con tanta presunción piensan en el universo haber quedado iguales a su fortaleza, para lo cual te hago saber que para la batalla que será para el día que tú dices y con las condiciones por ti pedidas, por mandado del alto dios Júpiter, yo nombro a los extremados en bondad de armas y virtud de caballería: al rey Vepón con los altos y soberanos príncipes Héctor y Troilo con Delfebo y temido rey Menón,[51] los cuales, por su divinal mano, serán puestos aquel día en el campo para ensalzamiento de su gloriosa y divinal sangre y confusión de aquellos que contra ella ser quisieron. Las rehenes, por mi parte, serán el príncipe mi hijo, y de la tuya, basta sola tu palabra. No más de que los dioses te guíen en aquello que más a su servicio cumple.

No poco alegres fueron aquellos caballeros en oír que, con tan recios contrarios, la batalla se les ofrecía y al príncipe Aquiles le pareció que nuevamente se le representasen las pasadas batallas, aunque les parecía cosa de sueño que aquellos caballeros habiendo tanto tiempo que eran muertos, tornasen ahora a hacer batalla.

Procedencia: Jerónimo Fernández, Belianís de Grecia,

libro II [1547], cap. 50.

como mudos. y assi se entienden.

En otra ysla ay gentes que tienen los pies como cauallos. y son muy poderosas gentes: y grandes corredores porque corriēdo toman las bestias saluajes y selas comen.

Ay ē otra ysla vnos hombres y mugeres que se tienen en vno pegados y no tienen mas de vna teta. E tienen miembros de hombre y de muger cada vno dellos: y husan de aquel que quieren y el que para como muger aq̄l se empreña y pare hijos.

Estas escrituras de alexandre magno se lee q̄ es vna prouincia dla ydia llamada sinaca y vnos hōbres los q̄les tienen seys braços y seys manos. y haze haziēda cond que q̄eren.

Item en la dicha ydia ay vnos hōbres que son tā vellosos que pareçen vnos Osos y lo mas del tiempo biuen dentro de la agua. y alli es su habitacion.

Ay mas en la dicha ydia vna tierra biē grāde en la q̄l abitan hombres y mugeres los q̄ les tienen seys dedos en cada mano. y otros seys en cada pie.

Partimos dē aquesta tierra y llegamos a vna prouincia la qual era muy abūdosa y muy fertil de muchos arboles y de muchas maneras de frutales moderanos a nosotros en la qual tierra todas las mugeres tienen barbas como si fuessen hombres. y no tienen cabello en la cabeça.

Monstruos, en Hartman Schedel:

Liber Chronicarum cum figuris et imaginibus ab initio mundi

(Nuremberg, 1493).

4

De cómo el maestro Elisabad le cuenta a Amadís de Gaula (transformado en el Caballero del Enano) el origen del monstruo endiablado conocido como Endriago

El caballero andante se ejercita contra cualquier personaje que encarna los vicios o cuya actuación pone en peligro el orden social. Asimismo, su adversario puede ser un monstruo fabuloso al que también se le describe como encarnación del Mal. Uno de estos seres fabulosos que harán su presencia en los libros de caballerías es el Endriago, criatura híbrida, con rasgos de diversos animales, que ha nacido como resultado del pecado de sus padres. Como fruto de unas relaciones incestuosas, el Endriago tiene un carácter diabólico. Sus maldades han convertido la isla donde él habita en un lugar inhóspito. De ahí que se haga necesaria la actuación del héroe para eliminar a este ser tan cruel y temible.

El maestro,[52] que no menos turbado que ellos era, esforzado por el Caballero del Enano,[53] temblando sus carnes, turbada la palabra, con mucha gravedad y temor contó al caballero lo que saber quería, diciendo así:

—Señor Caballero del Enano, sabed que de esta ínsula a que aportados[54] somos fue señor un gigante, Bandaguido llamado, el cual con su braveza grande y esquiveza[55] hizo sus tributarios[56] a todos los más gigantes que con él comarcaban.[57] Éste fue casado con una giganta mansa de buena condición; y tanto cuanto el marido con su maldad de enojo y crueldad hacía a los cristianos matándolos y destruyéndolos, ella con piedad los reparaba cada que podía. En esta dueña hubo Bandaguido una hija que, después que en talle de doncella fue llegada, tanto la natura la adornó y acrecentó en hermosura, que en gran parte del mundo otra mujer de su grandeza ni sangre que su igual fuese no se podía hallar. Mas como la gran hermosura sea luego junta con la vanagloria, y la vanagloria con el pecado, viéndose esta doncella tan graciosa y lozana, y tan apuesta y digna de ser amada de todos, y que ninguno por la braveza del padre no la osara emprender, tomó por remedio postrimero[58] amar de amor feo y muy desleal a su padre; así que muchas veces, siendo levantada la madre de cabe su marido, la hija viniendo allí, mostrándole mucho amor, burlando, riendo con él, lo abrazaba y besaba. El padre luego al comienzo aquello tomaba con aquel amor que de padre a hija se debía, pero la muy gran continuación y la gran hermosura demasiada suya, y la muy poca conciencia y virtud del padre dieron causa que, sentido por él a qué tiraba[59] el pensamiento de la hija, que aquel malo y feo deseo de ella hubiese efecto. De donde debemos tomar ejemplo que ningún hombre en esta vida tenga tanta confianza de sí mismo que deje de esquivar y apartar la conversación y contratación, no solamente de las parientas y hermanas, mas de sus propias hijas; porque esta mala pasión venida en él, extremo de su natural encendimiento, pocas veces el juicio, la conciencia, el temor son bastantes de te poner tal freno con que retraerla puedan. De este pecado tan feo y yerro tan grande se causó luego otro mayor, así como acaece aquellos que olvidando la piedad de Dios y siguiendo la voluntad del enemigo malo quieren con un gran mal remediar otro, no conociendo que la medicina verdadera del pecado es el arrepentimiento verdadero y la penitencia, que le hace ser perdonado de aquel alto Señor que por semejantes yerros se puso, después de muchos tormentos en la cruz, donde como hombre verdadero murió y fue como verdadero Dios resucitado; que siendo este malaventurado padre en el amor de su hija encendido y ella asimismo en el suyo, porque más sin empacho el su mal

deseo pudiesen gozar, pensaron de matar aquella noble dueña, su mujer de él y madre de ella. Siendo el gigante avisado de sus falsos ídolos, en quien él adoraba, que si con su hija casase, sería engendrado una tal cosa en ella la más brava y fuerte que en el mundo se podría hallar, y poniéndolo por obra, aquella malaventurada hija, que su madre más que a sí misma amaba, andando por una huerta con ella hablando, fingiendo la hija ver en un pozo una cosa extraña y llamando a la madre que lo viese, le dio de las manos y, echándola a lo hondo, en poco espacio ahogada fue. Ella dio voces diciendo que su madre cayera en el pozo. Allí acudieron todos los hombres y el gigante, que el engaño sabía, y como vieron la señora, que muy amada de todos ellos era, muerta, hicieron grandes llantos. Mas el gigante les dijo:

»—No hagáis duelo, que esto los dioses lo han querido, y yo tomaré mujer en quien será engendrado tal persona por donde todos seremos muy temidos y enseñoreados sobre aquellos que mal nos quieren.

»Todos callaron con miedo del gigante y no osaron hacer otra cosa. Y luego ese día públicamente ante todos tomó por mujer a su hija Bandaguida, en la cual aquella malaventurada noche fue engendrado una animalia[60] por ordenanza de los diablos, en quien[es] ella y su padre y marido creían, de la forma que aquí oiréis: tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios. Y encima de los hombros había alas tan grandes, que hasta los pies le cubrían, y no de plumas, mas de un cuero negro como la pez,[61] luciente, velloso, tan fuerte que ninguna arma las podía empecer,[62] con las cuales se cubría como lo hiciese un hombre con un escudo. Y debajo de ellas le salían brazos muy fuertes así como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de hechura[63] de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes, que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese deshecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían; y los ojos, grandes y redondos, muy bermejos como brasas, así que de muy lejos, siendo de noche, eran vistos y todas las gentes huían de él. Saltaba y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, y algunos tiempos, ninguna, que no sentía en ello pena ninguna. Toda su holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando hallaba leones y osos que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que parecía llamas de fuego, y daba unas voces roncas espantosas de oír, así que todas las

cosas vivas huían ante él como ante la muerte. Olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase; era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras y hacía crujir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra hacía estremecer. Tal es esta animalia, Endriago llamado como os digo —dijo el maestro Elisabad—. Y aún más os digo: que la fuerza grande del pecado del gigante y de su hija causó que en él entrase el enemigo malo que mucho en su fuerza y crueldad acrecienta.

Mucho fue maravillado[64] el Caballero de la Verde Espada de esto que el maestro le contó de aquel diablo, Endriago llamado, nacido de hombre y de mujer, y la otra gente, muy espantados; mas el caballero le dijo:

—Maestro, ¿pues cómo cosa tan desemejada pudo ser nacida de cuerpo de mujer?

—Yo os lo diré —dijo el maestro—, según se halla en un libro que el Emperador de Constantinopla tiene, del que fue esta ínsula, y la ha perdido porque su poder no basta para matar este diablo. Sabed que, sintiéndose preñada aquella Bandaguida, lo dijo al gigante, y él hubo de ello mucho placer, porque veía ser verdad lo que sus dioses le dijeran y así creía que sería lo demás. Y dijo que eran menester tres o cuatro amas para lo que pariese, pues que había de ser la más fuerte cosa que hubiese en el mundo. Pues creciendo aquella mala criatura en el vientre de la madre, como era hechura y obra del diablo, la hacía adolecer[65] muchas veces, y la color del rostro y de los ojos eran jaldados,[66] de color de ponzoña;[67] mas todo lo tenía ella por bien, creyendo que, según los dioses lo habían dicho, que sería aquel su hijo el más fuerte y más bravo que se nunca viera, y que si tal fuese, que buscaría manera alguna para matar a su padre, y que se casaría con el hijo, que éste es el mayor peligro de los malos: enviciarse y deleitarse tanto en los pecados que, aunque la gracia del muy alto Señor en ellos espira,[68] no solamente no la sienten ni la conocen, mas, como cosa pesada y extraña, la aborrecen y desechan, teniendo el pensamiento y la obra en siempre crecer en las maldades como sujetos y vencidos de ellas. Venido pues el tiempo, parió un hijo, y no con mucha premia,[69] porque las malas cosas hasta la fin siempre se muestran agradables. Cuando las amas que para criarle aparejadas estaban vieron criatura tan desemejada,[70] mucho fueron espantadas, pero habiendo gran miedo del gigante, callaron y le envolvieron en los paños que para él tenían, y atreviéndose una de ellas más que las otras, le dio la teta y él la tomó, y mamó tan fuertemente que la hizo dar grandes gritos; y cuando se lo quitaron, cayó ella muerta de la mucha ponzoña que la penetrara. Esto fue dicho luego al

gigante, y viendo aquel su hijo maravillose de tan desemejada criatura, y acordó de preguntar a sus dioses por qué le dieran tal hijo, y fuese al templo donde los tenía; y eran tres: el uno, figura de hombre y el otro, de león, y el tercero, de grifo.[71] Y haciendo sus sacrificios les preguntó por qué le habían dado tal hijo. El ídolo que era figura de hombre le dijo:

»—Tal convenía que fuese, porque, así como sus cosas serán extrañas y maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente en destruir los cristianos que a nosotros procuran de destruir; y por esto yo le di de mi semejanza en hacerle conforme al albedrío de los hombres, de que todas las bestias carecen.

»El otro ídolo le dijo:

»—Pues yo quise dotarle de gran braveza y fortaleza, tal como los leones lo tenemos.

»El otro dijo:

»—Yo le di alas y uñas y ligereza sobre cuantas animalias serán en el mundo.

»Oído esto por el gigante, les dijo:

»—¿Cómo lo criaré, que el ama fue muerta luego que le dio la teta?

»Ellos le dijeron:

»—Haz que las otras dos amas le den de mamar, y éstas también morirán, mas la otra que quedare lo críe con la leche de tus ganados hasta un año, y en este tiempo será tan grande y tan fermoso como lo somos nosotros, que hemos sido causa de su engendramiento. Y cata[72] que te prohibimos que por ninguna guisa tú, ni tu mujer, ni otra persona alguna no lo vean en todo este año, sino aquella mujer que te decimos que de él cure.[73]

»El gigante mandó que lo hiciesen así como sus ídolos se lo dijeron, y de esta forma fue criada aquella esquiva bestia como oís. En cabo del año que supo el gigante del ama cómo era muy crecido y le oían dar unas voces roncas y espantosas, acordó con su hija, que tenía por mujer, de ir a verlo, y luego entraron en la cámara donde estaba, y le vieron andar corriendo y saltando. Y como el Endriago vio a su madre, vino para ella, y saltando, le echó las uñas al rostro y le hendió[74] las narices y le quebró los ojos, y antes que las sus manos

saliese, fue muerta. Cuando el gigante lo vio, puso mano a espada para lo matar, y diose con ella en la una pierna tal herida, que toda la tajó, y cayó en el suelo y a poco rato fue muerto. El Endriago saltó por encima de él, y saliendo por la puerta de la cámara, dejando toda la gente del castillo emponzoñados, se fue a las montañas. Y no pasó mucho tiempo que los unos muertos por él, y los que barcas y fustas pudieron haber para huir por la mar, que la ínsula no fuese despoblada, y así lo está pasa ya de cuarenta años. Esto es lo que yo sé de esta mala y endiablada bestia —dijo el maestro.

Procedencia: Garci Rodríguez de Montalvo,

Amadís de Gaula [1508], 3º, cap. 73.

5

De cómo Primaleón, conocida la residencia del monstruo Patagón, no cesa hasta encontrarle y matarle

Patagones maiori ex parte
sunt gigantea vastæ magnitudinis
et ad Summum 10 pedes longi

Patagón y Europeo, detalle en Mapa del Estrecho de Magallanes que incluye el paso de Le Maire (1635).

Del mismo modo que ocurre con el Endriago, otra horrenda criatura con la que se tiene que enfrentar otro caballero andante es el gran Patagón. Su procreación atenta contra las leyes de naturaleza, en su físico reúne rasgos de diversos animales, pero, aparte de ello, además de su aspecto extraordinario y de su modo de vida salvaje, su conducta supone una amenaza para el orden establecido. Si Primaleón quiere encontrarlo, tendrá que cabalgar hasta lugares apartados de la civilización, puesto que el Patagón y su gente viven en las montañas. En estos relatos la monstruosidad se define por la exageración de determinados rasgos y, a la vez, se la sitúa fuera de los límites de la sociedad cortesana. Por eso, la tarea de Primaleón debe entenderse también como una empresa civilizadora, aunque para ello tenga que utilizar la fuerza y la destreza militar.

Y luego Primaleón[75] y Torques[76] y otros cinco caballeros, los más principales que allí venían, se fueron con Palantín[77] a la villa; y todos lo salían a mirar por las calles porque no eran usados de ver tales caballeros. Y llegados al palacio, apeáronse Primaleón y Torques, que venían a caballo, y el señor de la isla los recibió muy bien y les rogó que se desarmasen; y ellos lo hicieron porque mucho había que traían el peso de las armas y les dieron ricos mantos que cubriesen. Y el señor de la isla fue muy pagado de Primaleón y mandó que le fuesen dadas cuantas cosas eran menester para abastecer sus naves y, mientras que esto se hacía, Primaleón y los que fueron con él eran allí muy viciosos[78] porque los hijos del caballero holgaban extrañamente con él y le preguntaban por nuevas de otras tierras y él les decía lo que sabía. Y un día, estando hablando en muchas cosas, él les preguntó si era grande aquella isla y si era toda poblada, que mucho era viciosa.

—Mi buen señor —dijo Palantín—, la mayor población que ella tiene es en la costa de la mar; y a una parte de esta isla hay muy grandes montañas y, de poco tiempo a esta parte, moran en ellas una gente muy apartada de todas las otras que hay en ella, porque viven así como animales y son muy bravos y esquivos y comen carne cruda de lo que cazan por las montañas. Y son así como salvajes que no traen sino vestiduras de pieles de las animalias que matan, y son tan desemejadas que es cosa maravillosa de ver. Mas todo es nada con un hombre que ahora hay entre ellos que se llama Patagón. Y este Patagón dicen que lo engendró un animal que hay en aquellas montañas, que es el más desemejado que hay en el mundo, salvo que tiene mucho entendimiento y es muy amigo de las mujeres. Y dicen que hubo que haber con una de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por salvajes, y que aquel animal engendró en ella aquel hijo; y esto lo tienen por muy cierto según salió desemejado, que tiene la cabeza como de can y las orejas tan grandes que le llegan hasta los hombros, y los dientes muy agudos y grandes que le salen fuera de la boca retuertos, y los pies de manera de ciervo y corre tan ligero que no hay quien lo pueda alcanzar. Y algunos que lo han visto dicen de él maravillas. Y él anda de continuo por los montes cazando y trae dos leones de traílla[79] con que hace sus cazas y trae un arco en sus manos con saetas muy agudas con que hiere. Y desde que este Patagón se crió en aquellas montañas, hace mucho daño, que sale a lo llano y no halla hombre de acá de los nuestros que no mata, por manera que los hombres no son seguros y por aquella parte dejan de hacer sus labores por él; y algunas veces nos hemos juntado por matarlo y tanto hemos hecho como nada, antes él nos ha

hecho gran daño. Y trae un cuerno a su cuello y tañéndolo vienen muchos de aquellos patagones a ayudarle y hacen gran daño que no temen sus vidas; por manera que así lo hemos dejado hasta que Dios, que es poderoso, lo quite del mundo, que mucho nos sería menester la su muerte.

Y por ruego de Primaleón se apearon todos en un lugar muy sabroso para dormir allí aquella noche. Y desde que estuvieron gran pieza hablando en muchas cosas, echáronse a dormir en la hierba verde; y todos durmieron luego que fueron echados salvo Primaleón, que gran deseo tenía de hacer alguna cosa que grande honra le fuese, y él conoció bien que Palantín lo traía por lugar que él pudiese hallar a Patagón. Y desde que los vio a todos muy fieramente dormir, levantose muy paso y llamó a Purente[80] que le diese su caballo y se fuese con él y él lo fizo; y los dejaron todos durmiendo y se fueron adelante y anduvieron toda la noche hasta el día claro que entraron en lo más espeso de la montaña.

Y andando por unas partes y por otras hallaron a Patagón, aquel que iba a buscar, que había muerto un venado y estaba dando de comer a los leones que él traía con que hacía sus cazas. Mucho fue ledo[81] Primaleón por hallarlo, que gran parte del día había andado por las montañas buscándolo y pensaba que no había de ser tal su ventura que lo hallase, y esto le hacía ser muy sañudo de sí mismo. Y como Patagón lo vio venir, bien pensó que lo venía a buscar, y a él y a otros diez que fueran no los tuviera en tanto como nada, que él era grande de cuerpo y de gran fuerza, aunque el cuerpo tenía muy desemejado. Y luego que vio a Primaleón, quitó los leones del venado que estaban comiendo y les hizo señas, como él los tenía amaestrados, que fuesen para Primaleón; y ellos, muy sañudos porque les quitaban de su comer, fueron muy bravos contra él y él iba encima del caballo que le dio don Duardos[82] que le había dado Gatarú.[83] Y como él era usado de las montañas, no se espantó punto de los leones y ellos, que muy sañudos venían, con sus fuertes uñas lo hirieron muy malamente. Primaleón vio que le convenía apearse y lo hizo muy ligeramente. Los leones no curaron de él sino en despedazarle el caballo.

Patagón tenía una saeta puesta en su arco y tiró con ella a Primaleón y, como él traía muy fuertes armas, no lo hirió; y él, que muy ligero era, se llegó muy prestamente a él y llevaba la lanza en las manos e hirió a Patagón con ella con toda su fuerza. Y como él no tenía armadura en las piernas, ambas a dos se las pasó. Patagón, que así se vio herido, tomó gran corazón y quitó la lanza de sí y tornola arrojar a Primaleón, mas él se guardó bien, desde que la vio venir; y sacó su espada y llegó al gran Patagón, que una gran cuchilla y muy aguda tenía en

las manos, y dio tan esquivo golpe a Primaleón con ella, que el escudo le hendió. [84] Primaleón, no espantado punto, lo hirió con su espada tan esquivamente de dos o tres golpes que Patagón, que los recibió, vio su muerte muy cierta y, echando de sí el arco y el cuchillo que traía, se iba abrazar con Primaleón pensando que, si en sus brazos lo cogía, que no le podía escapar de muerte. Y así fuera según la gran fuerza de Patagón, mas él se quitó afuera y le dio tan poderoso golpe en el brazo derecho cabe la mano, que se la cortó y luego cayó en tierra. Patagón fue tan tullido[85] del gran dolor y de la mucha sangre que de las piernas le salía y las llagas eran tales, que no se pudo tener y cayó en tierra tendido y dio una tan temerosa voz, que no hubiera ninguno de tan gran corazón que espanto no hubiera. Y a esta voz los leones dejaron al caballo y acudieron a él y, como lo vieron así, ambos a dos saltaron con Primaleón regañando[86] los dientes con grande braveza, mas allí le fue a él menester todo su esfuerzo que, por muy osado que Primaleón fue, los leones le rasgaron la loriga con sus fuertes uñas y le hicieron cuatro llagas muy grandes; mas él metió al uno de ellos la espada por la barriga y lo hirió, así que el león, perdida toda su fuerza, cayó en el suelo tendido. Y desde que aquel mató, se hubo tan poderosamente con el otro que se libró de él hendiéndole la cabeza con la espada. Y desde que se vio así libre, dio muchas gracias a Dios aunque quedó herido y muy cansado, que gran batalla hubo con todos tres. Y como él hubo muerto a los leones, fue sobre el gran Patagón y, cuando lo vio así tan desemejado y cosa tan extraña de mirar, le tomó en voluntad de lo llevar preso y, si él lo pudiese llevar en sus naves, que le sería grande honra porque su señora Gridonia[87] lo viese.

Procedencia: ¿Francisco Vázquez?, Primaleón

[1512], caps. 133-134.

6

De cómo la infanta Florinda tomó armas de caballero para liberar al rey de Lacedemonia y a su amado Platir de la cueva encantada de Peliandos

Plato con figura femenina y espada (Barcelona, 1620.1670).

Las mujeres de los relatos caballerescos no han de ser necesariamente unos personajes pasivos, un mero objeto de deseo de los caballeros. A veces llegan a adoptar una iniciativa arriesgada y el amor las incita a tomar las armas. Es lo que le ocurre a Florinda, la primera de las damas guerreras en los libros de caballerías. Su amado Platir, al perder su escudo mágico, ha sido hechizado en la cueva de Peliandos.[88] A dicho lugar sólo pueden acceder los caballeros y aunque muchos hayan querido liberar al héroe y las damas y caballeros allí encantados ninguno lo ha conseguido. Por eso, Florinda deja sus vestidos de mujer y se disfraza de caballero. Intentará rescatar a su amigo o, en el caso de que ello no le sea posible, compartir con él su encierro.

A esta sazón, se supo ya en la corte de la infanta Florinda[89] cómo el rey y los caballeros habían quedado en prisión,[90] de que la infanta Florinda holgó[91] mucho porque veía ya que había lugar y aparejo para hacer lo que ella deseaba, mas con todo eso no dejó ella de hacer gran cuita a maravilla por la prisión del rey. Y todos los del reino así lo hicieron y sintieron mucho la prisión del rey Tarnaes de Lacedemonia y de los caballeros que con él iban. Luego acordó Florinda de ir allá y meterse en el mismo encantamiento con el rey y con el infante Platir,[92] que era la principal causa que a ella allí llevaba. Y desde entonces se tuvo ella por bien pagada de la Fortuna, en ver que bajo la excusa de la prisión del rey podía ella dar cuenta a todo el mundo de su gran atrevimiento, y que no cuidaría[93] por eso nadie contra ella cosa ninguna de sus amores y del infante Platir. Y con esto tornaba ella tan lozana que era maravilla, de que se hacían muchas veces maravillados Vernao[94] y Triola,[95] y decían que no podían ellos cuidar qué fuese la causa de la alegría de la infanta Florinda; mas porque nadie de ellos se lo sintiese, a esta hora llamó Florinda a Filadelfo[96] y le dijo todo su corazón y cómo ella entendía de ir en Bohemia y llegar a la cueva donde estaba encantado el caballero Platir y el rey, su señor, y tenerles compañía en el mismo encantamiento; y que, porque creía que si fuese, decía Florinda, en hábitos de doncella que no se querría con ella haber Peliandos como se ha con los otros caballeros:

—Me conviene de ir armado como caballero a caballo, y por esta guisa, tendré ya manera de justar con él y él de meterme en la prisión con el infante, mi señor. Y también, yendo de esta manera, no habrá quien nos conozca aunque del reino salgan tras nos. Y esto conviene que así se haga, porque de otra manera yo no podría vivir una sola hora. Y este pensamiento me ha tornado a mí tan lozana como estos días has visto, que bien sé que se hacen todos maravillados de ello.

—Gran cosa queréis hacer, señora —dijo Filadelfo.

—Ora[97] no hables más en ello —dijo Florinda—. Si mi vida quieres, conviene que luego me hagas hacer armas y todo lo que es necesario, lo más encubierto que sea posible.

Así lo hizo Filadelfo, que de nadie fue sentido, y lo trajo todo una noche para palacio. Y mandó la infanta que el campo del escudo fuese blanco con unos ramos verdes de oliva sembrados por ahí con sus sobreseñales con los mismos

ramos, y os digo que era bien lucido todo. Y luego aquella noche se lo probó todo la infanta y le vino tan bien que fue maravilla, de que la infanta se holgó mucho. E hizo ella con Filadelfo que luego otra noche tuviese aparejados dos caballos al postigo de la huerta porque a prima noche[98] se fuesen, que ya cuando en la ciudad fuese sentida la ida de la infanta Florinda que estuviese ella alejada gran trecho de la ciudad y fuese causa que nadie le estorbase este glorioso camino. Y bien así les avino, que nunca de la infanta se supo cosa del mundo hasta que tornó Filadelfo por su mandado a Vernao y a Triola después que Florinda quedó en la cueva del caballero Peliandos.

Pues luego otro día, en anocheciendo, dijo la infanta a Triola que ahincadamente le daba a ella el corazón que había de ver muy presto al infante Platir y sentía en él mucha demasiada de alegría.

—¡Así plega a Dios![99] —decía Triola—, que vos envía aquel descanso que vos, mi señora, deseáis y yo querría para mí.

—¡Así plega a Él! —decía Florinda—, que lo haga Él todo como Él ve que cumpla más a su servicio.

Y con esto dijo Florinda a Triola que se quería ir acostar e hizo semblante que se desnudaba. Luego Triola se fue para Vernao, su señor, en quien ella tenía todos sus pensamientos. No tardó mucho que luego no vino Filadelfo y armó él a Florinda y la llevó al postigo de la huerta, donde subieron en sus caballos; luego Florinda dijo a Filadelfo cuanto fue en su caballo:

—Estad quedo, que si vamos camino derecho de Bohemia, luego seremos hallados. Desviemos a otra parte del camino aunque se rodea, pues por el más preciado caballero del mundo se sufre el trabajo y afán que en este caso se tome.

Y luego enderezó Filadelfo algo sobre la mano derecha y anduvieron toda aquella noche y casi hasta hora de nona[100] sin reposar. Ya a esta hora los caballos iban cansados y también Florinda iba algo fatigada, y se metieron por medio de la floresta un valle arriba; debajo de unos árboles, cabe una fuente se apearon. Allí comió la infanta de lo que Filadelfo traía lo que les hizo menester y luego Florinda dijo que quería reposar, que se dormía.

—Pues hágalo vuestra alteza —dijo Filadelfo—, que yo velaré en cuanto ella duerme.

Y echó su yelmo a la cabecera y el escudo se echó sobre él a dormir como si toda su vida fuera criada en las armas. Allí soñó Florinda casi todo bien así como le avino en la cueva con el infante Platir, de que ella estaba muy alegre. Y despertó con esto y vio luego venir casi desde el principio del valle una doncella en un palafrén a todo correr, dando los mayores gritos del mundo, y tras ella un caballero. Y como los vio así venir, la infanta bien cuidó que la doncella venía a pedirle socorro, y tomó su yelmo y lo enlazó en la cabeza lo mejor que ella pudo, y echó su escudo al cuello y echó mano a su espada, y tomó la doncella cabe sí y dijo contra el caballero:

—¡Caballero, estad quedo, que ahora no habéis de hacer a la doncella cosa ninguna, que está ella en mi poder y defendérosla habría yo por batalla si vos allí cosa desaguisada le hicieseis! Mas tanto allí haré yo, que si tuerto os tiene hecho que os lo enmiende.

—No quiero yo más —dijo el caballero—, que cosa de la doncella yo no lo quiero por ninguna manera. Sabréis, señor caballero, que ha bien dos días que topé esta doncella en una floresta dos jornadas de aquí, donde yacía yo cabe una fuente durmiendo, y ella me tomó el escudo que trae al cuello y por cosa que con ella he hecho nunca me lo ha querido tornar, diciendo que anda en el escudo divisa[101] de su amigo y suya; y os digo, señor caballero, que si no fuera por ampararla vos, que yo le hiciera que comprara caramente el enojo que me tiene hecho todo este tiempo pasado.

Florinda miró contra la doncella y le dijo:

—¿Qué decís vos a esto, doncella?

—Señor, yo os digo —dijo la doncella—, que es la verdad lo que el caballero dice, que yo le tomé el escudo estando él durmiendo. Y os digo que él no es tal para que lo deba traer, porque lo trae hoy día esta divisa el más preciado caballero del mundo.

—Eso no digáis vos, doncella —dijo la infanta—, porque hallaréis muchos contrarios en el mundo que os defiendan esa razón, que os digo que sobre tal razón como esa yo no osaría entrar en campo con el más laso[102] y flaco caballero del mundo, porque creo yo que más preciado caballero que hoy echa escudo al cuello está en prisión ¡sí Dios me valga![103] Y presto conviene, señora doncella, que luego tornéis al caballero su escudo, que tan sinrazón yo no

os defendería. Y si el caballero no merece traer la divisa, dadle vos caballero que se lo demande, que en guisa veo el caballero que sabrá bien defender.

—Pues me habéis, señor —dijo la doncella—, de ponerme en salvo, no me haga mal el caballero.

—De eso soy contento de irme con vos —dijo la infanta— y poneros en paz y en salvo donde vos, doncella, mandareis, que de nadie tendréis que os haga enojo en cuanto conmigo fuereis y andéis.

Y con esto, luego hizo Florinda dar el escudo al caballero. Este caballero era sobrino del caballero Quirortes y andaba él en su busca y preguntó él a Florinda:

—Decidme, señor caballero, ¿darme habríais nuevas de un caballero que trae un escudo blanco cercado de unos eslabones negros?

—Sí, por cierto —dijo Florinda—, que os digo, caballero, que por mi mal vino él en esta tierra, que ha mucho que hubo conmigo una batalla de que pensé salir muerto. Allí me dijo cómo se llamaba Quirortes y que iba con mensaje del rey don Duardos al rey Tarnaes de Lacedemonia y creo yo que en la corte de Lacedemonia lo hallaréis, porque después lo vi yo ahí con el rey. Y cuido yo que si andáis bien, que lo hallaréis ahí en la ciudad.

Con esto se despidió el caballero y dijo a Florinda:

—A Dios merced, señor, pues tan buenas nuevas me dais del caballero que busco. ¡Dios vos dé más de todo lo que deseáis!

—¡Así plega a Dios! —dijo Florinda.

Luego se despidió de la infanta el caballero y se fue camino derecho de la ciudad de Lacedemonia. La infanta tornó a la doncella y le preguntó qué tanto había de ahí adonde ella tenía su castillo.

—Habrá, señor, bien tres leguas —dijo la doncella.

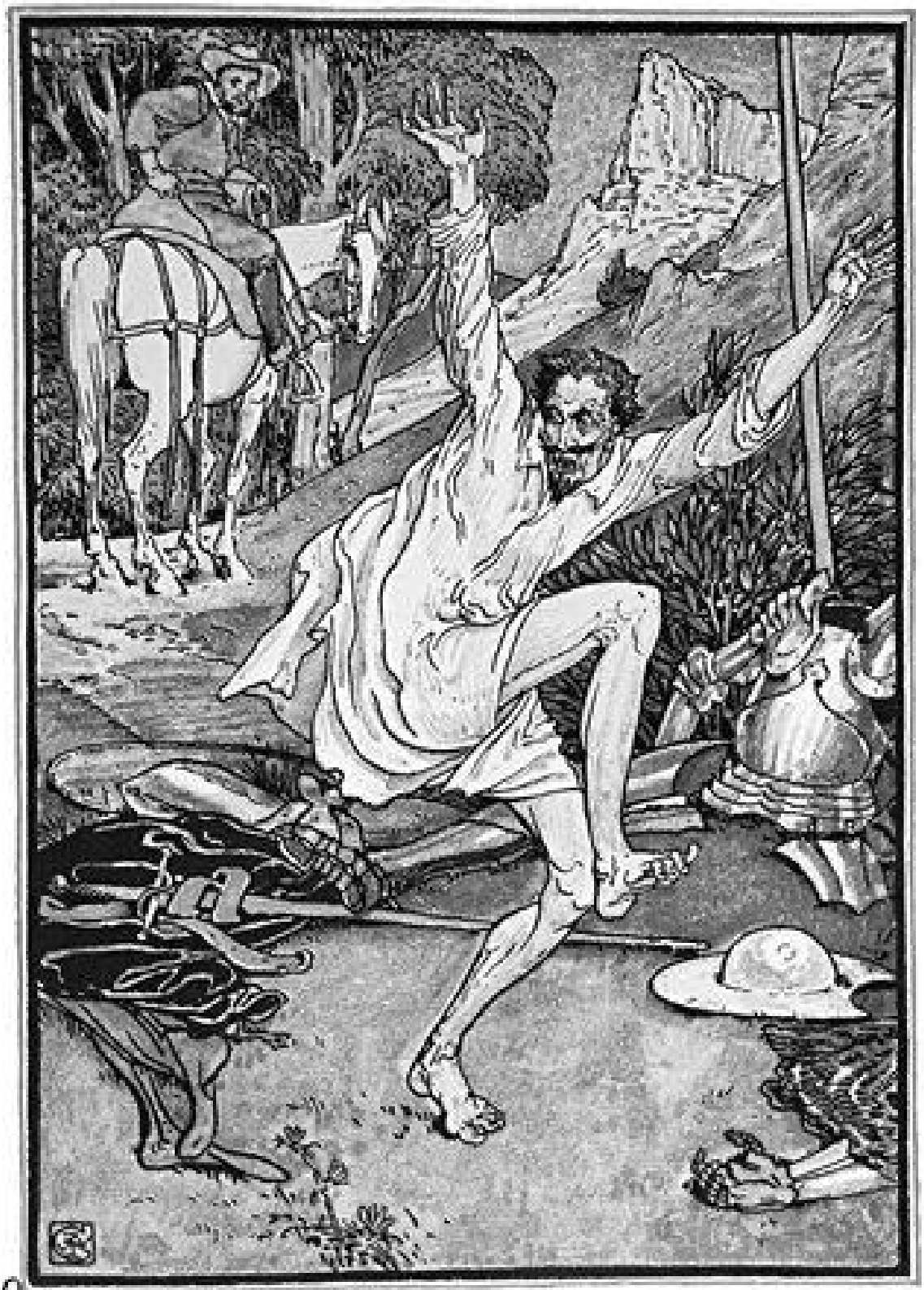
—Pues vamos luego —dijo Florinda—, porque yo tengo mucho que hacer en otra parte.

—Cuando vos, señor, mandareis.

Así se subieron todos tres en sus caballos y fueron contra el castillo de la doncella sin aventura hallar que de contar sea.

Procedencia: Francisco de Enciso Zárate,

Platir [1533], cap. 70.



DON QUIXOTE
DOING PENANCE

Walter Crane: Don Quijote imitando a Amadís de Gaula en la Peña Pobre (Londres, 1900).

7

De cómo Amadís de Gaula se aleja del mundo en la Peña Pobre, convertido en Beltenebros, porque ya no quiere vivir si su amada no le corresponde

Para diversos caballeros literarios como Amadís de Gaula el amor es una fuerza que impulsa a realizar las misiones más imposibles. El caballero afronta las aventuras inspirado por el recuerdo de su dama y, al mismo tiempo, sus hazañas complacen a la amada que puede enorgullecerse de que es pretendida por un famoso caballero. Las cosas, sin embargo, pueden cambiar. El enano Ardián cree que Amadís está interesado por Briolanja,[104] sin saber que a quien él desea es a Oriana. Cuando Ardián declara abiertamente sus suposiciones, Oriana se enfurece y le envía una carta a su caballero retirándole todos sus favores. Amadís recibe esta carta y acata obedientemente las órdenes de su señora, aunque para él la vida ya carece de sentido. Por eso vaga en solitario, queriéndose dejar morir, hasta que se encuentra con un ermitaño que se lo lleva a su pobre morada y lo intenta consolar.

Pues así anduvo toda la noche y otro día hasta vísperas.[105] Entonces entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos que estaban sobre una fuente; y fue allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día anduviera sin hallar agua; y cuando a la fuente llegó, vio un hombre de orden, la cabeza y barbas blancas, y daba a beber a un asno y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó y le preguntó si era de misa. El hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era.

—¡A Dios merced! —dijo Amadís—. Ahora os ruego que holguéis aquí esta noche, por el amor de Dios, y oírme habéis de penitencia, que mucho lo he menester.

—¡En el nombre de Dios! —dijo el buen hombre. Amadís se apeó y puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y lo dejó pacer por la hierba; y él se desarmó e hincó los hinojos ante el buen hombre, y le comenzó a besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, y alzándolo lo hizo sentar cabe sí y vio cómo era el más hermoso caballero que en su vida visto había; pero le vio descolorido[106] y las faces y los pechos bañados en lágrimas que derramaba, y hubo de él duelo y dijo:

—Caballero, parece que habéis gran cuita, y si es por algún pecado que hayáis hecho y estas lágrimas de arrepentimiento de él os vienen, en buena hora acá nacisteis; mas si os lo causa algunas temporales cosas, que según vuestra edad y hermosura por razón no debéis ser muy apartado de ellas, acordaos de Dios y demandadle merced que os traiga a su servicio.

Y alzó la mano y le bendijo y le dijo:

—Ahora decid todos los pecados que se os acordaren.

Amadís así lo hizo, diciéndole toda su hacienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo:

—Según vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venís, no os deberíais matar ni perder por ninguna cosa que os aviniese, cuanto más por hecho de mujeres, que ligeramente se gana y pierde; y os consejo que no paréis en tal cosa mientes[107] y os quitéis de tal locura que no hagáis por amor de Dios, a quien no place: de tales cosas, y aún por la razón del mundo se debería hacer, que no

puede hombre ni debe amar a quien no le amare.

—Buen señor —dijo Amadís—, yo soy llagado a tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, y os ruego, por aquel Señor poderoso cuya fe os mantenéis, que os plega de llevarme con vos este poco de tiempo que durare, y habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me hacen menester, dejarlo he aquí e iré con vos de pie, haciendo aquella penitencia que me mandéis; y si esto no hacéis, erraréis a Dios, porque andaré perdido por esta montaña sin hallar quien me remedie.

El buen hombre, que lo vio tan apuesto y de todo corazón para hacer bien, le dijo:

—Ciertamente, señor, no conviene a tal caballero como vos sois que así se desampare, como si todo el mundo le faltase, y muy menos por razón de mujer, que su amor no es más de cuanto sus ojos lo ven y cuando oyen algunas palabras que les dicen, y pasado aquello, luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra el servicio del alto Señor se toman; que aquel mismo pecado que los engendra, haciéndolos al comienzo dulces y sabrosos, aquél los hace revesar[108] con tan cruel y amargoso parto como ahora os tenéis; mas vos que sois tan bueno y tenéis señorío y tierra sobre muchas gentes y sois leal abogado y guardador de todos y todas aquellos que sinrazón reciben, y tan mantenedor de derecho, sería gran malaventura y gran daño y pérdida del mundo si vos así lo fueseis desamparando; y yo no sé quién es aquella que vos a tal estado ha traído, mas a mí parece que, si en una mujer sola hubiese toda la bondad y hermosura que ha en todas las otras, que por ella tal hombre como vos no se debería perder.

—Buen señor —dijo Amadís—, yo no os demando consejo en esta parte,[109] que a mí no es menester, mas demándoos consejo de mi alma y que os plega de llevarme con vos; y si no lo hicierais, no tengo otro remedio sino morir en esta montaña.

Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que de él había, así que las lágrimas le caían por las barbas, que eran largas y blancas, y le dijo:

—Mi hijo señor, yo moro en un lugar muy esquivo y trabajoso de vivir que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña que ningún navío a ella se puede llegar si no es en el tiempo de verano, y allí moro yo ha treinta años; y quien allí morare le conviene que deje

los vicios y placeres del mundo, y mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.

—Todo eso —dijo Amadís— es a mi grado, y a mí place pasar con vos tal vida esta poca que me queda, y os ruego, por amor de Dios, que me lo otorguéis.

El hombre bueno se lo otorgó mucho contra su voluntad, y Amadís le dijo:

—Ahora mandadme, padre, lo que haga, que en todo os seré obediente.

El hombre bueno le dio la bendición y luego dijo vísperas, y sacando un dobler de pan[110] y pescado dijo a Amadís que comiese; mas él no lo hacía, aunque pasaran ya tres días que no comiera, y él dijo:

—Vos habéis de estar a mi obediencia, y mando que comáis; si no, vuestra alma sería en gran peligro si así murieseis.

Entonces comió, pero muy poco, que no podía de sí partir aquella grande angustia en que estaba; y cuando fue hora de dormir, el buen hombre se echó sobre su manto y Amadís a sus pies, que en todo lo más de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse y dar grandes suspiros; y ya cansado y vencido del sueño se adormeció, y en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara oscura que ninguna vista tenía, y no hallando por donde salir, se le quejaba el corazón; y le parecía que su cormana[111] Mabilia y la Doncella de Dinamarca[112] a él venían, y ante ellas estaba un rayo de sol que quitaba la oscuridad y alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos y decían: «Señor, salid a este gran palacio»; y le semejaba que había gran gozo, y saliendo veía a su señora Oriana, cercada alrededor de una gran llama de fuego, y él, que daba grandes voces, diciendo: «¡Santa María, acórtela!», y pasaba por medio del fuego, que no sentía ninguna cosa, y tomándola entre sus brazos la ponía en una huerta, la más verde y hermosa que nunca viera. Y a las grandes voces que él dio, despertó el hombre bueno y lo tomó por la mano diciéndole qué había; él dijo:

—Mi señor, yo hube ahora durmiendo tan gran cuita, que a pocas fuera muerto.

—Bien pareció en las vuestras voces —dijo él—, mas tiempo es que nos vayamos.

Y luego cabalgó en su asno y entró en el camino. Amadís se iba a pie con él, mas

el buen hombre le hizo cabalgar en su caballo con gran apremio que le puso, y así fueron juntamente como oís, y Amadís le rogó que le diese un don en que no aventuraría ninguna cosa. Él se lo otorgó de grado, y Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese a ninguna persona quién era ni nada de su hacienda, y que no le llamase por su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner, y desde que fuese muerto, que lo hiciese saber a sus hermanos porque le llevasen a su tierra.

—La vuestra muerte y la vida es en Dios, —dijo él—, y no habléis más en ello, que Él os dará remedio si lo conocéis y amáis y servís como debéis; mas decidme, ¿qué nombre os place tener?

—El que vos por bien tuvierais —dijo él.

El hombre bueno lo iba mirando cómo era tan hermoso y de tan buen talle y la gran cuita en que estaba, y dijo:

—Yo os quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona y angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso y vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis nombre Beltenebros.

Amadís plugo de aquel nombre, y tuvo al buen hombre por entendido en habérselo con tan gran razón puesto, y por este nombre fue él llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo que no menos que por el de Amadís fue loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues hablando en esto y en otras cosas, llegaron a la mar siendo ya noche cerrada, y hallaron allí una barca en que habían de pasar al hombre bueno a su ermita; y Beltenebros dio su caballo a los marineros y ellos le dieron un pelote[113] y un tabardo[114] de gruesa lana parda; y entraron en la barca y se fueron contra la peña, y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada y él cómo había nombre.

—La morada —dijo él— es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, y mi nombre es Andalod, y fui clérigo asaz entendido, y pasé mi juventud en muchas vanidades, mas Dios, por la su merced, me puso en pensar que los que lo han de servir tienen grandes inconvenientes y dificultades contratando con las gentes que, según nuestra flaqueza, antes a lo malo que a lo bueno inclinados somos; y por esto acordé de me retraer a este lugar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca de él salí sino ahora,

que vine a un enterramiento de una mi hermana.

Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de allí morir recibía algún descanso. Así fueron navegando en su barca hasta que a la peña llegaron. El ermitaño les dijo: «Volveos», y los marineros se tornaron a la tierra con su barca, y Beltenebros, considerando aquella estrecha y santa vida de aquel hombre bueno, con muchas lágrimas y gemidos, no por devoción, mas por gran desesperación, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que a su pensar sería muy poco. Así como oís fue encerrado Amadís, con nombre de Beltenebros, en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo, la honra, aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era, consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano, de aquel fuerte rey Abiés de Irlanda y del soberbio Dardán,[115] ni tampoco de aquel famoso Apolidón,[116] que en su tiempo, ni cien años después, nunca caballero hubo que a la su bondad pasase, los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia os ha contado. Pues si le fuese preguntado la causa de tal destrozo, ¿qué respondería? No otra cosa salvo que la ira y la saña de una flaca mujer. Poniendo en su favor aquel fuerte Hércules, aquel valiente Sansón, aquel sabio Virgilio, no olvidando entre ellos al rey Salomón,[117] que de esta semejante pasión atormentados y sojuzgados fueron, y otros muchos que decir podría, ¿con esto sería su culpa disculpada? Ciertamente no, porque los yerros ajenos son de tener en la memoria, no para seguirlos, mas para huirlos y castigar en ellos. ¿Pues era razón que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado, con causa tan liviana piedad se hubiese para de allí le sacar con dobladas vitorias que las pasadas? Diría yo que no, si las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo no se redundasen en tanto provecho de aquellos que, después de Dios, otro reparo si el suyo no tenían. Así que habiendo de estos tales mayor compasión que de aquel que, vencido a todos, a sí mismo vencer ni sojuzgar pudo, contaremos en qué forma, cuando más sin esperanza, cuando ya llegado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le envió milagrosamente el reparo.

Procedencia: Garci Rodríguez de Montalvo,

Amadís de Gaula [1508], 2º, cap. 48.

Entrega de premios, según el Tratado de René d’ Anjou

(Francia, siglo XV).

8

De cómo Onoloria, muerta de celos por unos comentarios, escribe una carta de desamor a Lisuarte, quien decide abandonar sus armas y su identidad, y perderse en el bosque a lamentarse del amor

Las protagonistas femeninas de los textos caballerescos se dejan llevar en ocasiones por los celos y su reacción incontrolada pone al caballero enamorado delante de una situación límite. A través de un tercero, la princesa Onoloria[118] supone que su amado Lisuarte de Grecia[119] la engaña con otra mujer. Se siente tremendamente ofendida y, sin confirmar sus sospechas preguntándole al caballero, le envía una carta de despedida. Las consecuencias de su actuación serán idénticas a las del texto anterior; Lisuarte abandona la corte y deja que su caballo le guíe por donde quiera, ya que él no se siente con fuerzas para seguir viviendo sin la esperanza de obtener el amor de Onoloria.

Brildeña, hija del duque de Alafonte, llamó un día a su hermano que con el duque viniera, que como ya os dijimos por doncel con el emperador había ido, por preguntarle de algunas cosas por a vueltas saber de su caballero. Y hablando con él mucho sobre lo que allá había pasado, el doncel le dijo:

—Os digo, hermana, que si la grande infanta libró a Lisuarte, que bien se lo paga, porque, ciertamente, creo que él tiene parte con ella, según lo que en ellos vi.[120]

Luego le contó cómo nunca de él se partía y cómo él lo había visto, como ya os dijimos. A esta sazón que él esto decía, llegó la princesa Onoloria por oírle lo que hablaba; y, como aquello le oyó, fue tan turbada con el amor que ella tenía, pensando que aquel que ella tanto amaba tenía en otra su pensamiento y no en ella, fue tanta su turbación que por poco se cayera en el suelo. Mas esforzándose lo más que pudo, se fue a su cámara y, echándose sobre su lecho, comenzó a llorar en tal manera que ningún consuelo consigo tenía. A esta sazón entró Gricileria su hermana, que, como tal la vio, fue muy espantada y le preguntó qué había. Ella le dijo llorando que casi no podía hablar:

—¡Ay, mezquina de mí, y cómo soy engañada en querer a quien no me quiere! Mas esto merezco yo por poner mi pensamiento en quien tan poca fe me tiene. Mas si yo puedo, yo se lo pagaré en lo mismo, que no piense el traidor que por su esfuerzo ganará lo que por su deslealtad pierde.

Luego le contó todo lo que el doncel de Lisuarte le dijera. Gricileria la consolaba mucho diciéndole muchas cosas. Onoloria le respondía que se consolaría, mas que no podía ser hasta que aquel traidor desleal de Lisuarte supiese de ella lo que él merecía. Y luego pensó cómo le hacer saber su enojo y, tomando papel y escribanías, escribió una carta luego; y haciendo llamar un escudero hijo de una su ama, apartándolo aparte, le dijo:

—Amigo, ¿tú querrás hacer una cosa por mí por que tenga yo que agradecerte?

Él le respondió:

—Señora, no me puede Dios a mí hacer mayor merced que mandarme vos en qué os sirva.

Sacando la carta del seno, ella le dijo:

—Lo que tú has de hacer por mí es que lleves esta carta a Constantinopla y la des a un caballero que de la Vera Cruz se llama[121] de mi parte, lo más secretamente que tú puedas y más presto.

Y sacando una cadena de oro, se la dio para el camino. El escudero tomó la carta y, besándole las manos, se despidió de ella. Ella quedó algo consolada con aquello, y tenía tanta enemistad al Caballero de la Vera Cruz cuanto antes amor. El escudero se dio tanta diligencia en el mandado de su señora que ese mismo día entró en una barca y a más andar se fue la vía de Constantinopla.

Estando todo aderezado para la partida que de allí a dos días había de ser, llegó un doncel al Caballero de la Vera Cruz que con el rey Amadís estaba, y le dijo al oído:

—Señor, un escudero está allí que os llama, que quiere hablar con vos en secreto.

Él se levantó y, saliendo al corredor, halló al escudero, que éste era el hijo del ama de la princesa Onoloria que ella enviaba. El escudero se le humilló y, llevándolo a una parte del corredor, dándole la carta, le dijo:

—Señor, mi señora la princesa Onoloria os envía esta carta. Ved lo que en ella viene, que yo no sé más de esto.

Lisuarte que oyó nombrar a su señora, todo se estremeció, tomando la carta, dijo al escudero:

—Amigo, aguárdame aquí, que yo veré lo que manda vuestra señora.

Luego se fue a su cámara no viendo la hora que abrir la carta por ver lo que en ella venía. Y abriéndola, la vio que decía así:

¿Con qué corazón osaste vos enviarme a decir lo que con Alquifa[122] enviaste, pues tan desleal caballero como vos no había de tener atrevimiento, siendo tan desleal y traidor, de poner pensamiento en tan alta princesa como yo? Por ende, no parezcáis ante mí ni donde yo pueda veros ni oír de vos, que vuestras palabras

que en la carta enviaste y asimismo con Alquifa me enviaste a decir yo tengo bien conocido el engaño de ellas. Y si quieres engañar, a las bajas doncellas habéis de hacer esos engaños, que no a las tales como yo. Si no fuera por descubrir vuestra osadía, yo os hiciera matar.

Leída la carta por el Caballero de la Vera Cruz, viendo lo que en ella venía, tan gran tristeza le cubrió el corazón que sin ningún sentido cayó en el suelo tal como muerto. A cabo de gran pieza que en sí tornó, comenzó de maldecir su ventura y la Fortuna que tan contraria le era; dando muy grandes y fuertes suspiros, decía cosas tan amargas que lástima era de él. Muchas veces estuvo por matarse de desesperado,[123] pero, viendo que perdía el alma y el cuerpo, no lo hizo. Y lo que más fatiga le daba era no saber por qué su señora tal enojo tuviese de él, y con esto acordó esa noche de irse solo adonde nunca nadie le viese y cumplir el mandado de su señora. Limpiando muy bien sus lágrimas, disimulando lo mejor que pudo se tornó al corredor y, llamando al escudero que la carta le dio, le dijo:

—Amigo, cumple que me aderecéis un caballo lo más encubierto que puedas y esta noche a la Puerta Aquileña me aguardéis con él, porque esto cumple a vuestra señora.

El escudero dijo que así lo haría. Y luego se partió de él y se fue a la sala donde dejara a su padre, donde halló al Caballero de la Espera[124] y a Florestán[125] muy alegres porque habían de ir con el emperador a ver a sus señoras. Él asimismo mostró tener alegría. Esa noche, como acabaron de cenar, él dijo al Caballero de la Espera que se acostase que él había de hacer un poco, que hasta otro día a mediodía no podía tornar. Despidiéndose de él, fue a casa de un caballero viejo su conocido y le dijo que le diese algunas armas si tuviese con que armarse. El caballero le dio unas de un su hijo. Él se armó de todas ellas y lo más encubierto que pudo se salió fuera de la ciudad, donde halló el escudero con el caballo. Y cabalgando en él, le dijo:

—Amigo, de hoy más vos podéis volver a vuestra señora y decidle que yo voy a cumplir lo que me envía a mandar, y vos no digáis a nadie cosa de mi hacienda en ninguna manera.

Y encomendándole a Dios, le dejó y se fue por su camino hacia la parte que más

espesura de montes pensó haber, por que no fuese hallado. Como solo se vio, llorando muy reciamente, no hizo sino andar tanto que esa noche se alejó gran parte de Constantinopla; e iba consigo hablando cosas muy tristes de oír, sollozando tan reciamente y suspirando que gran parte lo oyeran.

Procedencia: Feliciano de Silva, Lisuarte de Grecia [1525), caps. 51-52.

Antonio de Pollaiolo:

Retrato de joven

(Museo Poldi Pezzoli, Milán).

9

De cómo don Duardos, disfrazado del hortelano Julián para estar más cerca de su amada Flérida, consigue verla todos los días, y de cómo una noche alcanza la mayor gloria, con otros discursos dignos de memoria.

Si algunas mujeres se disfrazan de caballeros, algunos héroes se convierten en pastores, en hermosas doncellas o como en el caso de don Duardos en hortelano. La causa es que él se ha enamorado de Flérida[126] y quiere llegar hasta ella encubiertamente, según le ha aconsejado Olimba.[127] Por ello se hace pasar por el hijo del hortelano que cuida la huerta del emperador de Constantinopla, aunque tenga que engañar a sus ficticios padres hablándoles de un tesoro escondido. Transformado en Julián,[128] don Duardos se sirve de una copa encantada para que Flérida se enamore de él al beber en ella. La magia hace su efecto, pero la princesa Flérida no puede enamorarse de un simple hortelano. Mientras ella se debate entre su pasión y su honra, escucha un monólogo de Duardos-Julián en el que éste deja entrever su verdadera identidad. Esta posibilidad alegra a Flérida, pero don Duardos seguirá queriendo mantener oculta su condición de caballero. Ello propicia una tensión constante entre la pareja, mientras se suceden los encuentros nocturnos.

Muy grande era el alegría de Julián por haber alcanzado de su señora de hacerle tamaña merced de salir de noche a hablarle. Y con aquella grande gloria no pudo él dormir después que la infanta se fue, pensando que si él la pudiese sacar y llevar a Inglaterra sin que el emperador lo supiese, que sería de toda buena ventura. Y antes que fue de día, se desnudó la rica ropa que él tenía y se tornó a los paños que solía traer, y andaba tan lozano y alegre que la hortelana se maravillaba. Y aquel día le dio grandes dones diciéndole que él lo había hallado del tesoro, por donde ellos se tuvieron por de buena ventura y ya no sabían a dónde encubrirse tanto haber, que les parecía que no eran ellos merecedores de tanto bien, y mucho agradecían a Dios el gran bien que les había hecho y no sabían qué placer se hiciesen al su Julián.

—¡Ay, amigo! —decía la hortelana—, ¡cuán bienandantes somos en conoceros, que de pobres y mezquinos nos habéis hecho ricos!

—Muy más lo seréis—decía Julián—, que aún yo tengo de cobrar otro mayor tesoro que el que habéis visto.

Y esto decía él por Flérida, que tenía esperanza de sacarla y llevándola llevar a ellos con ella por que no recibiesen daño y hacerles gran bien. Y Flérida aquel día vino muy leda y hermosa a la huerta y tanta vergüenza tenía de lo que había hecho que no osaba mirar al su Julián, aunque ella no tenía otro mayor placer que verlo ante sí, mas le parecía a ella que todas sus doncellas sabían su maldad. Y Julián asimismo se le hacía de vergüenza aparecer ante ella estando tan mal vestido, que ya no quisiera él sino andar ricamente vestido para que la infanta no le pareciese cosa desaguisada amarlo ella tan ahincadamente y dándole tan gran parte de sí. Y como Flérida así lo vio, conoció su corazón y, también porque sus doncellas no parasen mientes que ella se excusaba de hablar con Julián, pues de antes tanto holgaba con él, lo llamó y le dijo:

—Julián, yo creo que tú tienes olvidado de hacer lo que te mandé, que cantases y tañeses con mis doncellas. Sabiendo que yo tan gran placer he de ello, ¿por qué no lo haces?

Julián vino luego y se humilló ante ella.

—¡Ay, mi señora —dijo él—, nunca Dios quiera que yo tal olvido tenga! Mas siempre ante mí está el cuidado y deseo de serviros, que mal haría yo si no os

sirviese la gran merced que me hacéis en quererme mandar alguna cosa siendo yo cosa tan despreciada.

—No digas eso, Julián —dijo la infanta—, que mucho vales y te amo yo mucho por amor de tu padre.

Julián le quiso besar las manos y la infanta no se las quiso dar, y mandó a sus doncellas que trajesen instrumentos y allí estuvieron a gran solaz, que mucho era pagada la infanta de oír tañer y cantar al su Julián. Y este amor que se le acrecentó le hizo desear de verse con él de noche; y así lo hizo que, sin que Julián lo supiese, vino ella con Artada[129] a la huerta y lo halló durmiendo debajo de los árboles muy sosegadamente y se sentó cabe él muy paso y lo estuvo mirando a la luna, que hacía muy clara, y decía en su corazón:

—¡Ay, Dios, qué tan grandes son las vuestras maravillas que quisiste hacer un caballero tan cumplido en todas las cosas! Si bondad y ardimiento le diste, ¡qué grande es la su hermosura que me ha hecho errar que no puedo vencer a mi corazón y lo vengo a buscar!

Y como esto dijo, se llegó a él y le besó muchas veces, y Julián tan fieramente dormía que no lo sintió, y ella le tomó por la mano y le dijo muy paso:

—Mi verdadero amigo, ¿cómo dormís tan sin cuidado? ¿Y no veis vos a la vuestra Flérida que viene a cumplir lo que os prometió? Ahora conoceréis vos si os amo yo verdaderamente.

Julián despertó muy espantando y, abriendo los ojos, vio a la infanta tan cerca de sí.

—¡Ay, sandio[130] de mí!, ¿y qué sueño es este que ahora me vino? Hasta aquí con gran cuidado y mortales deseos era desvelado y ahora, teniendo tanta gloria delante de mí, duermo. Jamás a mí mismo perdonaré este yerro. ¡Ay, señora! ¿Y qué bien es este que hiciste en venir a dar descanso a este atribulado corazón?

—El que ama —dijo la infanta— busca remedio y, si vos holgáis con la mi vista, hacéis derecho que yo no puedo hacer otra cosa aunque me es gran vergüenza.

—No habléis en eso, mi señora —dijo Julián—, que yo espero en Dios que no tengáis por mal empleada la merced que me hacéis y muy cedo no tendréis por yerro doleros de mí.

—Así quiera Dios —dijo la infanta— que sea. Y a la fin, yo he por bien de sufrir cualquier deshonra y peligro que por vos me viniese.

—Ese, mi señora, no os puede a vos venir —dijo Julián—, y no hablemos más en este hecho y creed, señora, las mis palabras que no son engañosas. Y si no fuese porque mi corazón es muy holgado de estar aquí, en este sabroso lugar viéndoos ante mis ojos, yo me daría a conocer al emperador y, sabiendo quién yo soy, él holgara de hacer lo que yo le pidiera por merced, mas quiero aguardar a que venga Primaleón y, estando él aquí, yo lo haré porque al emperador le venga junta la alegría.

—Vos decís muy bien —dijo Flérida—, y para entonces se quede.

Y aquella noche estuvieron ambos a dos a gran sabor de sí, con la frescura de la noche y con el grande olor que los árboles de sí daban, aquellos dos que tan ahincadamente se amaban en sus corazones descansados en verse en aquel lugar; y así pasaron algunos días viendo Julián a su señora de día y holgando con ella de noche hasta que vinieron nuevas al emperador de Primaleón, como os habemos contado. Y la infanta fue tan extrañamente alegre con aquellas nuevas, que salió aquella noche a la huerta por ser su alegría cumplidamente, tomó a Julián por la mano y fuese paseando con él por la huerta diciéndole:

—¡Ay, amigo, yo creo que Primaleón será aquí muy cedo, pues ya hemos sabido nuevas de él! ¿Y qué día será aquel tan alegre para mí que él venga y vos os deis a conocer con el emperador y nuestros hechos serán a nuestra voluntad y honra?

—Él lo hará bien —dijo Julián.

Y se fueron así abrazados ambos a dos entre unos espesos árboles y allí se sentaron a hablar. Artada, que aquel día se había sentido enojada, como los vio ir tan sosegadamente, se echó cabe un árbol y se durmió. Julián estuvo hablando con su señora en muchas cosas y, como ella estaba tan leda, diole más parte de sí que solía. Y él, que vio que Artada estaba tan lejos, esforzó su corazón a tomar aquella holganza que él deseaba y pensó que si él aquello pudiese acabar, que luego la infanta haría todo lo que él quisiese; y por esto él le había dicho que quería esperar a Primaleón pensando que él le vencería su corazón a hacerlo y que la llevaría a Inglaterra; y hasta allí él no la había osado acometer porque Artada no se partía de ella. Y como vio que era tiempo, lo puso por obra y, con grandes halagos y amor demasiado que le mostró y más por fuerza, porque ella

no osó dar voces, la hizo dueña.[131] Y habiendo alcanzado tan gran cosa, él quedó tan ledo que no hay hombre que os pudiera decir y la infanta muy sañuda de él, y le dijo:

—¡Ay, Julián, ahora creo yo bien que lo que hasta aquí habéis hecho que era por engañarme! Yo tenía gran seguro de vos que no hicierais cosa contra mi voluntad. Ahora me habéis forzado, hicístelo mal que mi corazón será dudoso que vos sois caballero de alta guisa pues no cumpliste vuestra promesa. No creo yo ya lo que hasta aquí me habéis dicho que, quien miente en lo uno, mentirá en lo otro. ¡Ay, cautiva de mí, malandante! ¿Qué haré? Yo lo sé bien aunque esto digo —dijo la infanta—, que yo me mataré y así habré vengado a mi padre del gran yerro que contra él he hecho y vos, mal Julián, seréis contento acabando mi vida; y os digo que yo lo haré así como lo digo, porque muriendo terminarán mis cuitas; y vos no os podréis mucho alabar de mí que, si os alabarais, podréis decir que así morí con pesar.

Y diciendo estas cosas y muchas comenzó de llorar. Julián fue tan cuitado en oírla que más quisiera morir que haberle hecho aquel pesar, e hincó las rodillas ante ella y llorando muy de corazón le dijo:

—¡Ay, mi señora, por Dios, doleos de mí! No os sea yo tan airada contra mí que sabed que, si no me perdonáis, que, antes que vos, lo que vos decís lo haré yo porque mi ánima vaya a penar delante, porque el corazón, que hasta aquí ha sido muy penado, me dio osadía que hiciese este yerro. Os ruego, mi señora, que no me habléis en vuestra muerte que en oír lo que decís se enflaquece mi corazón y no podré vivir una hora. ¿Y vos no sois certificada del sobrado amor que yo os tengo? Éste me hizo a mí errar, mas no porque sean mentirosas mis palabras, que yo soy tal caballero que el emperador se tendrá por muy contento de me os dar por mujer. Y de esto no tengáis vos duda, pues este hecho ¿quién lo ha de saber si yo solo no? Que me tengo por el más bienandante de todo el mundo por lo haber alcanzado por ser cierto que jamás os perderé. ¡Ay, mi señora, perdonadme, por Dios!; si no, me haréis que ante vos me mate y vos seréis aquella que más perderéis. ¡Oh, malandante de mí!, ¿qué hice en enojar a mi señora? ¡Más me valiera la muerte!

La infanta, que vio a Julián tan cuitado y conoció que gran pesar tenía por haberla enojado, algún tanto se animó y perdió parte de su saña y, porque él no hiciese algún yerro, le dijo:

—Cierto Julián, vos me habéis hecho tan gran pesar en deshonrarme que yo no pensé de perdonaros y con ira hacer lo que vos dije, mas porque mi alma no sea perdida como el cuerpo, me sufriré y a vos perdono yo porque tengo yo la mayor culpa, porque, si yo no viniera a este lugar, no me acaeciera ni diera lugar a tan gran mal. A mí me conviene de sufrirlo; porque por todo el mundo no sepan la mi locura, yo forzaré a mi ánima misma de os querer mal. Y quedaos ahora con esto y muy glorioso en haberme burlado y yo me quiero ir tal que para siempre seré mancha de mi alto linaje.

Y como esto dijo, se levantó y Julián se abrazó con ella y la tuvo, y tantas cosas le dijo e hizo que la infanta lo perdonó y le juró de no hacer cosa que a locura le pudiese ser contada.

Procedencia: ¿Francisco Vázquez?,

Primaleón [1512], cap. 123.

Escena amorosa, en Códice Manesse

(siglo XV).

10

De cómo la doncella Daraida, que en realidad es el príncipe Agesilao disfrazado de mujer, envía una carta de amor a Diana, y de la gustosa y placentera conversación que la princesa sostuvo con Lardenia, que termina con la confesión de su amor.

El caballero Agesilao[132] se enamora de la princesa Diana[133] a través de la visión de un retrato suyo. Como ella vive en una fortaleza a la que no puede entrar ningún hombre, Agesilao, junto con su amigo Arlanges,[134] decide tomar la identidad de doncella amazona. Este disfraz le va a permitir estar al lado de su amada sin dejar de utilizar las armas cuando la ocasión lo requiere. Al convertirse en Daraida, Agesilao le confiesa su amor a Diana, pero ésta no se da cuenta del engaño porque realmente cree que es una mujer. El grado de intimidad entre la pareja va creciendo, pero ambos se tienen que separar cuando acude Galtacira para solicitar la ayuda de Daraida. Mientras el caballero disfrazado va a enfrentarse con el monstruoso Cabalión,[135] Diana se entera a través de su doncella Lardenia de que Daraida es un caballero. Después de que Agesilao-Daraida ha culminado con éxito su aventura y Galtacira se presenta ante la princesa informándole de las hazañas realizadas por la fingida doncella, Diana no puede ocultar por más tiempo su amor hacia Agesilao-Daraida.

Galtacira se puso de hinojos ante Diana y, como le hubo besado las manos y ella la abrazó, sentadas la reina y Diana, y todas calladas por ver lo que diría, ella sacó la carta que para Diana traía y dijo:

—Mi señora, la preciada y excelente Daraida, sin par de hermosura fuera de vuestro extremo y sin igual en bondad de armas, las manos de la reina mi señora y de la vuestra merced mil veces besa y esta carta a la vuestra grandeza envía. Léala vuestra merced y después diré a lo que soy venida.

Diana tomó la carta no con tanta libertad que Lardenia no lo sintiese. Y como la hubo tomado, Galtacira se volvió a la duquesa y marquesa, pareciéndole tener lugar de más principales, y les dijo:

—Mis buenas señoras, Daraida os besa las manos y a todas estas hermosas doncellas se envía a encomendar.

—¡Ay, amiga! —dijo Lardenia—, ¿y cómo no la traéis con vos?

—Mi buena señora —dijo ella—, no tardará que no venga, que más cedo será que cuidáis.

Y luego callaron porque Diana abierta la carta la quiso leer alto, la cual con mucha gracia la leyó, y así decía:

La vencida para mayor victoria Daraida a la sin par en gracia, linaje y hermosura princesa Diana salud envía, y de su parte la libertad de su hermosura licencia me da para que enviarla pueda.

¡Oh, mi señora! ¡Y quién pudiese hacer bien el mal que en vuestra ausencia recibo con saberlo decir bien! ¡Oh, que lo siento y el mayor sentimiento de su dolor me quita la gloria de la causa de recibirlo! ¡Ay de mí, que aún el ay que para quejarme tengo no le da lugar la gloria que en él recibió, sintiendo que no sólo pagada quedo con tal dolor, mas adeudada a pagar con la vida a la paciencia que deba para morir por tal causa! ¡Oh, mi señora, cuán gran merced me hicieron los dioses, pues en el extremo de vuestra hermosura pusieron el extremo de mi dolor y de todo punto negaron el medio de tales extremos! ¡Oh, que peno y la

pena me dice que no peno por la gloria que en ella siento! ¡Oh, que canso en pensar y el cansancio me dice que no canso por el descanso que se debe a tal pensamiento¡ ¡Oh, que me entristezco y la tristeza me causa con el alegría que siento de la razón de tal tristeza! ¡Oh, que debo la vida a tal pena y no pago con la muerte por el bien que sale de recibirla! ¡Oh, que amo para más me desamar por lo que debo a no dejar amor fuera del que se debe al que yo, mi señora, os tengo!

¡Ay de mí, que me pongo a decir lo que con decirlo ofendo a la vuestra merced y a la razón que para decir tengo! A la vuestra merced ofendo por querer encarecer vuestra pena más que con la razón que muestra mirar la vuestra gran hermosura. A la razón de decir mi mal ofendo con querer mostrar con palabras lo que siente por obras que no se pueden decir, que no se compre barato lo que yo con ellas tan caro quiero comprar, para dar a sentir a la vuestra merced lo que en vuestra ausencia siento con estar jamás apartada de vuestra presencia, según el alma que con vos dejé dará testimonio a la vuestra merced del cuerpo solo que apartado conmigo traje, de quien la hermosa Galtacira os dará las nuevas en cuanto las llagas del cuerpo, que como vuestra recibí, tengan licencia de la mayor llaga del alma que con vos quedó para ir a besar las vuestras hermosas manos, con las de mi señora la reina. Y en cuanto no alcanzare esta paz quedo en la cruel guerra de tal ausencia besando las vuestras hermosas manos como vasalla y vencida vuestra, enviando a la vuestra merced la paz que en tan peligrosa guerra la gloria de recibirla me da para que enviaros pueda.

Como Diana hubo leído la carta, haciéndole las palabras de Daraida aquella fuerza en lo secreto de su corazón que los sellos con gran fuerza hacer pueden en la cera dispuesta y aparejada para recibirlos, no con menos fuerza las palabras de la carta de Daraida en el alma de Diana fueron selladas y con tan cerrado sello que a sólo su corazón hizo testigo. Mas la fuerza de resistir la que en alma recibía para encubrir la que el amor le hacía no dejó su encendido fuego con tanta libertad la disimulación de la hermosura de su rostro, que con diferentes colores no lo matizase, acrecentando y encogiendo su gran hermosura. Y como con semejantes brillos la carta hubiese leído, con mucha gracia dijo a Galtacira:

—Amiga, Daraida no escribe más nuevas de las que acá continuo publicó de sus amores. Y pues a vos se remite en lo que no sabemos y de ella deseamos saber, yo os ruego que de vos lo sepamos.

—Mi señora —dijo ella—, lo demás que la vuestra merced me manda todo es lo menos en comparación de las hazañas que Daraida escribe de vuestra hermosura; mas, pues mandáis que lo diga, sabed, mi señora, que la vuestra extremada Daraida en menos de tres horas mató y venció al fuerte jayán del Castillo del Roquedo con todos los del castillo junto con la espantable y fiera bestia Cabalión, que aquí conmigo os envía [...].

Y tras esto les dijo todo particularmente cómo había pasado.

Qué os podemos decir de lo que Diana sintió de tales nuevas sino que su hermosura mostraba el alegría de su corazón, y así hacía la reina y las que con ella estaban y, sobre todas después de Diana, la duquesa Lardenia.

—¡Ay, amiga! —decía Diana—. ¿Y con qué os pagaré yo tales nuevas como de la mi Daraida me traéis? A mi señora la reina publico yo que os pague vuestro trabajo y nuestro gozo.

—Mi señora —dijo Galtacira—, con haber yo hecho a las vuestras mercedes y a la excelente Daraida este servicio quedo pagada.

—Vos decís como quien sois —dijo Diana—, y mi señora la reina y yo haremos como quien somos lo que debemos a vuestro servicio.

Y así fue ello, que tanto haber le dieron con que ella y todos los de su linaje fueron bienaventurados. [...] Pues de Diana qué os diremos sino que, salida la reina, no viendo la hora que hablar con Lardenia por la mano la toma y la lleva por debajo de los árboles del jardín, y como allí se vieron, Diana le dijo:

—Por cierto, Lardenia, si el amor que a Daraida como a doncella tuve no lo templara con el que no le debo como a caballero, yo pienso que ensandeciera[136] de gozo con las nuevas de hoy.

—¡Ay, mi señora! —dijo la duquesa—. No queráis haceros tan sabia ni a mí de tan poco saber, pues ni el amor de vuestra parte os da licencia ni de la mía se sufre en tan buen conocimiento que no os preciéis de ser amada de tan excelente príncipe y que tan verdaderamente os ama y con tanta limpieza de sus pensamientos. ¡Oh, mi señora!, cuando las bravas bestias y los fuertes jayanes y caballeros no pueden resistir las fuerzas de Agesilao, ¿qué poder halla la vuestra merced en las delicadas doncellas para poderlas resistir, acompañadas de la mayor fuerza de su hermosura? Que no menos poder los soberanos dioses le

pusieron por esta parte en la libertad de las doncellas que sin ninguna a los caballeros dejaron para poder resistir la fortaleza de sus brazos.

—¡Ay, duquesa! —dijo Diana—, que esa ventaja tenemos a los caballeros las doncellas para mayor gloria de resistir el amor. Y es que con la voluntad de nuestra virtud podemos excusar los cuerpos del sacrificio de nuestra honestidad, lo cual los caballeros no pueden excusar el sacrificio del cuerpo de otros de mayores fuerzas. Y la razón de esto es que las doncellas defendemos con fuerzas del ánima nuestra limpieza, y los caballeros con fuerzas corporales defienden los cuerpos. Y como las nuestras no se puedan vencer sino por nuestra voluntad y las suyas, no basta la suya a defender los cuerpos del sacrificio, aunque basta dejarlos sin vencimiento por muertos y no vencidos. Creedme, duquesa, que esta gloria que por sola flaqueza se pierde en las mujeres que nunca la perderé, porque bien puede Agesilao con su hermosura dejarme sin vida, mas no sin honestidad y limpieza, porque ésta, pues en mi mano está perderla o defenderla, no hay fuerzas de parte ajena que ponga disculpa en la culpa de perder la honestidad y limpieza.

—Mi señora —dijo Lardenia—, vos decís bien si esto así se pudiese hacer como decís; mas ni el amor nos deja tal libertad ni la razón tiene tal privilegio contra el amor. Y crea la vuestra merced que nunca amor ni razón se casaron, porque si se pudiesen casar muchas se hubieran descasado, que se casaron no dejando de sentir lo que decís. ¡Ay, señora mía!, guárdeos Dios cuando Cupido pone las flechas de verdad en la sinrazón de amor, que entonces no menos que la razón la sinrazón quiere guardar en su privilegio. Y la razón guarda el que tiene libertad en sí con libre voluntad en su razón. Y ésta, mi señora, es la causa que la razón tiene más fuerza para guardarse en todas las cosas sin sentido en la razón de su naturaleza que aquellas que les puso Dios libertad de albedrío para usar de su voluntad, donde la sinrazón muchas veces tiene fuerza de razón.[137]

—Por tanto se me apareja a mí más gloria de resistir —dijo Diana—, y esa libertad que decís que los dioses dejaron en los hombres argüiría[138] más culpa si no usase de ella para guardar la razón de mi grandeza en el mayor estado de mi honestidad.

—¡Ay, señora! —dijo Lardenia—. ¡Cómo las fuerzas y el esfuerzo contra la muerte aprovechan poco!

—¿Por qué dices eso? —dijo Diana.

—Porque el amor —dijo Lardenia— es tan terrible como la muerte. Y así como sin voluntad se recibe la muerte, se toma el amor. No hay, señora mía, quien pueda resistir al fuego llegando a cualquier cosa aparejada para recibirlo naturalmente. Y cuanto es mayor el fuego tanto más presto hace su natural, pues qué menos puede la vuestra merced resistir la fuerza de la natural hermosura de Daraida con la naturaleza que sobre todas las doncellas puede tener con aparejo del fuego del cruel amor, que es de más encendidas llamas, según dan testimonio de tal fuego tantas y tan excelentes dueñas y doncellas, emperatrices y reinas y grandes señoras que a él han sido sacrificadas.

—Lardenia —dijo Diana—, bien puede ser que en ese fuego sea mi ánima sacrificada, mas yo te prometo que la honestidad quede reservada de tal sacrificio.

—No os argüiré yo eso —dijo Lardenia—, ni digo que lo dejéis de hacer; mas os niego, mi señora, y no quiero consentir que dejéis de querer menos a Agesilao como caballero, siendo tal príncipe y queriéndoos como os quiere, que le queríais antes como a doncella; porque otra cosa no se sufre entre vos y mí que me digáis, salvo si por encarecer y subir vuestra honestidad queréis rebajar mi saber, lo cual no quiero consentir a la vuestra merced.

—Ora, mi Lardenia —dijo Diana, abrazándola y riéndose–, que más quiero a Agesilao que a Daraida, mas así lo quiero que no quiero que lo sepa ni quiero que quieras tú dárselo a entender. Y asimismo quiero que sepas tú cuánto te amo, pues en tu secreto dejo tal prenda del secreto de mi corazón, que yo te digo que no me hace ventaja Agesilao en amarme; y antes se la hago, porque con encubrir y resistir en mí lo que siento se acrecienta en mí el dolor que en él se templa con la gloria de descubrirlo. Así que esta prenda te doy de mi secreto, y por razón de descubrírtelo dejo tal prenda sobre el tuyo para que no sea descubierto.

Lardenia le dijo:

—Mi señora, dadme las vuestras hermosas manos por tan gran merced; y de la misma razón de la merced sale la que yo tengo en la obligación de encubrir el secreto que me habéis dado de vuestro corazón. Y no habéis hecho poco para algún alivio de los fuegos de amor, los cuales con comunicarlos conmigo podrán poneros templanza para más resistirlos.

Y atajó sus razones que vinieron a decir a Diana que las doncellas de la reina

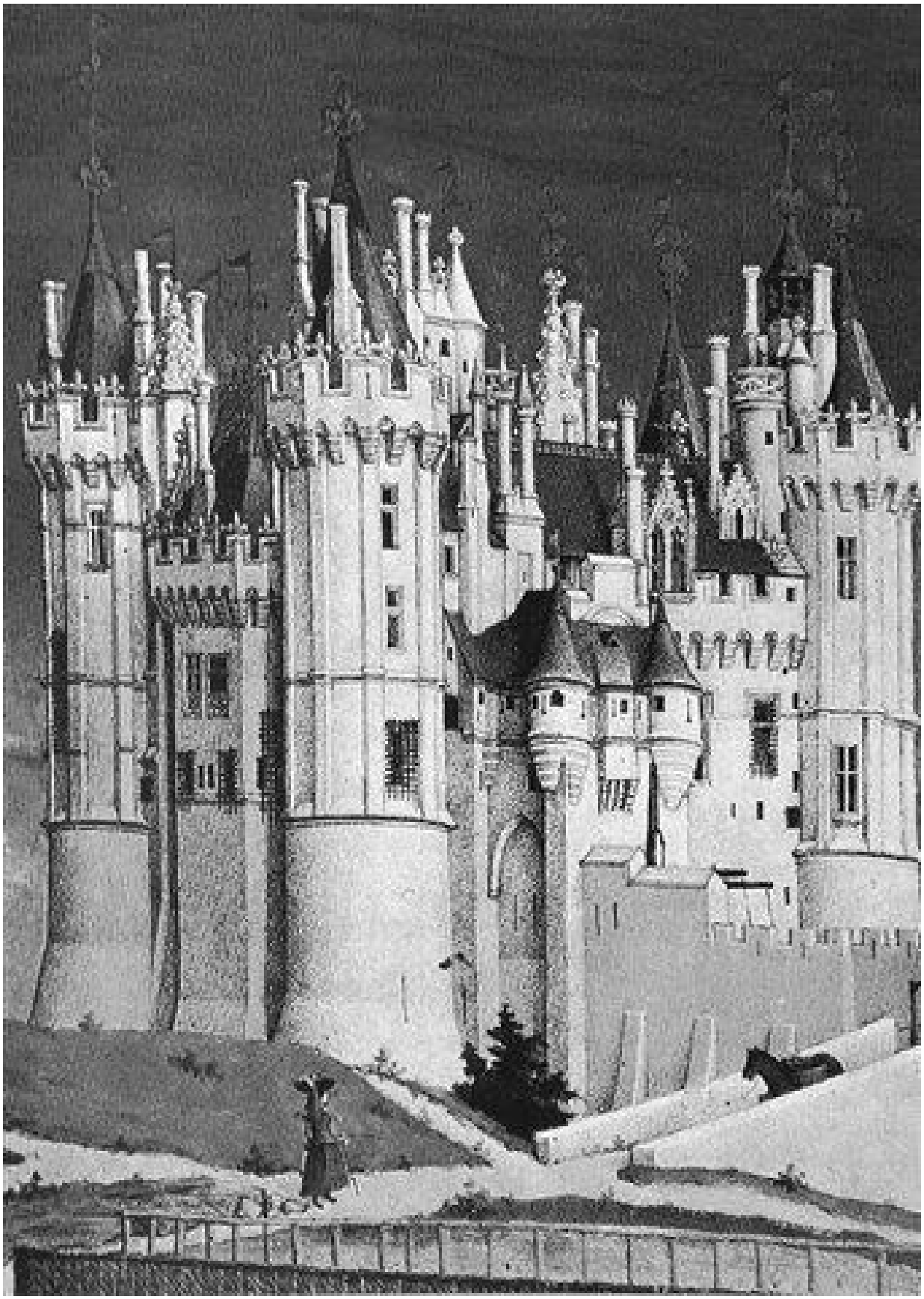
traían el pellejo de la bestia Cabalión para que lo viese. Y ella salió, que ya lo tenían en el jardín, y demasiadamente fue ella y todas, de verlo, espantadas, y los loores que de Daraida se decían acrecentaban gran gloria a Diana en ser amada de tal caballero. Y después que gran pieza lo hubieron mirado, ella mandó que lo llevasen y en lo alto de la Torre de Febo se colgase.

Procedencia: Feliciano de Silva, Florisel de Niquea,

libro III [1546], cap. 79.

El caballero recibe un regalo de su dama

(miniatura de un ms. alemán del siglo XV).



Castillo, en Les très riches heures du Duc de Berry (siglo XV).

11

De metamorfosis mágicas y secretos

encuentros nocturnos.

Los palacios de cualquier rey o emperador son centro de reunión de caballeros y damas. Allí acuden diversos personajes intentando recabar el auxilio del héroe para acometer alguna tarea, allí se presentan los magos para deslumbrar a los cortesanos con sus prodigiosas invenciones. Algo de esto es lo que ocurre en la corte de Trapisonda después de que el emperador haya regresado junto con Lisuarte de Grecia y Perión de Gaula, tras haber estado encantados por la maga Zirfea.[139] Estando sentados a la mesa los protagonistas, vamos a asistir a una extraña y aterradora visita de Urganda la Desconocida transformada en espantosa serpiente. Desvanecidos los primeros temores, Lisuarte y Perión esperan la llegada de la noche para volver a reencontrarse con sus respectivas amadas, con las cuales están casados en secreto, y de cuyas relaciones ya han nacido tres descendientes, aunque los caballeros desconocen esto último.

Ya que acababan de comer, estando todos con gran solaz, oyeron gran revuelta y voces en la ciudad, y no tardó mucho, que antes que ellos pudiesen saber qué fuese, cuando por la sala, dando grandes gritos, muchos entraron, y tras los que venían huyendo entró una serpiente, la más fiera y espantosa que nunca se vio, porque de sus ojos salían dos llamas; al parecer hacía tan gran ruido con sus fuertes silbos y alas, batiéndolas por todas partes, que la gran sala hacía temblar. Todos cuantos en la sala estaban andaban con grande estruendo y temor buscando por donde salir. Las infantas y princesas se abrazaron, como sin sentido, de espanto, y la emperatriz con el emperador. Lisuarte y Perión, como la serpiente vieron, derrocados[140] los mantos en los brazos, por todas partes fueron a acometerla, mas ella les daba con su cola a su salvo tales golpes que, sin poder herirla, los derrocaba muchas veces en tierra, y no les daba lugar a levantar cuando ya tornaba a derribarlos. De esta suerte andaban todos con ella sin poder herirla.

La batalla era muy mirada por los que en la sala estaban, aunque con gran temor muchos de los que allí estaban quisieran huir, mas no era en su mano poderse mover. Lisuarte, viendo que no podía herirla y que ella no hacía sino derribarlo en tierra, con gran saña de sí mismo se juntó tan presto con ella que la serpiente no le pudo dar con la cola, y él le fue a dar con su espada por medio de ambas orejas, las cuales más que de dos adargas[141] tenía, pensándole hacer la cabeza dos partes; mas, como la mano alzó, se sintió en ella dar tal golpe como que con palo le diese, que la espada le saltó de la mano. Y como esto fue hecho, la serpiente se tornó una dueña vieja, con unos tocados largos y un cordón en la mano, vestida de paños negros, la cual le dijo:

—¿Qué es eso caballero? Teneos un poco. ¿Así queréis ofender las mujeres tan vuestras servidoras como yo?

Luego de todos fue conocida, que sabed que era Urganda, que siempre acostumbraba venir con tales maneras de espanto como ya otras veces en esta gran historia habéis oído.[142] Todos quedaron con gran risa y placer de ver el engaño que les había hecho. El emperador se levantó a ella y, trabándola del brazo, con mucha risa y amor le dijo:

—¿Qué venida ha sido ésta, mi buena señora? Ella, besándole las manos, le dijo:

—No supe con qué regocijar tan grande fiesta y alegría como en esta noche se hace, como en venir yo a gozar de vuestro placer, y de tal manera que acrecentase más el temor de mi venida en el solaz que con tanta causa todos tenéis. Y porque en tal tiempo sé que de todos seré bien recibida, quise venir a conocer a la emperatriz y a vuestras hijas, que gran deseo he siempre tenido de conocerlas y servirlas.

—Por cierto —dijo el emperador—, que vos sois de todos tan honrada, amada y deseada que no pudiera haber tiempo en que no recibiéramos mucho placer con vuestra venida.

Luego Lisuarte y Perión hablaron a Urganda y ella les tuvo a cada uno abrazado con grande amor, y, después de haberlos abrazado, Alquifa llegó y con gran placer le besó las manos y fue recibida de ella. Luego el emperador tomó a Urganda por la mano y la llevó a la emperatriz, diciendo:

—Señora, ved aquí a Urganda, que, por hacernos gran placer y honra, por conoceros a nuestra corte es llegada.

La emperatriz se levantó a ella y con gran cortesía la abrazó, y ella le besó las manos; y como le hubo hablado, le dijo:

—Señora, dadme licencia, que yo os quiero dejar por ir a hablar a vuestras hijas; porque me parecen más conformes a mi edad, quiero tener su compañía.

Luego fue a besarles las manos a ellas y a la infanta Gradafilea. De todas fue muy bien recibida, especialmente de las hijas del emperador, que gran deseo tenían de verla y conocerla por las nuevas que de su fama habían oído.

Así pasaron gran pieza de aquella noche hablando en lo que más sabor habían; mas, ya que fue hora de acostar, el emperador y la emperatriz se fueron a su cámara, y sus hijas a las suyas. A la infanta Gradafilea y a Urganda dieron un aposento, porque la infanta Gradafilea holgaba mucho en hablar con Urganda.

Lisuarte y Perión se fueron a un rico aposento que les dieron en los palacios del emperador, adonde hicieron traer sus armas. Como sintieron que serían ya todos dormidos, no teniendo cuidado más en cosa que en que llegase aquel tiempo, tomando sus espadas y mantos se fueron a la huerta de la emperatriz de la suerte que en el camino de sus amores acostumbraban hacer. Y llegando al postigo que a la verja salía, Lisuarte puso la mano en él y dijo:

—¿Está ya otorgado por Dios, pues hemos bien purgado nuestros pecados en el purgatorio, que merezcamos entrar en la gloria?

—Sí está —dijo Gricileria, que ya el candado por de dentro quitaba con tanto gozo que no lo acertaba a quitar.

Lo cual viendo Onoloria, llegó a ella diciendo:

—Hermana, si vos tuvieseis tanto deseo como yo de ver abierta esa puerta, vuestra fe bastaría para haber quebrado mil candados, cuánta más para abrir uno con su llave.

Lisuarte, que a su señora oyó hablar, con grande alegría, haciéndosele tarde ya el abrir de la puerta, le respondió:

—¡Oh, mi señora!, no pienso yo que lo causa la poca voluntad que mi señora la infanta Gricileria tenga de hacernos merced, sino nuestra ventura que no es acabada y quiere a tal tiempo mostrar su poder.

En esto acabó la infanta de quitar el candado, y diciendo: «De hoy más yo os doy, hermana, este cargo, pues tanto a vuestra fe os atrevéis a ser buena portera», y abrió el postigo.

Y ellos entraron dentro, y los hinojos hincados les besaron las manos, y levantándolos ellas los tomaron cada una al suyo entre sus brazos, y juntando sus bocas con las suyas de ellos estuvieron así gran pieza sin poderse hablar de gozo; mas ya que una gran pieza así estuvieron, ellos dijeron:

—¡Oh, mis señoras, en cuánta deuda somos a aquel soberano Señor que está en los cielos, pues a cabo de tanto tiempo nos dejó gozar de todo el bien de que estábamos apartados, y tan sin esperanza y sin ningún sentido del bien que teníamos perdido!

Ellas respondieron:

—Señores, no creo que nós debemos en eso nada, y pues ya Dios nos ha dejado tanto bien, vámonos adonde más a nuestro placer nos podamos ver y hablar.

Luego se subieron a la cámara donde ellas dormían, y llegados, Lisuarte descubrió su espada, donde salió tanto resplandor que todos se veían como si

siete hachas allí estuvieran. Así estuvieron gran pieza hablando de la suerte que habían estado encantados, mas ellas nunca osaron decir cómo habían quedado preñadas ni cosa de lo que en su parto les avino; antes, aunque lo encubrían, gran sentimiento en sí tenían, viendo a sus amigos, por no saber de los hijos si eran muertos o vivos.[143]

Después que así estuvieron hablando una pieza, cubriendo la espada con el manto, se desnudaron y echaron en dos lechos muy ricos que en la cámara estaban, donde con gran alegría pasaron todo lo más de la noche; adonde Lisuarte concertó con su señora que, en yendo a ver a su padre, enviaría embajadores al emperador para pedirla por mujer, porque más a su placer pudiesen gozar del tiempo que hasta allí habían perdido de sus sabrosos amores; Perión prometió otro tanto a su amiga y señora. Pues ya que les pareció que era tiempo de partirse, con grandes abrazos y amores fueron despedidos, y ellos se tornaron a su aposento muy alegres, y ellas quedaron en sus lechos donde pasaron lo que les quedaba de la noche.

Procedencia: Feliciano de Silva, Amadís de Grecia

[1530], 2ª, cap. 4.

12

De cómo Tirante el Blanco consiguió el bien más preciado de Carmesina, gracias a la ayuda de Placerdemivida.

Pareja de amantes, en Livre de Messire Lancelot du Lac (finales siglo XIII).

Si algunos caballeros lograr consumar con sus amadas sus sentimientos amorosos, otros como Tirante[144] no pueden conseguir su objetivo a causa de la constante resistencia de su amada Carmesina,[145] muy preocupada por su honra, o debido a las falsas acusaciones de la envidiosa Viuda Reposada[146] que entorpecen su relación. Esta demora en la obtención de la ansiada recompensa sexual lleva a veces a Tirante a episodios donde se mezcla el dolor por el fracaso, la timidez del amante o situaciones sumamente ridículas. Sin embargo, Tirante también cuenta con la ayuda de Placerdemivida, doncella de Carmesina y confidente del caballero. Gracias a la iniciativa de esta joven atrevida, Tirante puede entrar en la habitación de su amada y, siguiendo las instrucciones de Placerdemivida, consigue tocar el cuerpo de la princesa. El elemento sexual preside el engaño de la doncella y del caballero hasta que Carmesina se da cuenta de que su honor corre un serio peligro.

Como Tirante vio el hablar abierto de Placerdemivida, con voz baja le dijo:

—Temor de quedarme avergonzado me quita de ganar paraíso en este mundo y reposo en el otro, pero diré lo que me parece: que en tiempo de adversidad los parientes y amigos se tornan enemigos y mi inocente deseo no es sino con mucho amor hacer servicios a aquella de quien soy y seré tanto, como la vida me acompañe. Y en este artículo de fe quiero vivir y morir. Y si tu voluntad como deseo se acordase muy consolada sería mi alma, que todas las cosas que se me representan no son sino temor de vergüenza. Y pues no puedo allí lo que deseo, por ser noche oscura con los ojos del pensamiento la veré, por que os ruego que vamos sin más tardar y toque yo aquel cuerpo glorificado.

—Pues con tantas importunaciones os he vencido —dijo Placerdemivida—, en ofensa de mi honra y placer vuestro, quedaos ahora para aquel que sois.

Y le soltó de la mano. Como Tirante se vio sin su guía y no sabía dónde se estaba por la mucha oscuridad, con baja voz la llamaba; y ella le hizo estar así resfriándose cerca de media hora, en camisa y descalzo. Como ella vio que ya sería bien resfriado, hubo piedad y se llegó a él y le dijo:

—Así castiga hombre a los que son poco enamorados. ¿Cómo pensáis vos que dueña ni doncella de cualquier estado que sea que le despliega[147] de ser amada? Antes os digo que aquel estiman ellas en más que más solícito es en buscar maneras de entrarlas a ver por puertas o por ventanas o tejados. ¿Creéis ahora vos que me placería a mí que Hipólito hiciese otro tanto por mi amor? [148] Antes os digo que le querría mil veces más, y no me pesaría, si consentir no quisiese a su voluntad, que me tomase por los cabellos y me arrastrase por la casa hasta que yo callase e hiciese todo lo que él quisiese. Y yo le querría más conociendo que es hombre que si hiciese lo que vos hacéis y decís, que no la querríais enojar. En otras cosas amadla vos y servidla, mas estando con ella a solas en una cama no le guardéis cortesía.

¿No sabéis lo que dice el salmista? Manus autem. Y es su glosa, que si queréis ganar dueña o doncella, que no tengáis temor ni vergüenza.

—¡Por mi fe, doncella! —dijo Tirante—, vos me habéis dado más noticia de mis faltas que no ha hecho jamás ningún confesor. Yo os ruego que me llevéis a la cama de mi señora.

Placerdemivida tomó a Tirante por la mano y lo llevó a la cámara de la princesa, y le hizo acostar a su costado. Y las tablas de la cama, hacia la cabecera, no llegaban a la pared, y Placerdemivida se metió allí y dijo a Tirante que estuviese quedo hasta que ella se lo dijese. Y Placerdemivida puso su cabeza sobre el almohada, entre Tirante y la princesa, y tenía la cara vuelta hacia ella; y tomó la mano de Tirante y se la puso sobre los pechos de la princesa, el cual le palpó los pechos y el vientre y de allí abajo. La princesa despertó y dijo:

—¡Oh, válgame Dios, cómo eres enojosa! ¿No me puedes dejar dormir?

Dijo Placerdemivida:

—¡Oh, cómo sois doncella de mal sufrimiento! Salís agora del baño y tenéis las carnes lisas y gentiles, y me deleito en tocarlas.

—Toca donde quieras —dijo la princesa—, y no pongas la mano tan abajo.

—Dormid y haréis bien, y dejadme tocar este cuerpo, pues es mío, que yo estoy aquí en lugar de Tirante. ¡Oh, traidor de Tirante! ¿Y dónde estás ahora, que si tuvieses la mano donde yo la tengo, estarías alegre y contento?

Y él tenía la mano sobre el vientre de la princesa, y Placerdemivida tenía la suya sobre la cabeza de Tirante. Y como ella conocía que la princesa se dormía, aflojaba la mano, y entonces Tirante tocaba a su placer; y de esta manera se divirtió cerca de una hora. Y como Placerdemivida conoció que ella dormía bien, aflojó del todo la mano. Y Tirante quiso tentar la paciencia y dar fin a su deseo; y la princesa despertó, y dijo:

—¿Qué malaventura haces que no me quieres dejar dormir esta noche? ¿Eres tornada loca que quieres tentar lo que es contra tu natura?

Y a poco rato ella conoció que era más que mujer, y no quiso consentir, antes comenzó a dar gritos. Y Placerdemivida le tapaba la boca con sus manos; y le dijo a la oreja porque las otras no lo sintiesen:

—¡Callad, señora que no queráis difamar[149] vuestra persona, que temo que no lo sienta la emperatriz! ¡Catad que es vuestro caballero Tirante, quien por vos se dejara morir!

—¡Oh, maldita seas tú! —dijo la princesa—. ¿Y no has habido temor de mí ni vergüenza del mundo, que sin yo saber nada me has puesto en tanto trabajo y difamación?

—Ya, señora, —dijo Placerdemivida—, pues el mal es hecho, dad en ello remedio, que me parece que el callar es el mejor remedio y más seguro.

Y Tirante con baja voz la suplicaba lo mejor que podía, y viéndose ella en tan estrecho paso, que de la una parte la combatía amor y de otra temor, y al fin deliberó de callar.

Tirante el Blanco [1511], libro tercero,

caps. 114-115.

13

De cómo Belamir y Albasilvio triunfaron en sus respectivos combates amorosos en el castillo de Florecinta, en donde no quedó claro quién fue el vencido y quién el vencedor.

Banquete nobiliario

(miniatura francesa del siglo XV).

En el género caballeresco no todas las mujeres son seres pasivos cuya hermosura despierta el esfuerzo guerrero del héroe y se convierten en la meta final hacia la que desemboca la trayectoria de aquel. Hay magas que usan sus poderes para satisfacer sus deseos sexuales, mujeres que se disfrazan de caballeros para perseguir a su amado, y también un tipo específico de «doncella lasciva» como la representada en este texto. Florecinta encarna a la perfección un modelo que se repetirá en otros libros: el de la joven rica y heredera que, al haber quedado huérfana en la infancia, no ha recibido educación de los padres y se deja llevar por sus deseos sexuales, sin que nadie a su alrededor contradiga y castigue su conducta, sino todo lo contrario: damas y doncellas de su corte viven enamorando a los caballeros que llegan a su castillo. A través de su participación narrativa, penetra en el género el erotismo y los autores destacan la iniciativa femenina en el terreno amoroso y sexual.

Pues quedando los caballeros en sus lechos, partiéndose las doncellas para los suyos, quedando aquellas estancias con mucho silencio, no pasando gran pieza cuando Belamir oyó entre las rosas y verdes arrayanes[150] de sus pabellones gran rumor y, alzando la cabeza, vio entrar dos doncellas con sendos candeleros de plata en las manos y en ellos velas de blanca cera ardiendo, y tras ellas la hermosa Florecinta casi desnuda, con ropa de sedas jaldes[151] sin mangas sembradas de clavellinas[152] rojas y un corto manto de seda roja forrado en cendal jalde y un hermoso tocado[153] de oro con mangas anchas de camisa, y la ropa y camisa escotadas de manera que traía descubiertos sus albos[154] y hermosos pechos y garganta porque, como os dijimos, por ser de poca edad tenía acordado de nunca se casar sino de gozar todo deleite, y así el caballero que bien le parecía daba lugar que gozase de ella y tenía consigo muchas doncellas de su edad y condición, aunque había tan poco tiempo que esta vida hacía que sólo dos caballeros de su amor habían gozado. Así que entrado de la manera que oído habéis debajo del pabellón de Belamir, viéndole alborotado en verla dijo con mucho donaire:

—Acordaos, buen señor, de lo que poco rato ha os dije, que no habíais acabado la aventura, pues no me ha salido como yo cuidaba, que pensando venceros me habéis vencido. No sé qué gloria veniros puede del vencimiento de una delicada doncella que no se os ha podido ni sabido defender.

En esto las doncellas, dejando las velas a una parte del pabellón, se salieron fuera a tiempo que Belamir saltó del lecho; trabándole por sus hermosas manos le respondió:

—Si tanta fuerza y poder, señora, tienen los vencidos en esta tierra, poco podrán con ellos los vencedores.

Tomándola entre sus brazos, dejando ella caer las ropas que traía, entraron en el rico lecho donde a gran sabor y deleite cumplieron sus voluntades.

A este tiempo avino Albasilvio que al punto que sus ojos cerraba para dormir sintió a la puerta de su pabellón pisadas como de persona que en él entrase, y sentándose sobre el lecho por mejor atender lo que ser podría, sintió venir el pabellón adentro una persona. Entonces él saltó ligeramente del lecho queriendo tomar su espada y manto que cerca de él tenía, oyó una voz muy baja y delicada

que le dijo:

—Caballero, no habéis menester esas armas para vuestra cautiva, que sin ellas podéis hacer de ella a vuestra guisa.

Cuando Albasilvio oyó las dulces razones y conoció ser doncella, se turbó[155] más que si con diez caballeros se hubiera de combatir, porque nunca en semejante batalla visto se había, mas viendo ser gran cobardía en tal lugar y coyuntura rehusarla, especial siendo además hermosa, acordó de holgar con ella; tomándola entre sus brazos, le dijo:

—Señora, ved aquí vuestro cautivo; si en algo mi corazón os ha ofendido, aquí yace donde podéis de él tomar venganza.

Y dejando la doncella una ropa larga que sobre su delgada camisa traía, se metieron los dos en el lecho gustando y gozando de aquel deleite que ninguno de ellos hasta entonces sentido había, quedando Albasilvio muy pagado de ella y con gran razón porque era la más apuesta doncella de cuantas allí había, y era cormana de Florecinta; y se pagó[156] ella tanto de Albasilvio que sin que él ni otra persona alguna la conociese deliberó de venirle a dar su amor y como a otro nunca dado lo había quedó de él tan pagada que todo lo restante de su vida lealmente lo amó, no queriendo casarse.

Filorante [libro escrito a finales del siglo XVI],

cap. 1, ff. 2v-3r.

Primera parte dela grande hiſtoria del muy animoſo y eſforçado principe Felixmarte de Yrcania, y de ſueſtraño naſcimiento. Eñ la qual ſe tratan las grandes hazañas del valeroſo principe Floſaran de Miſia, ſu padre. Dirigido al Illuſtre ſeñor Iuan vazquez de Molina, del conſejo de eſtado de ſu Mageſtad, y ſu ſecretário, Comẽdador de Guadalcanal, Treze dela orden de Sanctiago.

Con priuilegio, eneſte año. 1556.

Eſta taſſado en

Portada de Felixmarte de Hircania (Valladolid, 1556).

14

De una extraña aventura que a la corte del Emperador vino de una princesa con un Castillo.

Una buena parte de los episodios maravillosos que se relatan en los libros de caballerías pueden describirse como ordalías, como pruebas mágicas que logran superar sólo los protagonistas o los héroes y que sirven para exaltar alguna de sus virtudes: la supremacía militar del caballero, la descomunal hermosura de las princesas, la lealtad amorosa de la pareja, etc. Estas ordalías han sido preparadas por grandes magos en cuevas, castillos fabulosos u otros recintos singulares. Aquí la prueba consiste en poder entrar en un castillo ambulante, tras derrotar al guardián de la entrada. Una vez dentro, los personajes podrán descubrir en dos estatuas mágicas la imagen de la persona de la que están enamorados o por la que son amados. Para Amadís de Grecia[157] esta aventura reproduce su dilema sentimental, pues este caballero está enamorado de dos princesas a la vez y es requerido por ambas.

Estando todos en el solaz que habéis oído, entró en el gran palacio una doncella vestida de paños negros, asaz hermosa, y cinco caballeros ancianos con ella y seis doncellas, y tras ellos entró un castillo armado sobre cuatro columnas de alambre tan alto como una gran lanza, y tan ancho en cuadra que tendría diez pies. Parecía ser todo hecho de plata, con torres muy hermosas; en su rejón[158] traía una puerta cerrada y de ella colgada una bocina de oro, trabada con una cadena de plata; se movía por tal arte que los leones de metal parecían traerlo sobre la puerta que dicho es; decían:

En el tiempo que los fuertes y bravos leones con fuerza de sus brazos hubieren esparcido su sangre, convertidos en el debido amor, serán manifestados los secretos corazones en testimonio de verdadero o falso amor por el vencimiento del inmortal caballero, juzgando de la voluntad ajena de mano del glorioso león que por su alta braveza sobre todos le será otorgada la prueba de su gloria con acrecentamiento de su tristeza.

Todos quedaron espantados de ver tan extraña aventura, y más habiendo leído las letras, y estaban callando por ver lo que la doncella decía, la cual, como el castillo llegó a la mitad de la sala y allí parase, comenzó de decir así alto que todos lo oían:

—Muy soberanos emperadores y reyes, altos y esclarecidos príncipes, la Fortuna, que sus casos acarrea por la suerte que le place, me hace venir, instruida por el divino saber de la gran sabia Zirfea, compadecida de mi desheredamiento por tan extraña aventura cual ahora oiréis. Sabed, mis buenos señores, que en la Ínsula Trapobana hubo un rey llamado Felides, el cual amó tanto una hija de otro rey su vecino, llamada Aliastra, que no sola la comunicación de sus ardientes deseos les fueron comunicados a ambos, mas se amaron tanto que jamás pensaban en cosa que al otro no fuese descubierta, que el encendido amor que se tenían era tan verdadero que les parecía que no gozaban de sí habiendo entre ellos cosa que pareciese ser apartada del otro. Estos dos príncipes fueron casados y vivieron grandes días, en cuyo ayuntamiento yo quedé por sucesora, y me parió la reina Aliastra en edad de cuarenta años y me pusieron nombre Luscida;

que, siendo de edad de seis años, mi madre adoleció de grave enfermedad de que murió, y mi padre, el rey Felides, de pesar de su muerte asimismo murió el día que ella. Había en aquel tiempo en la Trapobana un gran sabio en las artes mágicas, el cual dijo que en memoria de tan grande y verdadero amor les quería dar sepultura cual convenía para ellos, e hizo este castillo y lo puso dentro de un templo de la diosa Venus adonde metió los cuerpos de mis padres hechos polvos, sacrificados a los dioses; estuvo en el templo que nadie le vio lo que hacía más de un mes, en fin de él lo dejó de la suerte que aquí lo veis y lo llamó el Castillo de las Poridades.[159] No sabemos más de cuanto dijo que quien quisiese probar esta aventura y saber este secreto que aquí está que toquen la bocina, la cual toda se abre esta puerta del castillo que sale un caballero armado, el cual se llama Juzgador de la Bondad Ajena, porque así tarda en vencer como es la bondad de con quien se combate, el cual no puede ser vencido ni saber lo que en el Castillo de la Poridad está sino por el más preciado y mejor caballero del mundo.

»Como mi padre murió, un duque, su vasallo, muy orgulloso se alzó con el reino e ínsula que a mí me venía de derecho. Aquel sabio, como yo quedé tan chica, me llevó a casa de mi abuelo de parte de mi madre y, como aquí llegué, murió el sabio que me llevaba, y no hemos podido jamás haber en el reino de mi padre a nuestro poder, aunque sobre ello han muerto muchos caballeros de ambas partes. Habría un año que Zirfea, reina de Árgenes, llegó a casa de mi abuelo, y, habiendo piedad de mí, me dio una linterna encendida y me llevó una noche al templo donde este castillo estaba, y me dijo que moviese con él donde quisiese, que ella haría que se moviese por mi voluntad, y que fuese por todo el mundo en esta demanda y que si hallase caballero que acabase el aventura, que le pidiese por don que viniese conmigo a darme mi tierra, porque el que la acabase sería tal que no se podría defender aquel que me tiene desheredada, que es tan extremado en armas que díficilmente se hallará su igual. Este juramento ha de hacer el que la aventura quisiera probar. Como yo oí esto, tomé el castillo y torné a casa de mi abuelo a donde traje conmigo esta gente. Vengo vestida de negro hasta que sea restituida en mi reino. Yendo yo para la Gran Bretaña, supe las grandes fiestas que aquí se hacen donde tantos caballeros se han juntado; creyendo más aquí que en otra parte hallaría aparejo de mi demanda, soy venida.

»Ahora, mis buenos y honrados señores, que sabéis la demanda que traigo, cada uno haga lo que a virtud es obligado para darme a mí derecho y a sí tanta honra como de aquí se le seguirá.

Y dicho esto calló, que no dijo más [...]

Y porque la reina Zahara[160] se quería ir a comer, diciendo que quería tornar a la tarde para ver probar la aventura, por no ponerla en tanto trabajo porque no quiso comer con ellos, fue acordado que Amadís de Grecia probase luego el aventura. El cual fue armado y venido a la sala, y tomando el cuerno en su mano lo tocó tan recio que toda la sala hacía temblar con gran ruido y con mucha suavidad y dulzor; luego, sonando las trompas como solían hacerlo, no tardó en salir el caballero encantado, y, como salió, comienzan entre sí la más brava y fuerte batalla que nunca se vio; en la cual, en fin de seis horas y media que en ella anduvieron sin descansar, el caballero encantado se tendió en el suelo. Que, como en él cayó, el castillo se abrió por medio a manera de tabernáculo,[161] y estaba tan rico por de dentro que no tenían precio las grandes labores de piedras y perlas de gran valor; parecía quedar en medio una forma de cuadra cerrada con una puerta que de oro parecía, sobre la cual estaba una tabla colgada con un letrero grande.

Como el castillo se abrió, sonó de dentro tanto ruido de instrumentos y tan dulces que les parecía a todos que jamás quisieran dejarlo de oír. El caballero encantado, como en el suelo dio, desapareció, que no lo vieron más; y como el son hubo una pieza sonado, callando, oyeron una voz, la cual decía:

—¡Venga el bienaventurado caballero que sobre todos los de su tiempo mereció acabar el aventura de la puridad, y acabó de ver el secreto que dentro está!

Él quedó oyendo esto, el más alegre caballero que jamás se vio, mas poco le duró, como ahora oiréis, porque llegado al castillo, subiendo tres gradas que antes de la puerta de la cuadra estaban, leyó las letras, las cuales decían:

Aquí yacen los dos verdaderos amantes, encerrados sus polvos en sus figuras, las cuales a los que las vieran, si lealmente amaran, parecerá las de aquellos o aquellas que más amaran; y si no amaran lealmente, ahí lo verán de la suerte que les será manifestado, porque el que la aventura probare sabrá el corazón del que ama, y por eso se llama Puridad de Amor, la cual perdió el que el presente encantamiento hizo. A estos dos amantes fue otorgado para gloria suya y desengaño de todos los que aman.

Amadís de Grecia fue muy turbado en oír lo que las letras decían, mas poniendo

las manos en la puerta que cerrada estaba la abrió, y entrando por ella luego se tornó a cerrar, sonando un son tan suave y dulce que todos los de fuera como él se espantaron en oírlo. Como él entró, le pareció la cuadra la más grande y hermosa que visto había. Estaban alrededor de ella todos los que hasta ahí habían amado lealmente, entre los cuales conoció al rey Amadís, su bisabuelo, y al emperador Esplandián, su abuelo, y a Lisuarte de Grecia, su padre, los cuales tan al natural como vivos parecían; tenían sentadas cabe sí a sus amadas mujeres y todos sus nombres encima escritos, entre los cuales leía: Penélope[162] y Apolidón y a Grimanesa,[163] su amiga, y a Tisbe y a Píramo,[164] Medea[165] y a otros muchos y muchas que por prolijidad no se dicen; todos parecían ser vivos, y con instrumentos tañendo y cantando, haciendo el son que habéis oído. En medio de la cuadra vio un estrado de cuatro gradas en alto; encima de él estaba el dios de Amor puesto en una silla muy alta, y a sus pies estaba el rey Felides y su amada mujer, aquellos por quien el encantamiento se hiciera. Tenían en sus cabezas dos coronas de grandísimo precio; parecían estar vivos. El dios del Amor les tenía puestas a cada uno su mano sobre su cabeza, pareciendo ponerles las coronas que en ellas tenían. Él se fue espantado de ver tan deleitoso lugar y tan extraño. Y como subió por las gradas, vio que aquellos dos amantes tenían rasgados los siniestros lados, y tan abiertos que sus corazones se veían ser hechos de un metal tan claro como espejos; y, como miró a la reina, le pareció tener la figura de Luscela tan al natural que él pensara ser ella si de antes no la hubiera visto, y, como le miró al corazón, se vio a sí en él tan claramente y natural como lo era.

—¡Ay, mi señora! —dijo él como esto vio—, ¡y cómo no vivo yo engañado con vos, pues vos me tenéis donde yo os tengo!

De sí la tornó a mirar al rostro otra vez y la vio de otra figura, la más en extremo hermosa que no sólo ver, mas pensar, jamás no se podía, y luego por la que en el padrón del doncel cabe Antioquía había visto conoció ser aquella la hermosa Niquea; estaba tan natural como viva. De sí le miró al corazón y se vio a sí mismo como de antes estaba. Como él vio a Niquea tal como viva, el corazón suyo fue tan rasgado que parecía quemársele con vivas llamas.

—¡Ay de mí! —decía él—, que bien empleado es en mí, pues que, mi señora, no os entré a ver para gozar de vuestra gran gloria, que os halle donde goce de sola vuestra pena.

Y como esto dijo, queriéndose abrazar con ella, súbitamente se tornó la figura

que de antes estaba, y en el corazón la de aquel que cabe ella estaba. Él fue de aquello espantado, y se tornó a desviar diciendo:

—¡Ay, mi señora, qué bien habéis vos mostrado que no merezco yo llegar a vos, pues así os escondisteis de mí!

Mas, como se tornó apartar, tornó a ver a Niquea como de primero. De sí miró al rey Felides, y vio en su corazón la imagen de su amiga, aquella que cabe él sentada estaba, y luego que tornó a volver la cabeza para mirar a su señora, vio la reina tornada de la manera primera.

Él, muy espantado y tan triste de haber perdido a su señora, se salió tornando a la puerta, mas bien conocido llevaba la gran ventaja de Niquea a Luscela. Y como llegó a la puerta de la cuadra, abriéndose ella, él salió y ella se tornó a cerrar.

Él salía tan espantado que, aunque le preguntaban lo que había visto, no sabía dar de sí razón, mas de decir que la probasen y verían las más extrañas cosas que jamás habían visto ni pensado ver.

Procedencia: Feliciano de Silva, Amadís de Grecia, 2º, caps. 60 y 61.

15

De la conversión de los magos Zirfeno y Zirena y la aparición de una nave fabulosa.

Grabado en una edición francesa de Las Sergas de Esplandián

(París, siglo XVI).

Queriendo vengar la muerte de sus hijos, los ancianos magos Zirfeno y Zirena[166] raptan a las principales reinas y princesas que están en la corte de Constantinopla y las dejan recluidas en una isla encantada. Aunque al principio la intención de estos sabios es malvada, poco a poco se vuelven más amistosos con sus prisioneras. Cuando el caballero Silves de la Selva[167] consigue superar todos los obstáculos establecidos por los magos y deshace todos sus hechizos liberando a las princesas, Zirfeno y Zirena deciden abandonar su credo religioso y convertirse al cristianismo. Hechas las paces entre todos, los personajes regresarán a Constantinopla en una fantástica embarcación con forma de serpiente y con una esfera que viene a ser una representación del universo.

En gran solaz pasaron aquella noche todos aquellos príncipes y con demasiada gloria con aquellos que tanto amaban y habían deseado, contándose sus aventuras cada uno de ellos hasta el siguiente día; el cual venido, todos se juntaron en la sala real en que la noche de antes habían cenado recibiéndose con las mismas ceremonias que el día de antes padres con hijos, hermanos con hermanos, maridos con mujeres. Allí el sabio les procuraba dar todo el solaz que podían aquellos príncipes hasta que fue hora de comer, que con el mismo concierto que la noche anterior fueron servidos de muy preciosos manjares a maravilla, sin saber cómo les fuesen traídos ni de qué manera, estando todos admirados de la sobrada bondad de don Silves y de las cosas que los sabios en su alabanza decían. Los cuales, siendo las tablas alzadas, el sabio empezó a decir:

—Como las cosas por el alto Señor ordenadas no pueden dejar de pasar según su divina ordenación, así la presente de ahora pasó; la cual, aunque mi intención de dañaros en todo lo que pudiese, fue mudada mi voluntad de suerte que de enemigo mortal, así por haberme muerto mis hijos y mis parientes como por otras muchas cosas, os fuese verdadero amigo. Lo que al presente quiero es recibir el agua del Espíritu Santo, y, esto hecho, que nos vayamos donde reposéis, que de mí os digo que yo y mi mujer sólo un punto de vuestra compañía no partiremos. Y esto no creáis que lo hacemos por temor alguno, pues claramente sabemos vuestra virtud ser tanta que no queráis cosa alguna contra nuestra voluntad, salvo considerando que sólo Aquel que a este soberano príncipe dio poder de acabar tan grandes cosas es el verdadero Dios y nuestro.

Habiendo el sabio acabado de hablar esto, todos le dieron las gracias y el rey Amadís le respondió en nombre de todos alabándole su propósito; y sin más detenerse luego allí fueron bautizados, siendo don Falanges de Astra[168] y don Florisel de Niquea y Amadís de Grecia y el emperador de Roma, con sus amadas mujeres Alastraxerea[169] y la reina Sidonia y la emperatriz Niquea y la emperatriz de Roma, los padrinos, con tan grandísima fiesta de todos. El otro día venido, los sabios dijeron que era tiempo que se partiesen, y tomando a la hermosa infanta Fortuna,[170] y a la fuerte y hermosa Pantasilea, y a la hermosa Diana con la princesa Leónida,[171] les dijo que a ellas convenía acabar aquella aventura para poder salir todos de allí, que allí su gran hermosura valdrá tanto como el soberano esfuerzo de don Silves de la Selva.

Y subidos a lo alto del castillo, hallaron cuatro bocas de cueva que en los

pasadizos que a los castillos de las cuatro virtudes daban, y a cada boca de cueva pasó una de aquellas cuatro hermosas princesas, mandándoles que a un tiempo entrasen y, con cada una, parte de aquellos señores porque no tuviesen miedo alguno; lo cual así fue hecho, que metidos por los arcos fueron hasta salir a los castillos, maravillados todos de las letras y hermosa obra de todo. Y esto hecho tomaron el camino así a pie de la mar hasta que llegaron a la puerta de los muros. Y por allí comenzaron a andar, reposando a trechos, hasta que la salieron por la otra que a la mar iba, donde vieron estar la Ardiente Barca, la cual a la sazón se comenzó a menear andando el agua muy alta. Por el aire arriba se comenzó a prender en ella el fuego tan grande que toda parecía quemarse, haciendo tales bravezas que espantado estaba don Silves, que jamás tal le vio hacer como entonces. Pero a esta sazón todo el fuego poco a poco se fue consumiendo y en lugar de la barca apareció una muy extraña cosa, y era una serpiente semejante a la que don Silves mató en la roca infernal, la cual era tan grande como una nave y la cola enroscada en alto derecha a manera de mástil de trinquete.[172] En medio del lomo tenía una gran esfera donde todos los planetas y constelaciones celestiales aparecían con el Sol y la Luna, con tanto resplandor que de noche estaba en la mar el galeón tan claro como de día. En medio de la esfera estaba un mundo muy grande. Toda la serpiente era de tan infinita hermosura que todos fueron de su gran hermosura espantados, y luego la serpiente tendiendo su largo pescuezo puso la boca en tierra.

—Mis buenos señores —dijeron los sabios—, vamos de aquí en esta gran fusta de la serpiente.

Y luego todos se metieron por la boca de la serpiente, aunque no sin algún temor de aquellas señoras. Y entrados, fueron muy espantados de los diversos aposentos que en ella había, especialmente viendo las ricas cámaras y lechos que en ellas había; y la esfera y el mundo que naturalmente parecía al que el príncipe Esferamundi tenía sobre el corazón,[173] especialmente que en el mundo había una puerta pequeña en la cual había unas letras que así decían:

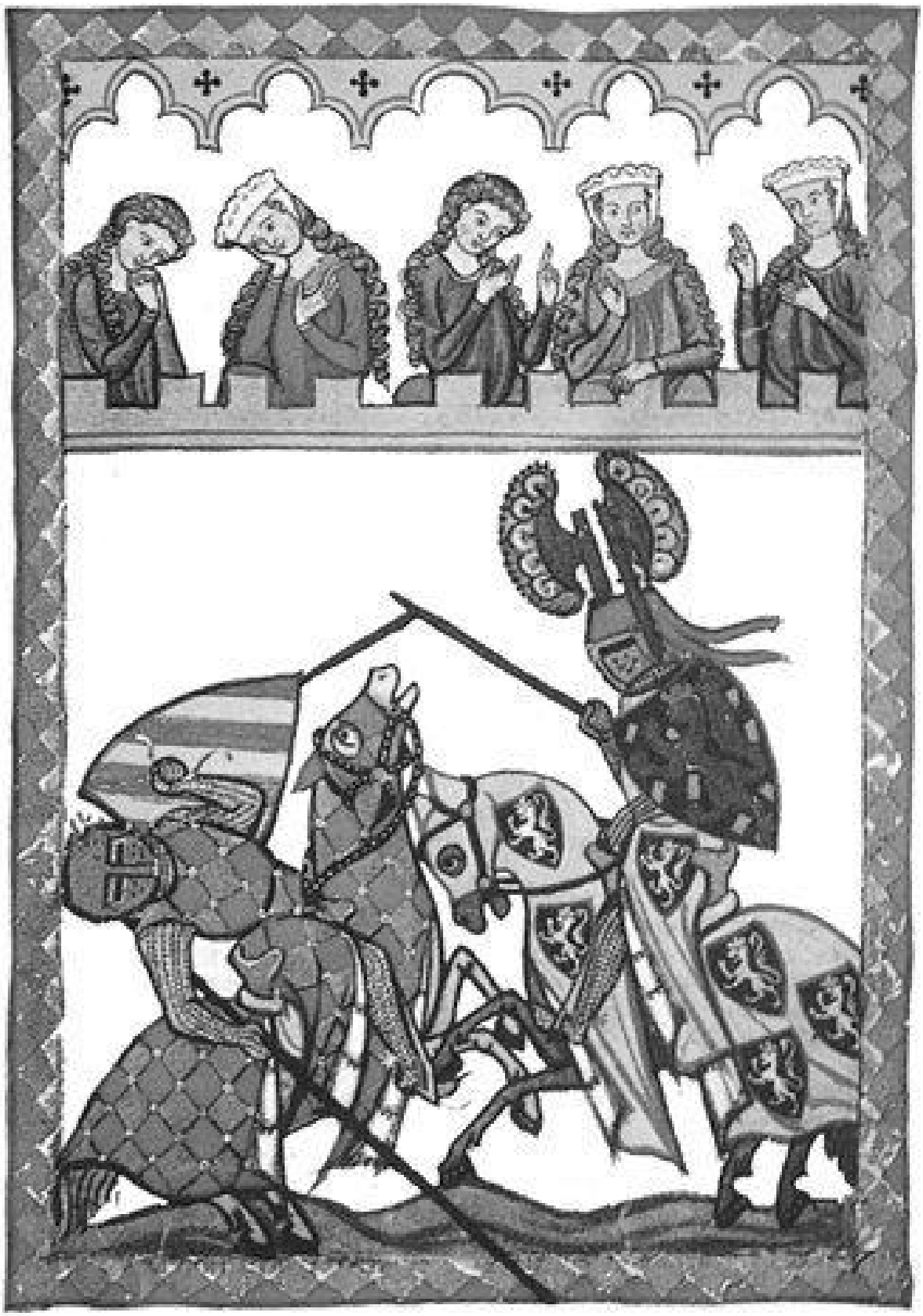
Los secretos del mundo encantado y esfera no serán jamás descubiertos hasta que en él otra vez sean juntos los recién nacidos leones con la paloma luciente, de cuya fama de sus hechos junto con hermosura el mundo será lleno.

Muy admirados fueron todos de las letras que en el mundo estaban, y bien vieron que decían por los príncipes Esferamundi y Amadís de Astra, de lo cual en la decimotercera parte de esta gran historia se contará más largamente.[174] Habiendo pues visto estas cosas, el sabio dijo a aquellos señores que mirasen la isla y que verían maravillas. Lo cual así hecho, que poniendo los ojos todos en ella, de la manera que la cera ante los rayos de Febo[175] se deshace, así en un punto todo su edificio se comenzó a deshacer y consumir hasta que solamente quedó la isla como de antes era, toda de arena sin edificio ni señal alguna de él ni menos que lo hubiese habido.

Y la serpiente, alzando sus grandes alas, comenzó a navegar por su mar adelante, cogiendo el viento con ellas como si quisiese volar.

Procedencia: Pedro de Luján, Silves de la Selva

[1546] 2º, cap. 39.



Torneo caballeresco

(miniatura de un ms. alemán del siglo XV).

16

De cómo Camilote llega a la corte de Constantinopla para ser armado caballero, por amor de su dama Maimonda, y de las curiosas y divertidas palabras que en el jardín de la infanta Flérida se oyeron.

El humor es un componente esencial en varios textos caballerescos. Normalmente surge como un desvío de los aspectos más característicos de tales relatos. Si los protagonistas son siempre hermosos y valientes, si habitan en un mundo casi perfecto, todo aquello que suponga un contraste con la norma puede dar pie a la risa. La fealdad de los enanos, las aspiraciones amorosas de personajes socialmente inferiores o las intenciones ridículas de cualquier individuo serán objeto de burla. Algo de esto es lo que ocurre cuando el feo escudero Camilote se presenta en la corte para ser ordenado caballero y defender que su amada Maimonda, una criatura cuyo aspecto se diferencia por completo de las refinadas y atractivas princesas, es la más hermosa de todas las mujeres. Como los cortesanos se dan cuenta de las desmedidas pretensiones de Camilote, no pueden esconder su risa.

Luego otro día la emperatriz, estando Flérida para irse a la huerta, envió por ella para ir a ver al emperador que había días que no lo había visto, que sabed que el emperador jamás entraba en la cámara de Flérida ni en la huerta donde solían estar, y por esto estaba él bien seguro que no lo viese. Y el emperador holgó mucho de ver a Flérida y le preguntó qué tal estaba la su huerta. Ella dijo que estaba mejor que jamás estuvo. Y sabed que con el emperador estaban muchos altos hombres que venían por verlo por amor de la ida de Primaleón y todos eran muy tristes porque no sabían nuevas de él.

Y estando todos, como os decimos, en el gran palacio, entró en él el escudero que traía por la mano una doncella y ambos a dos eran tan feos que no había hombre que los viese que de ellos no se espantase. Él era alto de cuerpo y membrudo;[176] era todo velloso que parecía salvaje y de aquella manera venía vestido que traía los brazos de fuera que parecían bien sus cabellos. Y la ropa era muy corta y se abrochaba delante con una broncha[177] de oro. Y la doncella venía vestida de una seda de muchas colores y la traía cercada de piedras muy buenas y encima de su cabeza no traía cosa, y ella tenía los cabellos muy negros y cortos y crespos a maravilla, y traía la garganta muy seca y negra de fuera. Y venían ambos a dos tan desemejados que a todos pusieron espanto y venían bien acompañados. Ambos a dos fueron hincar las rodillas ante el emperador y todos callaban por oír y ver qué demanda traían. Y el escudero feo, desde que besó las manos al emperador, le dijo:

—Mi señor, yo soy vuestro natural y vengo a pediros merced que me hagáis caballero porque yo prometí a esta doncella de no lo ser sino de mano del más alto hombre y mejor que hubiese en el mundo; y bien sé que en todo él no hay quien con vos se iguale y por esto quiero yo ser caballero de vuestra mano, porque de vos me venga ardimiento.

El emperador, que tan bien lo oyó razonar, le dijo:

—Amigo, a mí me place de haceros caballero, mas mucho quería saber quién sois y cómo os llaman porque vea si merecéis de ser caballero.

—No dudéis, señor, de hacerme caballero que yo os digo que soy hidalgo y vengo de linaje de caballeros en quien siempre hubo bondad y ardimiento. Y pues queréis saber mi hacienda, os la quiero decir. Sabed, señor, que nosotros

somos de tierra de Gorate. Y esta doncella es hija del señor de ella y él no hubo sino otra hija que heredó la tierra por ser mayor. Y esta doncella, desde que vio a su hermana señora de la tierra, se apartó a un castillo y allí hacía vida, saliendo muchas veces al campo a cazar. Y yo soy hijo de un caballero que hay en aquella tierra y tiene un castillo en lo más cercano a las grandes montañas que en aquella tierra hay. Asimismo, desde pequeño usé las cazas y un día me acaeció a matar un puerco ante esta señora que cabe una fuente estaba apeada por holgar. Y como ella me vio tan valiente y ligero, me preció mucho y, desde aquella hora que yo la vi y ella vio a mí, nos comenzamos de amar muy ahincadamente; y yo le pedí por merced que se doliese de mí y ella me otorgó su amor. Y cuando yo hube alcanzado tanto bien, me creció el orgullo y le juré hacerme caballero por mano de mejor caballero que hubiese en el mundo, y de allí adelante de hacer tales cosas en armas que todo el mundo dijese que jamás doncella tuvo tal amigo, y de ganarle tierra y señorío por donde pasase a su hermana en valor. Maimonda, que así se llama esta doncella, fue muy leda con la promesa que yo le hice y me dijo que ella quería venir conmigo a ver mis grandes hechos y yo se lo tuve en merced y la traje conmigo. Y os digo que jamás hombre alcanzó tan gran don como yo en haberla alcanzado por señora.

El emperador no pudo estar que no riese y asimismo todos los altos hombres que con él estaban y decían:

—Cierto, la hermosura de la doncella es tanta que sus fuerzas harán ser el caballero de grande ardimiento. Viéndola ante sí no debe durar caballero en silla mucho tiempo.

Y decían otras cosas de escarnio. La infanta Flérida, acordándosele de la hermosura de su Julián,[178] se hizo muy lozana y comenzó de reír con sus doncellas del escudero y de la doncella. Camilote, que así se llamaba el escudero feo, bien vio la burla que la infanta y los caballeros le hacían y por entonces se sufrió que no dijo nada. El emperador dijo:

—Amigo, pues que tan hermosa amiga tenéis, razón es de hacer vos su ruego porque veamos lo que por ella haréis.

Y luego Camilote hizo traer sus armas, que eran muy fuertes más que ricas, y se armó de ellas y cuatro escuderos que traía lo armaron muy pronto. Y desde que fue todo armado, el emperador lo hizo caballero. Y como Camilote se vio hecho caballero, fue muy ledo y dijo:

—Ahora, caballeros del emperador, es hora de hacer escarnio de mí y de mi doncella, que no hasta aquí.

Y como esto dijo, fuese para un escudero de los suyos y le sacó de debajo del manto una guirlanda de rosas, las más hermosas y de extraña color que jamás allí vieron. Y como él las sacó de debajo del manto, todo el palacio fue lleno de olor maravilloso. Camilote fue a poner la guirlanda de las rosas a Maimonda, su doncella, encima de la su cabeza y dijo:

—Yo quiero ver cuál caballero será tan osado que de aquí os quite esta guirlanda. Y sabed, señor emperador, que estas rosas hube yo con mucho afán y peligro y entiéndolas ahora de defender mejor que soy caballero. Y os demando licencia para estar en el campo que tenéis hecho para los caballeros que uno por otro se combaten tanto cuanto fuere mi voluntad. Y yo quiero tener conmigo mi doncella y veamos quién será tan osado que la guirnalda de la cabeza le vaya a tomar.

El emperador estuvo dudando de otorgarle su demanda porque conoció que debía ser de grandes fuerzas. Y el duque de Amenón, que allí estaba, que era caballero mancebo y muy osado y ahincadamente amaba a Liserma, hija del duque de Pera, que era extremada en hermosura y se entendía él de casar con ella, dijo al emperador cuando le vio tardar en la respuesta:

—Señor, ¿qué hacéis que no otorgáis a Camilote lo que os demanda? Gran deshonra sería de todos vuestros caballeros si Maimonda llevase así la guirnalda tan ligeramente. Os pido por merced que se lo otorguéis y le deis seguro.

Todos los otros caballeros dijeron que el duque decía gran verdad. El emperador, que vio su voluntad, dijo a Camilote:

—Amigo, a la hora que vos quisieres podréis entrar en el campo y esperar allí los que contra vos quisieren ir. Y yo os aseguro que por mal ni bien que os avenga no recibáis daño salvo de aquellos que con vos se quisieren combatir. Y os ruego que me digáis dónde conseguiste rosas tan olorosas para esa guirnalda.

Camilote fue muy ledo cuando el emperador le otorgó el seguro.

—¡A Dios plega señor —dijo él—, que yo os pueda servir la merced que me hicisteis! Y sabed que estas rosas hay en mi tierra en un árbol muy preciado, el cual está en la más alta montaña que hay en tierra del Gorate, y hasta hoy

ninguno pudo coger de él rosas, aunque son de gran virtud y dura siete años que no se secan, mas todavía están así como las veis; y yo solo he sido el que las he cogido por el mi grande esfuerzo. Sabed que en la montaña hay muchas bestias de extrañas maneras por donde los hombres de la tierra no son osados de entrar en ella, salvo yo. Desde que Maimonda, mi señora, me otorgó su amor, me creció tanto el esfuerzo que osé subir en la montaña y maté asaz de bestias fieras en ella y traje las rosas a pesar de todas e hice esta guirnalda de ellas para venir aquí.

El emperador hubo gran placer de ver a Camilote tan enamorado de aquella doncella tan desemejada y se volvió con alegre cara contra la emperatriz Polinarda y le dijo:

—¿Creéis vos, señora, que si vos fuerais tan hermosa como aquella doncella que no me dierais mayores fuerzas para comenzar acabar mayores hechos de los que hice por vuestro servicio?

La emperatriz se le acordó de aquel sabroso tiempo y tornó muy lozana y dijo al emperador:

—Creo yo, mi señor, que de ella a mí hay poca ventaja y, si vos grandes hechos hiciste, los acabaste por el vuestro grande ardimiento.

—Eso no consiento yo que digáis, señora —dijo el emperador—, que ahora mejor que nunca me osaría yo combatir sobre esa razón con Camilote y con otro caballero mejor y le haría conocer que en todo el mundo otra más hermosa que vos [no] hubo ni habrá.

Y cuando esto dijo, se encendió el rostro mucho con grande ardimiento como si delante de sí tuviera quien le contradijera su razón. Todos holgaron de oírlos y más Flérida, que entonces comenzaba [a] amar, fue muy leda de oír el extraño amor que su padre y madre tuvieron y pensaba ella que no menos sería el suyo con Julián si él caballero fuese que la mereciese, y desacordadamente[179] dijo:

—Cierto, señora, con mayor razón hicisteis vos tan grandes hechos que Camilote los hará por aquella doncella que tan desemejada es; más le valiera estar allá en su tierra con las bestias salvajes, como ellos son, que no venir acá a espantarnos, que en balde es el afán del novel caballero.

El emperador y todos rieron de lo que Flérida dijo salvo Camilote, que fue

contra ella muy airado y fue tanta su saña que de los ojos parecía que le salían centellas de fuego y asimismo de su rostro, y con voz muy temerosa le dijo:

—¡En mal punto, doncella, fuisteis tan hermosa para ser tan desmesurada! Os digo que Maimonda es tan amada de mí como vos lo seréis por más hermosa que seáis; y ver quiero yo si por vuestra hermosura habrá caballero tan atrevido que conmigo se ose combatir y gane la guirnalda para que os pongáis encima de vuestros hermosos cabellos. ¿Qué cuidais vos, que mejor os parecería que a ésta mi señora? ¡Pues ya no me ayude Dios si vos seáis tan bienandante, aunque seáis tan hermosa, que en vuestras manos la toméis! Maimonda la hubo por grande amor que yo le tengo y con esto se la entiendo de defender, y vengan contra mí cuantos caballeros quisieren.

La infanta fue muy espantada a maravilla cuando vio a Camilote tan airado contra ella y se volvió contra el emperador perdida la color de temor. El emperador se rió y dijo a Camilote:

—Amigo, iros en buena hora al campo adonde habéis de estar y mostrad vuestra saña contra los caballeros y no contra las doncellas que, si así espantáis a ellos como hacéis a las doncellas, difícilmente os podrá durar ninguno en campo.

—Así lo haré —dijo Camilote.

Y luego tomó a Maimonda por la mano y fuese con ella, y el emperador mandó a un caballero que se fuese con él y lo metiese en el campo y que con doscientos caballeros tuviese la guarda mientras él allí estuviese, porque ninguno le hiciese mal sino aquellos que con él se quisiesen ir a combatir. Y el caballero lo hizo, y Camilote se fue al campo con su compañía y allí hizo hincar una tienda para Maimonda.

Ahora sabed que todo lo que Camilote dijo al emperador de su hacienda era verdad. Y en aquella tierra de Gorate eran todas las gentes como salvajes, y eran muy bravos y esquivos contra otras gentes, y había en ella grandes montañas; y esta tierra es en el fin de Grecia, hacia el mediodía.[180] Y Maimonda era hija del señor de aquella tierra y Camilote de otro caballero que era su vasallo, y por eso era él tan preciado en ser de ella amado. Y él salió de tan gran fuerza y corazón que no había bestia fiera que contra él se comparase, que con una maza que en las manos traía mataba cuantas hallaba. Y cuando él subió a la alta montaña por las rosas, mató muchos leones y tigres y otras bestias de extrañas

maneras, y con esto era él tan orgulloso; y jamás ninguno de aquella tierra fue osado de hacer lo que él hizo, aunque sabían de algunos sabios que allí había aquel árbol de extraña virtud. Y sabed que él no traía caballo y asimismo Maimonda palafrén, mas ambos a dos cabalgaban en unas bestias de extrañas hechuras. Y en la que Camilote cabalgaba era más brava, mas él la amansaba, y era tal parecía más mula que caballo en la zaguera,[181] salvo que tenía la cabeza ancha y redonda a manera de león y era muy ligera en el correr, y en esta tal entendía él de hacer su batalla.

Procedencia: ¿Francisco Vázquez?, Primaleón

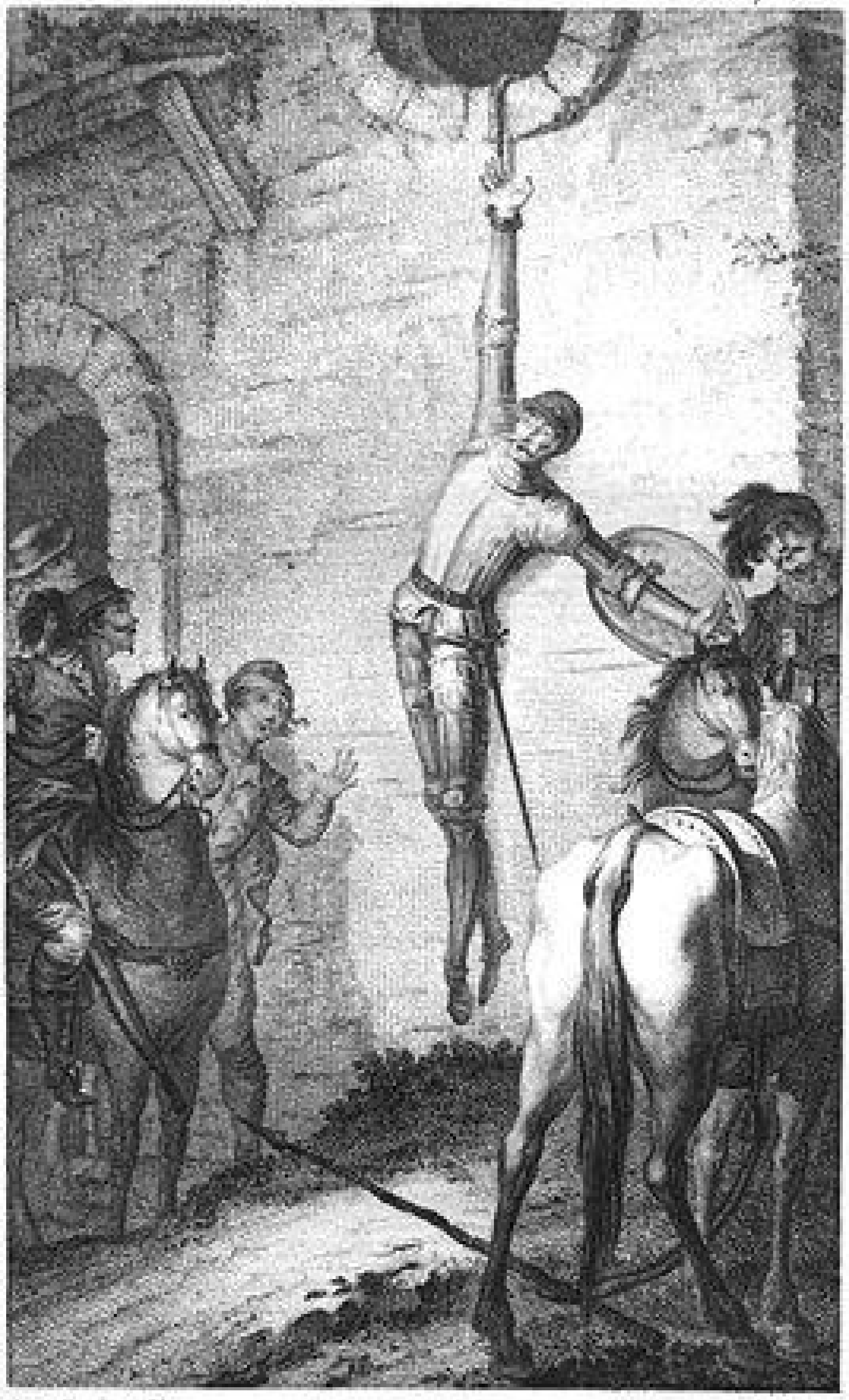
[1512], cap. 101.

La primera parte dela coronica del inuencible cauallero Florambel de Lucea: hijo del esforçado Rey Florineo de Escocia. Dirigida al illustrissimo señor marques d'Astorga. Nueuamẽte impressa.

Portada de Florambel de Lucea

(Sevilla, 1548).

Liv. X T. II p. 182



Don Quijote colgado de una ventana

(DQ, I, cap. 43).

Grabado de Tomás López Enguidano, según dibujo de José Rivelles

(Madrid, Imprenta Real, 1819).

17

De cómo dos caballeros ancianos, Moncano y Barbarán, son engañados por dos doncellas y pasan la noche colgados de un muro, como los salvajes de un escudo nobiliario.

El deseo de aparentar lo que no se es puede conducir a algunos personajes a situaciones ridículas. Los ancianos Barbarán y Moncano fueron engañados por Fraudador de los Ardides,[182] encantador, que ahora actúa como astuto ladrón de caballos, cuando dejaron sueltas sus monturas y se dirigieron a una fuente que supuestamente devolvía la juventud. Aunque ya han sido burlados una vez, estos ancianos son víctimas fáciles para Fraudador o para sus hermanas. Durante su trayecto se topan con ellas y les piden que los acepten como sus amantes. Ellas se ríen de las intenciones sexuales de estos viejos caballeros, pero tras conducirlos a su castillo tramarán una burla que los volverá a poner en entredicho.

Y fue que ya oísteis cómo la hermosa doncella Galtacira con los viejos Barbarán y Moncano con el pellejo de la bestia Cabalión partieron de Tesalia con la carta de Daraida para Diana.[183] Pues así fue que con buen tiempo vinieron hasta la Ínsula de Guindaya y en un puerto salieron a tres jornadas de la ciudad donde la reina estaba. Y ellos armados en sus caballos y Galtacira en su palafrén, la bestia Cabalión en un carro pusieron, que dos caballos llevaban, y con mucho placer poniendo espanto a cuantos lo veían tomaron el camino para la ciudad de Guindaya. Y caminando con mucho placer, otro día que del puerto salieron, iban pasando tiempo en la burla que Fraudador de los Ardides les había hecho. Y Barbarán y Moncano decían que habían quedado avisados para no ser engañados otra vez.

—Así quiera Dios—dijo Galtacira—, porque ahora sería de más reprehensión el engaño, porque entonces os engañaron como a mozos y ahora os engañarían como a viejos.

Pues yendo en esta forma pasando muchos donaires, después de comer, entrando por una hermosa floresta, vieron un caballero con dos doncellas que a la sazón debajo de un hermoso árbol acabaron de subir en su caballo y palafrenes. Y como el caballero los vio, muy maravillado fue él y las doncellas de la extrañeza de tal aventura. Y hablando a las doncellas una pieza, puesto su yelmo salió al camino y saludando cortésmente a Galtacira y a los viejos, y ellos a él y a las doncellas, pareciéndoles bien que hermosas eran, les preguntó la forma de aquella aventura. [...]

Y con esto, diciéndole ellos que holgaban con su compañía y él agradeciéndoselo y diciéndoles que ese día irían con él a albergar la noche en un castillo suyo, fueron su camino. Y Galtacira consolando al caballero, que muy graciosa y sabia doncella era, Moncano y Barbarán una pieza atrás se quedaron con las doncellas, muy pagados de ellas, requiriéndolas[184] que les diesen su amor. Y ellas les dijeron que qué podían ellas ganar, siendo tan mozas, en tomar amor con caballeros de tanta edad. Moncano les dijo:

—Mis buenas señoras, no os parezca que somos tan viejos como cuidáis, porque en la tierra donde somos todos tienen los cabellos y barbas blancas, que más mozos somos de lo que cuidáis.

—Así me semeja a mí —dijo una de ellas—, pues las palabras de amor muestran lo que decís, mas que la naturaleza de vuestra tierra que no me semeja buena.

—¿Por qué no os semeja buena? —dijo Barbarán.

—Porque —dijo ella— mejor me pareciera si en la vejez los hombres tornaran mozos que en la niñez hacerlos viejos como me semejáis.

—Pues no os lo parezca —dijo Barbarán—, que a punto estamos que, si tomáis nuestro consejo, que os desengañaremos de ese pensamiento.

La doncella se rió[185] y dijo:

—Si tan seguras estuviésemos de la bondad del desengaño como de la razón del consejo, haríamos lo que pedís, porque vuestra vista pide el consejo y niega el desengaño.

—Ora, señoras doncellas —dijo Moncano—, no os engañéis en eso, pues la naturaleza de nuestra tierra que os decimos os debe desengañar.

—No sé si os engaña a vos —dijo una de ellas– la naturaleza de la mía, que de la vuestra yo estoy bien desengañada. Mas porque me semejáis hombres de bien y que guardaréis lealtad y amor a vuestras señoras y porque los viejos aman mucho las mujeres mozas, si mi compañera quiere tomar a vuestro compañero por amigo, yo holgaré de tomar a vos.

—Yo holgare de lo que tú holgaras —dijo la otra.

—Yo os beso las manos, señora doncella —dijo Barbarán—, por la merced que me queréis hacer.

—Vos lo merecéis —dijo ella.

—En desearos más servir que a otra vos decís verdad —dijo él.

—Pues, mi señora —dijo Moncano—, aquí no queda sino que deis la orden para besaros las manos y recibir la merced que nos queréis hacer.

—La orden —dijo una de ellas— será peligrosa y trabajosa para vos.

—No hay peligro ni trabajo para gozar de tal gloria –dijo Moncano.

—Ahora me semejáis mancebo —dijo ella— y voy creyendo la naturaleza de vuestra tierra, pues el amor os dispone a todo peligro y trabajo. Y pues así es, sabed, señores caballeros, que no hay vía para poderos hablar si no es una, como digo, con mucho trabajo y peligro. Y la razón es que nos dormimos a mucho recaudo en este castillo donde vamos a dormir, que es de una dueña madre nuestra y cada noche nos encierra. Y si no es por las almenas de lo alto del castillo, echándoos una cuerda con que os subamos, no podéis por otra parte entrar a hablarnos. Ved si os atrevéis a subir allí, que nós bien nos atrevemos a subiros.

Ellos con mucho placer dijeron:

—Al infierno por vuestro amor nos atreveríamos a bajar, cuanto más a subir donde están tales ángeles y gozar de la gloria para salir de la pena que vuestra hermosura nos da.

—En el nombre de Dios —dijeron ellas—, que nosotras os subiremos si no pesáis mucho, que no pesaréis si sois tan mozos como decís.

—No, que para eso buen remedio hay —dijo Moncano—, y es que iremos desarmados.

—Ora, ¡sus![186] —dijeron ellas—, que así está bien acordado. Y después de todos acostados, salíos a la puerta del castillo y nós echaremos las cuerdas. Y por no poner sospecha juntémonos con mi hermano y vuestra doncella.

—Vos decís bien —dijo Barbarán.

Y con esto, con ellos se juntaron y así fueron hasta que noche llegaron a un castillo donde los guiaron. Y el caballero se adelantó para decir como venían y así fueron de una dueña vieja bien albergados, y les dieron de cenar muy cumplidamente y las dos doncellas servían a la mesa. Y después que hubieron cenado, les dieron lechos en que durmiesen; y Moncano y Barbarán muy ledos, aguardando que todos estuviesen sosegados para ir a su concierto, Barbarán dijo:

—Estoy perdido de amores de estas doncellas, que, además de su gracia y hermosura, me semejan sabias en extremo.

—¿En qué os semeja eso? —dijo Moncano—, que a lo menos no lo han sido en otorgarnos su amor siendo tan niñas y nos tan viejos.

—Dejemos ora eso —dijo Barbarán— y notad qué disimulación tuvieron esta noche a la cena, que ni tan solamente nos miraron.

—Vos decís bien —dijo Moncano—, que así han de ser mujeres, que aquello arguye[187] más amor y desenvoltura en lo secreto disimulada con aquella honestidad en lo público.

—Como quiera que sea —dijo Barbarán—, a nos se nos apareja una buena noche.

—Ésa no se les apareja a ellas —dijo Moncano—, si con la demasía del amor no suplen las faltas de nuestra edad.

Y con esto y con otras muchas cosas pasaron hasta que todos estaban sosegados.

Y así sosegaron también los que estaban mirando en el espejo[188] sobre ricas almohadas que les dieron, desde que entraron en el castillo hasta que el sabio Alquife a esta sazón los despertó. Y tenían muchas hachas con que claramente veían en el espejo lo que pasaba, y un pabellón de rico brocado encima por causa del sereno.[189] Ya la sazón que decimos, con mucha risa de ver los viejos tan aliviados, los vieron salir en calzas y en jubón con solas sus espadas. Y como salieron, mirando hacia arriba por un lado de la puerta las doncellas entre las almenas vieron, y les echaron una recia cuerda de cáñamo. Y ellos muy alegres, Moncano se ató con ella por bajo los sobacos y dijo que tirasen. Y ellas mostrando que a mucho afán lo subían, lo subieron hasta más de un estado más alto que la puerta. Y como allí lo tuvieron, ataron la cuerda a la almena. Y fingían que no podían subirlo y paso dijeron:

—Señor caballero, no sabemos en qué diablos ha trabado la cuerda, que no basta nuestra fuerza a poder subiros. Decid a vuestro compañero que se ponga a ese otro lado, echaremos otra cuerda y subirlo hemos para que nos ayude a subiros.

Moncano muy fatigado lo dijo a Barbarán. Y él le dijo, no viendo la hora que estar arriba:

—Pues, ¡sus!, hágase en un punto, no se nos vaya el tiempo en vano, que la noche me semeja que nos ha de ser corta.

Y luego por la otra parte de la puerta las doncellas echaron otra cuerda. Y atado Barbarán de la suerte que a Moncano lo subieron hasta ponerlo igual con su compañero. Y como así lo tuvieron, ataron la cuerda al almena y dijeron:

–¡Ay, señores caballeros, atended ahí, que pienso que nos ha sentido nuestro hermano, que cedo os haremos compañía!

Y con esto se quitaron y los dejaron. Ellos como se vieron así, dijo Moncano:

—¡Para Santa María, que me da el alma que debemos ser burlados!

—Los cuerpos no nos viesen –dijo Barbarán—, que el alma poco iría en ello porque a lo menos no se vería como en el cuerpo se verá nuestra liviandad,[190] que sin duda es así. Porque ahora caigo por qué el caballero no se quiso quitar el yelmo, que sin duda fue porque no lo conociésemos, que era el que otra vez nos burló haciéndonos entender que habíamos de ser tan mozos como ahora estamos.

—Mejor sería que cayésemos de aquí —dijo Moncano—, que no que tan tarde cayéramos en lo que nos cumpliera caer temprano. Que, ¡para Santa María!, más siento lo que ha de sentir Galtacira que la vergüenza que se nos apareja; porque en fin los yerros por amores consigo traen la disculpa.

—No sé si traen disculpa —dijo Barbarán—, mas si culpa hubo yo os certifico que tenemos ya la pena allí, adonde templaremos con el frío de la noche el calor del fuego de los amores.

Y diciendo esto las doncellas se asomaron y una de ellas dijo:

—Señores caballeros, atended, que ya os traemos la compañía que os hace menester.

Y como esto dijeron, por en medio de ambos vieron colgar por entre las almenas el pellejo de la bestia Cabalión. Y a poca pieza por la puerta del castillo vieron salir dos donceles con dos hachas; y tras ellos salió Fraudador de los Ardides. Y estando las doncellas arriba a las almenas, él vuelto hacia los viejos les dijo:

—¿Os parece bien, señores caballeros, habiendo recibido de mí tanta honra, subir a escalarme mi fortaleza y a gozar de mis hermanas? Por cierto, para tales caballeros no parece bien hacer tal desaguisado. A lo menos no os quejaréis de mí, que si en la fuente no tomasteis la color de mancebos, que no os faltan las

obras. Y por lo mucho que amo y estimo a la señora Daraida quiero poner esa bestia, que son sus armas, sobre la puerta de este castillo, y que las tengan dos tan hermosos salvajes. Y pues la costumbre de vuestra tierra os da el natural de viejos siendo mozos, no es razón que el de esta tierra os lo niegue. Y pues tanto amor tenéis a Daraida, justo es que la sirváis por salvajes de sus armas, ya que a mí habéis servido por el amor que tenéis a mis hermanas de tan gentiles mancebos. Y quedad a la mala ventura si no queréis ser salvajes por cabezas o pellejos de bestias muertas como esa otra bestia, pues lo pide vuestra edad. Que yo como buen montero cazador así acostumbro a colgar ante mi puerta las pieles de lo que cazo, las unas llenas de paja y las otras de aire como quedáis, y os dejaré para que templéis el calor de los amores.

Y con esto se tornó y entra sin que ellos palabra de vergüenza respondiesen. Y las doncellas de arriba, Fraudador ido, les dijeron:

—Señores caballeros, Dios sabe la pena que tenemos de habernos sentido y estorbarnos de gozar amor de tales doncellas. Habladnos, no nos hagáis tanto mal de quitarnos la habla.

Mas ellos a cosa respondían, tan corridos estaban, y ellas se quitaron y así estuvieron hasta que fue de día, que salieron del castillo con Fraudador todos los que en el castillo había, danzando y cantando, trabados por las manos.

Procedencia: Feliciano de Silva, Florisel de Niquea,

libro III [1535], cap. 76.

Con preuillegio.

Portada de Clarián de Landanis

(Toledo, 1518).

18

De cómo el amor y el desamor puede convertirse en objeto de burla y de entretenimiento, y de los tormentos nocturnos de la doncella que se quedó con León Flos de Tracia.

La conducta de las mujeres en los últimos libros de caballerías, sobre todo entre los que se difunden de manera manuscrita y no han pasado por la censura del Estado, su conducta licenciosa comienza a convertirse en un tópico cada vez más habitual. No se olvide que la literatura caballeresca tiene en las mujeres su público más fiel. Estas doncellas lascivas que no dudan en insinuarse a los caballeros, e incluso insultarlos cuando no acceden a satisfacer sus deseos sexuales, constituyen una de las causas por las que los libros de caballerías fueran duramente criticados por los moralistas. La lectura de los textos caballerescos, por este motivo, poco a poco se va a sentir como sinónimo de literatura licenciosa, que incita a las damas a cometer adulterio y perder su honra. Así lo cuentan algunos moralistas en sus libros, que hablan de los libros de caballerías como la puerta por la que el demonio entra en el corazón de sus lectores. En este episodio, el autor juega con estas expectativas de los lectores creando un relato cómico a partir de los deseos no satisfechos de una de estas damas, que no dudan en abandonar a sus amantes por unos nuevos cuando los ven más valientes y atractivos.

Caminaron dos días sin que cosa les aviniese. Al tercero vieron venir hacia sí cuatro caballeros; traían con ellos otras tantas doncellas hermosas, mayormente la una de ellas, que en hermosura y desenvoltura excedía a las otras. Como se juntaron, la doncella hermosa que vio a León Flos tan hermoso y bien armado, le dijo:

—Señor caballero, estas doncellas y yo venimos contra nuestra voluntad con estos caballeros; ha cuatro días que andamos en su compañía y, aunque al principio de su conocimiento, fue con nuestra voluntad, ahora no lo es. Y pues parecéis tales que no consentiréis que se nos haga fuerza, os pedimos que nos quitéis de ellos.

—No parecéis forzadas —dijo León Flos—, pues de vuestro grado venís con ellos.

—Sí somos —dijeron todas—, que contra nuestra voluntad nos traen.

—Señores —dijo León Flos—, ya veis lo que estas doncellas dicen, y a tan buenos caballeros como parecéis, no conviene hacerlo. Nos haréis merced que las dejéis en su libertad para que se vayan donde quisieran, pues no hay razón que de otra manera estén en vuestra compañía.

—Las doncellas son nuestras —dijeron los caballeros— y las ganamos de buena guerra, y de su grado han venido con nosotros y no forzadas, que no somos tales que tal tengamos en costumbre.

—Nosotros lo creemos así —dijeron León Flos y sus compañeros—, y si ellas quieren estar en vuestra compañía, nosotros lo tenemos por bien.

—No, señor —respondieron ellas—, y si nos ganaron de otros, ya están satisfechos del trabajo que en él pasaron.

—Caballeros —dijo León Flos—, las doncellas sean libres para que se vayan donde quisieran.

—¿Queréis vos alguna de ellas? —dijo el uno de ellos.

—No, por cierto —respondió él—, sino que se vayan a la buena ventura.

—Pues ahora veremos cómo las defendéis —dijo aquel—, que a mi grado no se partirá de mí esta doncella hermosa, que mucho me agrada.

—Menos tardaremos —dijeron los caballeros— en las libertar por las armas que por las palabras.

Tomaron del campo, a su voluntad arremeten los unos a los otros y ninguno erró su encuentro. Los caballeros de las doncellas los encontraron en los escudos, donde quebraron sus lanzas, y no los movieron de las sillas, pero ninguno de los otros no quedó en la suya, y dieron grandes caídas. El caballero de la más hermosa, que le encontró León Flos, hubo una espalda quebrada. No curaron más de ellos y dijeron a las doncellas cómo eran libres para hacer su voluntad.

—La nuestra es —dijeron ellas— de nos ir con vosotros hasta hallar a unos caballeros en cuya demanda andamos.[191]

—En buena hora —dijo el marqués—, que tan bien será en la nuestra apartarnos de vosotras cuando quisiéramos, como en la vuestra trocarnos[192] por otros cuando os agradare.

—Decid lo que quisierais —dijo la doncella hermosa—, que yo por ninguna manera me apartaré de este caballero hermoso.

Señaló contra León Flos.

—En mal punto —dijeron las otras— escojáis vos, que siempre lo tenéis por costumbre.

—Ora no riñamos —dijo ella—, que para cada una hay el suyo. Y todos parecen tales que no hay ninguna que no se contente con el que le cupiere, que éste no es casamiento de por fuerza, que apremia a nadie que resida en él, mas de por su voluntad.

Y así riendo siguieron por su carrera hasta que les tomó la noche en una floresta, donde les convino quedar, que no hallaron mejor lugar. Cenaron de lo que los escuderos traían, a los caballos quitaron las armas y cada uno estuvo con su doncella, salvo León Flos que se quedó armado. La doncella hermosa se llegó juntó a él y, como veía el poco cuidado que de ella tenía, estaba muy sañosa; le metía en algunas razones. Él le decía:

—Señora doncella, durmamos un poco, que tiempo habrá en la mañana para hablar.

Ella se llegaba a él y le decía que se quitase las armas como sus compañeros.

—No puedo, señora —dijo él—, que esta noche me cabe la vela para que ellos duerman seguros, y ésta me cupo por suerte y por ninguna manera dejaré de hacerlo, que podría suceder cosa que gran daño les viniese por faltar yo lo que era a mi cargo.

De esto y de ver a sus compañeras con los otros caballeros, estaba muy apenada y más de ver a León Flos el poco cuidado que con estar cerca de él le daba su hermosura y los grandes suspiros que sus pensamientos le causaban, que no era en su poder encubrirlos. Así pasó lo que de la noche quedaba; a la mañana tornaron a su carrera, creyendo la doncella que era concierto entre todos cuatro que durmiendo en el campo el uno de ellos velase, esperaba la noche para gozar de León Flos, que por más hermoso de todos lo había escogido. Y llegaron a una posada de un buen hombre, que a los caballeros de aventura acogía; después de haber cenado, el huésped preguntó a una de las doncellas si acostumbraban dormir con los caballeros; ella dijo que sí; y les dieron cuatro lechos. Cada una se fue con su caballero; y como León Flos vio a la doncella que junto al suyo le aguardaba, le dijo:

—¿Qué atendéis, señora?

—Que nos acostemos —dijo ella—, que ya es hora.

—No lo es para mí —dijo él— si hemos de dormir juntos.

—Pues, ¿también os cabe la vela esta noche como la pasada? —dijo la doncella.

—Así entiendo que habrá de ser —dijo León Flos—, pues estáis en camisa, que querréis gozar del lecho.

—¿Y vos no os acostaréis en él? — dijo ella.

—No veo yo cómo —respondió él—, pues habéis tomado posesión de él.

—Harto lugar hay para ambos —dijo ella.

—No me parece a mí que le daréis vos —dijo él—, porque yo acostumbro dormir solo, y vos no lo querréis dejar.

—¡Mal me haga Dios —dijo ella— si solo vos en él dormís sino que, pues vos no queréis que yo me huelgue esta noche sino dármela mala, que vos en el lecho solo no la tengáis!

—Buena hora —dijo León Flos—; si con eso estáis contenta, yo lo tengo por bueno.

—Yo por malo —dijo ella—, y mal haya quién os escogió, que mi pago me habéis dado.

—Pues, señora —dijo León Flos—, yo no quedo sin él, según la mala noche se me apareja, durmamos y no demos parte de esto a ninguno.

—No dejaré yo —dijo la doncella— de publicar vuestras faltas, que bien creo que no son pocas, y por encubrirlas de mí, fingís mucha honestidad.

—Mejor es, señora —dijo León Flos—, que calléis lo que conmigo pasáis y no publicarme, pues de publicarlo, ganáis poco.

—Esto —dijo riendo— que pasáis vos conmigo, para que lo calle —respondió ella—, no quiero, sino que todos como yo sepan quién sois, que prometéis con vuestro gesto hermoso lo que niegan vuestras obras malas, y que no engañéis a nadie como hicisteis a mí.

—No tenéis razón, señora —dijo León Flos, no pudiendo encubrir la risa—, que yo no os rogué ninguna cosa para que os quejéis de mí, que, como yo conozco lo que en ese caso puedo, me aparto de no tropezar en él por no dar muestra a todos de lo que no querría que supiese ninguno, a cuya causa os rogaba fuese secreto.

Y disimulando con ella, se echó encima de una arca donde burlando y mal durmiendo de lo que la doncella decía pasó la noche.

A la mañana siguieron su camino; la doncella iba muy triste y medio llorosa, y más lo mostró cuando vio el buen contentamiento que las otras llevaban, y les dijo:

—No me puedo quejar de nadie sino de mí que, si mal tengo, yo me lo escogí.

—¿Cómo es eso? —dijeron las doncellas.

—Que tomé a este caballero —dijo ella—, que él no lo debe ser, sino alguna doncella que anda en hábito disfrazado, según lo que de él he conocido y visto. [193]

León Flos dijo a los caballeros lo que con la doncella había pasado, de que rieron mucho de ella, y le dijo el marqués:

—¿Qué descontento tenéis de nuestro compañero, señora doncella?

—Lo tengo tanto —dijo ella— que pluguiera a Dios que yo no dejara al que dejé por tomar el que no debiera, que por mí sola se podrá decir que quien bien tiene y mal escoge[194].

—Señora —dijo León Flos—, no es eso lo que yo os había rogado, que fuese secreto lo que entre nosotros pasase.

—¿Y qué os debo yo a vos ni a vuestras obras —dijo ella— para que yo haga lo que vos queréis? Antes por no hacerlo sino al contrario, os publicaré como a mal vino que vos no sois hombre ni tenéis muestra de ello sino en venir armado, pues teniendo una doncella como yo a vuestra voluntad dos noches, la una dijisteis que os cabía la vela para guardar vuestros compañeros, y la otra dormisteis encima de una arca por no dormir en el lecho conmigo. Mirad si éstas son cosas para que yo las oculte ni para que ninguno que lo sepa os tenga por hombre; ni yo os tengo por tal ni vos lo debéis de ser.

Y los caballeros reían mucho del enojo que la doncella mostraba y de la disimulación con que León Flos respondía, el cual le dijo:

—Señora, ya sabéis vos los inconvenientes que yo tuve en esas noches para apartarme de vos, pues queréis que todos lo entiendan; y lo que no se hizo en una, se podrá hacer en otra, que no están los hombres siempre en un ser sino que con el tiempo se mudan sus voluntades. No desconfiéis de mí, que presto vendrá la noche.

—Por cierto, en vos —dijo ella— tendré yo poca confianza que a la noche no os faltará otra disculpa para encubrir vuestras faltas.

—Esas no creo yo que me las encubriréis mucho, según las que me habéis

publicado, diciéndome que no ser hombre; pues si me conocieseis, de otra manera me juzgaríais.

—Por lo conocido me pesa —dijo ella—, y pluguiera a Dios que nunca os hubiera visto, que no sé quien me engañó, sino que la afición es causa de muchos yerros, como lo fue del mío.

—No es yerro, señora —respondió León Flos—, querer yo mirar por vuestra honra y guardarla y defenderos de los que os hicieren fuerza.

—Denfendeos la vuestra —dijo la doncella— si alguna tenéis y haréis harto, que la mía, andando con vos, yo fío que está bien defendida y guardada, que por miedo de no defenderme de alguno.

—Creo que no habéis razón —dijo León Flos—, pues sois testigo de lo pasado.

—Ahí os esperaba —respondió ella—, que bien cierta estaba que os habíais de loar de aquella nonada[195] que hicisteis. Yo tengo por cierto que al caballero que derribasteis no le derribó vuestro esfuerzo sino su mucha flaqueza con que él se cayó de su caballo.

De esto rieron los caballeros de buena gana. Dijo el marqués:

—Señora, presto le habéis conocido.

—De una vuelta de ojo que yo doy —dijo ella— conozco quién es cada uno.

—Tomad de nosotros el que os agradare —dijo el marqués— y dejad el que escogisteis, pues habéis conocido sus faltas, que de presto pocas cosas se aciertan, que más que hermosura han de tener los caballeros.

—Esa sinrazón —dijo ella— no haré yo a mis compañeras, que lo que no aprovecha para mí, poco fruto sacarán ellas.

—A mí vos —dijo León Flos— queredme para vuestro caballero, y tomad uno de estos mis compañeros como amigo.

—¡Qué gracioso sois vos! —dijo ella— .¡Para mi caballero no creo yo que lo sois ni lo seréis de ninguna; y cuando lo fuerais, será de alguna que se engañe por la vista como yo hice!

—Ahora, señora —dijo León Flos—, ya tenéis conocido para lo que soy y lo que valgo. Si no os contento, a mí me pesa de ello, y la enmienda de lo que he faltado yo la haré en lo que fuerais servida.

—Eso no aguardaré yo de vos —dijo la doncella—, y no quisiera sino saber vuestro nombre para publicar vuestros yerros y faltas por todo el mundo. Pero yo lo sabré para hacerlo.

Y diciendo esto, dio del azote a su palafrén y se tornó por el camino que había venido. Las tres doncellas que la vieron ir, dijeron:

—Señores caballeros, perdonadnos, que por ninguna manera dejaremos ir sola a nuestra compañera, que ha mucho tiempo que andamos juntas, y lo que avino a ella pudiera avenir a una de nosotras.

—A Dios vayáis —dijo Dinades—, que nos habéis dado causa para reír. Yo así lo haré cuando me acordare, que será por toda mi vida, que no es cuento este para olvidarle jamás.

Por esto que vieron en este caballero, sospecharon que tenía su amor puesto en parte que no quería mudarse y que amaba con mucha lealtad. Y tratando de las burlas pasadas y en otras de presente, como todos eran caballeros que holgaban de ellas, y como iban con mucho placer por el camino de Alejandría, caminaron algunos días.

Procedencia: León Flos de Tracia, ms.

Finales del siglo XVI, ff. 113r–115r.

19

De la aventura del burlador burlado.

Dos caballeros en combate.

Miniatura del Faits des Romans

(h. 1324-1328)

Ningún caballero ni ninguna doncella puede escapar a las trampas de uno de los encantadores más divertidos de los libros de caballerías: Fraudador de los Ardides. Este individuo les ha robado sus caballos a unas doncellas y Rogel[196] lo persigue con la finalidad de recuperar las monturas. No sabe que va a caer otra vez en las redes del astuto Fraudador. Sin embargo, en esta ocasión el ladrón no va a salirse con la suya. Aunque coge la espada para enfrentarse a don Rogel, pronto queda en evidencia su cobardía y el héroe lo ridiculiza comparándolo con un mono. Al final de la aventura, el caballero castigará al infractor, aunque la justicia aplicada no sea muy cruel sino burlesca.

En seguimiento de los caballos y palafrenes don Rogel a mucha prisa fue. Y por una floresta de lejos los veía ir entre los árboles. Y siguiendo, viéndolo ellos, a una bajada de un valle vio un caballero caído de su caballo, y el un pie tenía metido en el estribo y las riendas en la mano, que, como vio a don Rogel, comenzó a dar voces diciendo:

—¡Ay, señor caballero, por cortesía socorredme, no me arrastre este caballo! Y os ruego no lleguéis con una pieza, no se espante del vuestro.

Don Rogel, movido a lástima del caballero, se apeó en un punto de su caballo y fue corriendo a socorrerlo. Y como llegó, le sacó el pie del estribo y le dijo:

—¿En qué forma caísteis o estáis así?

—¡Ay, señor! Un caballero que acá adelante va cargado de caballos y palafrenes, porque le pregunté dónde los llevaba, sin yo guardarme de él, me encontró y me dejó en la suerte que me hallasteis, que ha sido la mayor maravilla del mundo no me arrastrar mi caballo. Y os suplico que me ayudéis a subir en él, que me siento muy quebrantado de la caída.

Don Rogel dijo:

—¡Mal haya tan desmesurado y falso caballero! Y yo os prometo que si lo puedo, que yo os dé cedo derecho de él y de la villanía que hizo en llevar los palafrenes que lleva.[197]

—Dios os lo agradezca, señor —dijo él—, pues yo no puedo, que de cosa más no holgaría ahora que de quedar satisfecho.

Y con esto don Rogel lo puso encima del caballo. Y como volvió la cabeza para ir por el suyo, lo vio ir suelto y relinchando, tornando a todo correr por donde había venido. Entonces dijo él:

—Nunca vi menos sino por hacer bien padecer mal. Y pues así es, señor caballero, dadme ese caballo y quedad aquí, que yo iré a satisfaceros a vuestra voluntad.

—Más satisfecho me tenéis así —dijo él.

—¿Cómo es eso? —dijo don Rogel.

—¿Y cómo? —dijo el caballero—, ¿estáis en las uñas del caudón[198] y no lo sentís?

—No os entiendo —dijo don Rogel.

—Pues no entendéis —dijo él—, no debéis de saber la condición del ave que os tiene preso. Y para que lo sepáis, habéis de saber que hay un ave que se llama caudón, y esta maliciosamente se cuelga del pie y con chirriados[199] junta las otras aves y, como las tiene cerca, que vienen por socorrerle, traba con sus uñas de la que más cerca halla y se ceba en ella, como de tal suerte quisiera yo cebarme en vuestro caballo si no huyera y me dejara la pluma en las manos, que tal me parecéis vos a mí, pues tan liviano fuisteis en socorrerme, aunque habéis cumplido lo que me prometisteis, que es dejarme satisfecho a mi voluntad. Y así lo quedo yo de dejaros a pie, y más lo quedara si llevara vuestro caballo, por la prisa que en él traíais a tomar lo que me disteis. Y de lueñe que os vi, conocí el ardid y en el valle os he puesto la celada.[200]

Don Rogel en estas palabras y en lo demás conoció ser aquel Fraudador de los Ardides, y se sintió muy corrido de la burla y pensó, pues no le valía otra cosa, de engañarle por buenas razones, y dijo:

—Por cierto, señor caballero, la más graciosa caza habéis hecho que nunca vi.

—Más os lo pareciera —dijo él— si llevara vuestro caballo.

—Ese os daré yo de buena voluntad —dijo él— con tal que me prestéis uno de los que os di con que torne a mi compañía, y de allá os lo enviaré, el más pagado de vos que lo fui en mi vida de caballero.

—Más quisiera —dijo él— que me dejarais satisfecho que no que os quedéis pagado. Que de esa manera que decís yo no quiero tan presto la paga del recibo que tenéis de mí, porque no quitéis de vos la sandez que hicisteis con tal gasto y no dejéis a mí con el alcance de tal sandez. Basta que os dejo maestro para que de la suerte que yo os cacé vos podáis cazar a otro y cebaros en su caballo, pues el vuestro de vuestras manos y mis uñas se ha salido.

—¿Qué? ¿Todavía —dijo don Rogel— me queréis dejar a pie?

—Y aun todavía os dejaré —dijo él— que tornéis así, que pues tan servidor sois de doncellas, pues ellas vienen siguiendo sus palafrenes a pie, desmesura haríais en dejarlas así, viniendo vos a caballo. Y porque las otras tres que llevabais se puedan comedir[201] con las que hallasteis, quedad aquí, que yo quiero ir por sus palafrenes. Y porque sé que es muy enojosa la tardanza al que aguarda, yo me daré en ello la prisa que veréis; que yo os prometo que, si no me voy por otro camino, de ser con vos antes que sea de noche.

Y como esto dijo con determinación de ir a tomar los palafrenes de las infantas, pareciéndole que no quedaba allá quien se lo estorbase, e irse con ellos por otro camino, dejando enojado a par de muerte[202] a don Rogel, dijo:

—Caballero, quedad a la mala ventura en cuanto yo busco la buena.

Y da de las espuelas a su caballo y va por donde don Rogel había venido. Y fue tal su ventura que en un raigón[203] de árbol que atravesaba el camino el caballo tropezó y cayó, lanzándolo de sí. Don Rogel que así lo vio nunca placer igual al suyo fue. Y con temor que el caballo se fuese, con parecerle que así tenía seguro el dueño y los palafrenes que delante iban, en un punto aún no era bien levantado cuando lo tenía y muy presto sube en él. Y poniendo la mano en el espada, va para Fraudador, el cual a mucha prisa se había levantado y acogido a un grueso tocón.[204] Y don Rogel, que mucha saña de él tenía, con el caballo lo quería herir; mas alrededor del árbol andaba tan diestro en guardarse que no era poderoso de darle golpe alguno. Y traía la espada sacada y pugnaba jarretarle[205] el caballo, y era muy hermosa montería verlos alrededor del tocón, a don Rogel pugnando de guardar su caballo y herir a Fraudador, y Fraudador guardándose de él y procurando matarle el caballo.

Y Fraudador con toda esta revuelta dijo:

—Señor caballero, ¿sabéis que cuido?

—¿Qué cuidáis? —dijo don Rogel.

—Cuido —dijo él— que semejáis vos, según estáis, bravo toro y me queréis tomar, y yo hombre que me acogí a aqueste tocón y con mucha fatiga me guardo de él.

Don Rogel no pudo estar que no riese. Y parando el caballo, apartándose un poco afuera, dijo:

—Más me semejáis vos a mí mono que yo os semejo toro. Y porque me semeja que queríais muy ufano si así os quedaseis, atended, que yo volveré más presto que vos [a] mí volviérais.

—¡Ah, señor caballero! —dijo él—, os suplico que me digáis antes que os partáis de mí qué es vuestra intención.

—Es —dijo don Rogel— de no partirme de vos hasta dejaros pagado y a mí satisfecho.

—¿Ya no os di fin y quito de esa paga?[206] —dijo él—, salvo si, por no salirme cierta, me la queréis tornar.

Pues holgad, señor, y tomad placer, que, si yo vivo, yo quedaré pagado y vos satisfecho; que yo os prometo que, si por falta de mi caballo no fuera, que no ganarais hoy honra conmigo en esta batalla.

—Pues, porque no os quejéis de eso —dijo don Rogel—, yo me apearé.

Y con esto en un punto salta del caballo y, quitándole las riendas, dejándoselas colgadas, se fue para Fraudador, el cual embrazado su escudo se vino para él. Don Rogel lo recibió y le tomó un golpe en su escudo, y con la mano siniestra lo trabó del suyo y tiró tan recio que, quebrando las embrazaduras, lo derrocó a sus pies. Y en un punto le tajara la cabeza si Fraudador no le demandara merced que no le matase. Él, como era tanta su clemencia en el vencimiento como su rigor en ejecutar la fortaleza, dijo:

—Yo os daré la vida y os dejaré en la vida que os hallé para que os aprovechéis de vuestra caza si hallarais otro tan sandio como yo a quien poder engañar.

Y como esto dijo, vio en el arzón del caballo un cabestro de cáñamo, y fue y lo tomó. Y a Fraudador lo ató a un pie y de una rama de un árbol lo dejó colgado a raíz del camino, que sólo la cabeza con parte de las espaldas tocaba en el suelo, por que no se ahogase. Como así lo puso, dijo:

—Ahora atended, que yo volveré cedo y veré si habéis hecho alguna cosa.

Y luego tomó el caballo y a mucha prisa siguió los hombres de Fraudador, y presto los alcanzó, porque Fraudador les dijo que lo aguardasen, que cedo tornaría con el caballo de aquel caballero que los seguía, cuidando dejar a pie a

don Rogel, que veía venir, con el ardid que oísteis. Y como los conoció, los hizo luego tornar con los caballos y palafrenes. Y como llegaron adonde había dejado a Fraudador, don Rogel dijo a uno de los villanos si traía tinta y papel, y él dijo que sí, y se la pidió e hizo unos versos y los dejó puestos sobre donde estaba Fraudador colgado, los cuales decían:

Pues que con tal invención

me quisisteis engañar,

colgado de este tocón

quedaréis hecho caudón

hasta que podáis cazar.

Procurad bien alear

dando gritos no suaves,

porque con tal chirriarse

puedan mejor llegar

a vuestro engaño las aves.

Y, señor Fraudador,

quedaréis sin adalides

y, si sois engañador,

poned paciencia al dolor

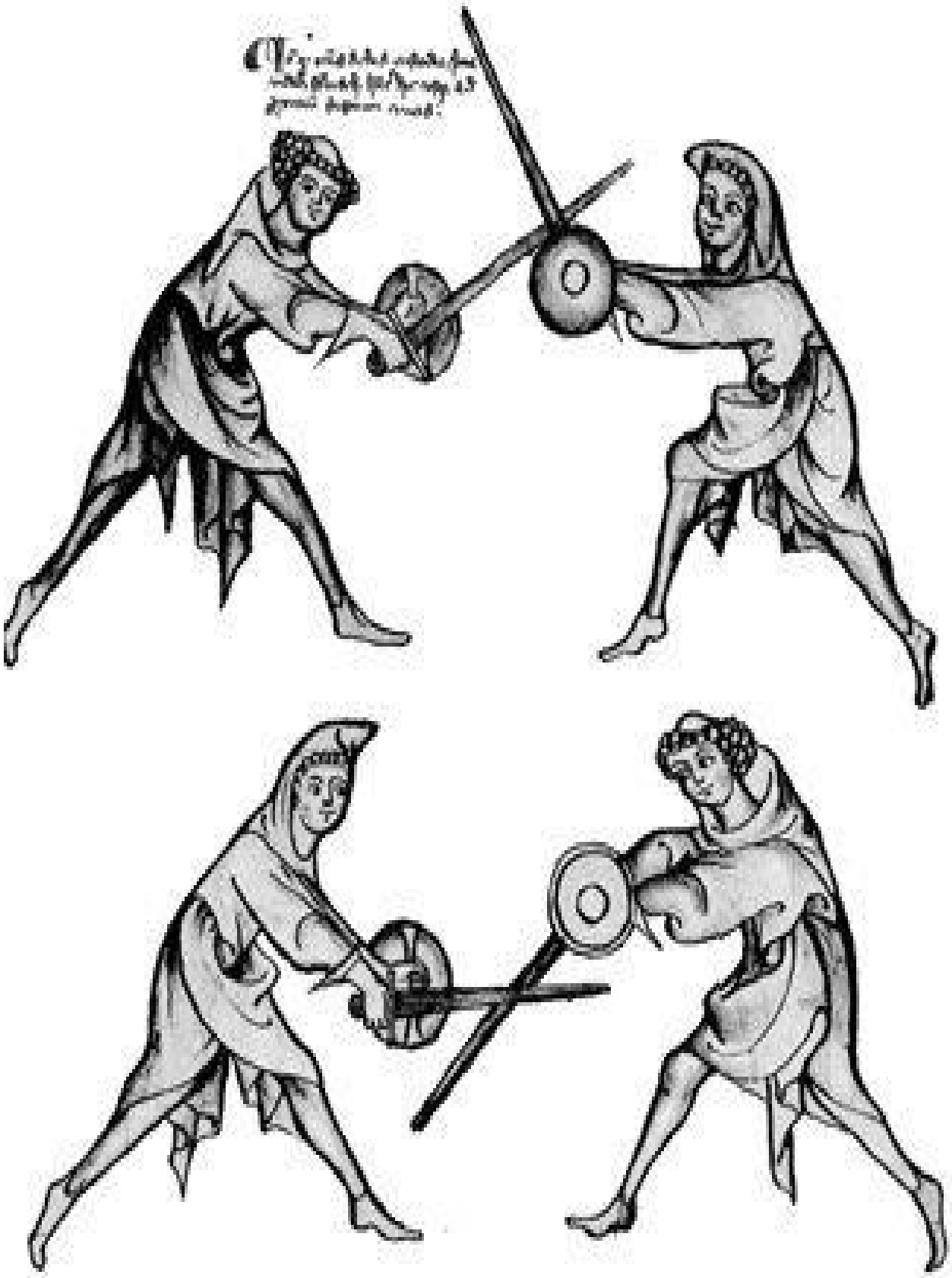
como sabio en los ardides.

Y con esto lo dejó y se fue con su caballo y palafrenes y los hombres de

Fraudador que los llevaban, yendo muy pagado don Rogel de dejar de tal suerte a Fraudador.

Procedencia: Feliciano de Silva, Florisel de Niquea,

parte II [1546], cap. 163.



Combate entre caballeros, según un manual de lucha del siglo XIII (Alemania)

20

De lo que al príncipe Zaír aconteció con

un caballero Loco.

Antes que don Quijote de la Mancha hiciera gala de su locura, ya podemos hallar a otros personajes cuyos actos hacen reír a los demás. En el siguiente episodio un caballero que ha sido engañado por su esposa y lo ha abandonado por otro termina por perder la noción de la realidad. Está tan obsesionado por su problema amoroso y tiene tantas ganas de vengarse de aquel que se ha llevado a su mujer que no atiende a razones. El caballero loco está tan enfrascado en sus preocupaciones que reacciona violentamente contra aquellos que quieren ayudarle. Su tenaz insistencia en el imaginario combate que mantiene con las aguas de un lago invita al humor.

Entre los muy preciados caballeros que de Constantinopla salieron en busca de Amadís de Grecia, fue el príncipe Zaír[207] y con él don Fénix y don Astibel de Mesopotamia, los cuales con sus escuderos fueron juntos hasta donde tres caminos hallaron, en los cuales acordaron repartirse; y así lo hicieron. El príncipe Zaír tomó el de mano derecha y por él fue tres días sin aventura hallar que de contar fuese. Mas en fin de ellos una mañana se halló salido de una floresta cabe una gran laguna de agua que no lejos de él un hermoso castillo estaba, donde un caballero de gran cuerpo vio, todo armado y apartado de su caballo, con su espada que grandes golpes en el agua de la laguna daba. De sí daba de punta hasta tanto que paraba; y, como el agua se sosegaba, de nuevo tornaba a su oficio. Cabe él, algo apartadas, estaban seis doncellas que gravemente lloraban, y una de ellas estaba ligándole la cabeza, la cual toda ensangrentada tenía, quejándose gravemente.

El príncipe, maravillado de tal aventura, muy deseoso de saber qué cosa fuese, al caballero se llegó y le dice:

—Señor caballero, ¿qué es eso que en el agua estáis haciendo?

El caballero alzó la cabeza y dijo:

—¿Aún más de venir a quererme aquí quitar la venganza de aquel que llagó mi corazón? ¡Vete de ahí y no quieras que haga de ti lo que de él y de aquellas cosas que estorbármelo querían!

Y con esto torna a su oficio.

—¡Santa María! —dijo el príncipe—, este caballero sandio debe estar.

Y una pieza estuvo mirando, y vio que como el agua se levantaba con los golpes, paraba de darlos; y como se sosegaba, viendo en ella su figura, tornaba diciendo: —¿No basta, don malo, que me quitases la cosa del mundo que más amaba, sino que me estés imitando?

El príncipe, pareciéndole cosa de sandez, no pudo estar que no riese de gana; lo cual viéndolo el caballero, muy enojado de que de él se reía, le hiere el caballo por entre ambas orejas, de suerte que cayó con su señor; y, antes que de él pudiese salir, lo comienza de herir de grandes golpes, de suerte que el príncipe se

viera en peligro si presto de él no saliera. Y se va para el caballero con gran saña, diciendo:

—¡Aguardad, don loco, que yo os haré que por el castigo perdáis la sandez!

Y lo comienza de herir, de suerte que, no pudiendo sufrir sus golpes, espaldas vueltas, se mete dentro en la laguna, y el príncipe tras él. Mas como así fue, a cinco o a seis pasos de la laguna torna con tanto descuido a herir su imagen en el agua como si nada le hubiera acaecido. El príncipe le dijo:

—¿Qué es eso, sandio caballero, que pensáis con vuestras sandeces disimular la maldad que en matarme mi caballo hiciste? Guardaos de mí, si no, muerto sois.

—Déjame —dijo él— terminar la batalla que con este mi enemigo tengo, que día habrá para ti.

En esto las doncellas comenzaron a darle voces, diciendo:

—¡Dejadlo, señor, por Dios, que está sandio! No le pongáis culpa en lo que hace.

El príncipe, aquello oyendo, lo deja y para las doncellas, que para él venían llorando de corazón, va. Las cuales saludándolas, y ellas a él, les ruega aquella aventura le hagan entender. Ellas le dijeron:

—Sabed, señor caballero, que es la más mal que nunca oísteis, porque habéis de saber que este caballero es señor de este castillo que ante nos parece, el cual del Lago se llama. Y este caballero tenía consigo en él una muy hermosa dueña, señora de otro castillo, con la cual era casado; y ayer en la tarde pasó por aquí un mal caballero, el cual hallando a nuestra señora, su mujer de este que ves, cabe una fuente con nosotras que cabe el castillo está, pagándose de ella, mucho le pidió su amor; y la dueña que mucho de él se pagó, porque era hermoso en demasía, le otorgó de irse con él, porque jamás a éste tuvo amor. Y él, poniéndola ante sí, se va con ella a más andar; y nosotras dimos voces que no la llevase, a las cuales este caballero acudió. Y como vio llevar a su dueña, torna corriendo a armarse y va tras el caballero; y nosotras en nuestros palafrenes le seguimos hasta un castillo donde el caballero y la dueña vimos entrar, que era de aquí una legua, donde, cuando llegamos, nuestro señor hallando la puerta cerrada, llamando a grandes voces y golpes a la puerta del castillo, el caballero y otros muchos con dueñas y doncellas se asomaron entre las almenas, y por grandes injurias que éste le dijo, desafiándole de su persona a la suya, jamás

palabra le respondieron, mas de reírse de él en demasía como escarneciéndolo. [208] Donde a poca pieza la mala dueña, su mujer, salió y así como los otros lo escarnecía, de lo cual este caballero fue tan fuera de sí que, llorando gravemente, se vino andando toda la noche, y nosotras perdidas tras él por esta floresta, en la cual palabras le oímos en que conocimos de pesar haber perdido el seso; mas nunca lo sentimos hasta que llegamos a este lago, en el cual viendo su imagen, en él diciendo: «Aguardad, don traidor, que a punto de pagarme vuestra maldad estáis», rompe la lanza de sí derrocándose de su caballo y con su espada ha hecho lo que ves, que por decirle nosotras que para qué aquello hacía, queriéndoselo estorbar, nos da de ella tales golpes con que huyendo de él alcanzó en la cabeza a esta nuestra compañera, parándola tal cual ves. Esto, señor, es lo que sabemos de lo que preguntáis.

El príncipe quedó maravillado de tal aventura y dijo:

—¡Por Dios amigas!, ésta es la más extraña aventura que nunca oí ni vi. El caballero tiene poca razón de ensandecer por tan desaguisada dueña, mas yo os prometo que, si yo puedo a mi poder de lo vengar del mal caballero que así su amiga le tiene, que por mi ventura no tan poca parte el amor sobre mí ha tenido que no sepa cómo pudo hacerse este mal recaudo. Mas antes conviene que a su castillo llevemos este caballero.

—Bien sería si pudiésemos —dijeron ellas.

—¿Hay gente además de vos en el castillo?

—Sí hay —dijeron ellas—, mas de servicio, de poca estima.

—Pues hacedlos venir —dijo él— y pugnaremos de llevarlo.

Una de las doncellas fue luego al castillo donde seis hombres de capellinas[209] trajo, y en tanto el príncipe con gran lástima el caballero miraba en su batalla con su figura sin cesar hacía, hasta que con las olas perdía la figura, que sentándose en el agua estaba como que descansase hasta tornarla a ver, que luego se levantaba.

—¿Quién duda —dijo el príncipe— si este caballero pudiese haber a las manos al que tal traición le hizo que le dejase con la vida? Pues yo juro, por la fe que a caballería debo y a la cosa del mundo que más amo, que si yo puedo, de lo poner en sus manos.

—De Dios hayáis el galardón —dijeron las doncellas.

Y en esto estando, los hombres del castillo llegan, que, queriendo por mandado del príncipe su señor tomar, él a uno por encima de la capellina hiere, que, en dándosela, con gran parte de la cabeza lo derribó muerto; lo cual los otros viendo no osaban llegar. Mas el príncipe llegó y cierra presto con él echándole sus brazos, y el caballero a él los suyos; ambos en el agua caen, adonde cual encima, cual debajo, de suerte que las doncellas no pudieron dejar de reír en tales verlos andar. Mas en esto los cinco peones y el escudero del Zaír llegaron y por fuerza el caballero del agua sacan, y por fuerza lo desarman y toman el espada, dando él mortales voces, llamando socorro contra aquellos malos que quieren matarle. Llegan dos caballeros, y como la vuelta ven, pareciéndoles fuerza la que a aquel caballero se hacía, llegan a más correr de sus caballos, y el uno de ellos al príncipe hiere y el otro al uno de los hombres con las lanzas, que el hombre cayó muerto y el príncipe por poco a tierra viniera; mas, al pasar, hiere con su espada el caballo del caballero por cabo los aciones zagueros[210] que al suelo con su señor vino. Mas luego sale de él y, metiendo mano a su espada, se junta con Zaír diciendo:

—Vos matasteis mi caballo, mas si yo puedo el vuestro llevaré por él.

—No sé cómo ende será —dijo Zaír—, mas os cuido que pagaréis vuestro descomedimiento.

Y comienzan de darse grandes golpes. El caballero que a caballo estaba sacando la lanza del villano muerto, los otros corriendo habían huido, dejaron libre el caballero loco, el cual, como libre se vio, tomando su espada y escudo del suelo, se torna a más correr a la laguna, y torna a su oficio como de primero, de que los caballeros se maravillaron.

Mas ya Zaír traía tal al caballero que el otro quiso venir a ayudarle, queriendo dar al príncipe de los pechos del caballo; mas él se desvió y el caballero, presto pasando por él, se apea y con su espada en la mano con su compañero se junta contra él. Mas él los traía como extremado fuese muy afrentados, de suerte que puesto al uno aturdido de un pesado golpe con que el escudo y parte del yelmo le hendió, haciéndole una mortal llaga, lo trajo a sus pies; el otro que quedaba, no pudiéndole sufrir, a sus pies pidiendo merced de la vida se pone.

El Zaír le dice:

—Yo os la otorgo con tal que juréis de jamás acometer ningún hecho sin primero saberlo.

—Yo lo prometo —dijo él.

Y luego, dando su espada, se levantó, y, diciéndole el príncipe el caso, él le pesó de lo que hecho habían, y quitando el yelmo a su compañero, tornando en sí, le apretaron la llaga diciéndole lo que pasaba, de que se tuvo por burlado. Y luego, como de primero, llamando los del castillo, tomaron el caballero, que no poco hermosa montería como de venado antes que le pudiesen tomar pasó. Y así tomándolo llevan al castillo, muy maravilladas de la bondad del caballero las doncellas y muy alegres, pareciéndoles tal que vengaría bien a su señor.

El caballero meten en una cámara con grillos y esposas a las manos; y los otros caballeros curan de las llagas que tenían. Y aquel día pasan en el castillo, que muy bueno era; y otro día el Zaír dijo que quería ir a ver si podía haber el mal caballero que la dueña tenía. Los caballeros dijeron que querían ir con él, y luego, asimismo, dijeron todos los del castillo que querían hacer lo mismo por ver la hermosa venganza que se hacía.

Y con esto, al caballero loco haciendo comer alguna cosa, pasaron esa noche. Y otro día a Zaír y al caballero que su caballo había perdido les dieron dos buenos que el caballero en el castillo tenía, y todos juntos, sin que persona en el castillo quedase, se fueron con Zaír la vía del castillo del caballero que la dueña tenía.

Procedencia: Feliciano de Silva, Florisel de Niquea

segunda parte [1532], cap. 44.

21

De cómo el gigante Bramarante se enfrenta contra varios caballeros griegos, entre ellos el Caballero del Febo, y de cómo queda en suspenso el combate en espera de una continuación.

Combate entre caballeros, según una miniatura francesa del siglo XIV.

Los libros de caballerías se caracterizan por una estructura que puede ser definida como de «novelas-ríos». Aparte de su extensión, de los múltiples hilos narrativos que conforman su argumento, suele ser habitual el hecho de que muchos de estos relatos terminen dejando abiertas las puertas a una nueva continuación. En ella se podrán narrar las gestas de los descendientes del protagonista, se podrá introducir una nueva empresa que deberá ser resuelta en una posterior prolongación o se creará cualquier expectativa que tenga en vilo el interés del público lector. Cuando se crea la ilusión de que la historia ficticia escapa a los límites materiales del relato, se está reivindicando en cierto modo la historicidad de tales argumentos; sin embargo, muchas veces estas estrategias se convierten en un motivo tópico, en un reclamo propagandístico de los escritores que se plantean la posibilidad de escribir nuevas crónicas, aunque no siempre llegan a materializar este empeño. En el siguiente fragmento puedes observar cómo el narrador plantea un suceso que afecta directamente a los protagonistas y lo deja sin resolver. Tal ocurrencia servirá para retomar este asunto en continuaciones posteriores.

Ya ha contado la historia cómo después de acabada aquella sangrienta y general batalla en que el emperador Alicandro fue vencido,[211] aquel superbísimo[212] y temido pagano Bramarante[213] se fue a meter en las selvas de Grecia, con voluntad de no partir de allí hasta haber alguna venganza de la muerte del gran Campeón su padre. Dice ahora, que al tiempo que estos señores estaban en la caza, Bramarante estaba en las selvas ribera de la mar con hasta veinte paganos, que huyendo de la batalla se habían acogido allí por escapar la vida. Y tenían entre todos un navío, que habían ganado por la gran fortaleza de Bramarante de unos navegantes que habían llegado a tierra por coger agua dulce para llevar en su navío. Y no se habían partido para sus tierras porque la mar andaba muy revuelta, y tenían por muy cierto el peligro entrando en ella.

Y como estuviesen así todos juntos, oyeron el grande ruido que traían los que andaban a caza por las selvas. Y como les pareciese mucha gente, Bramarante quiso saber qué era. Y llevando con él algunos de aquellos paganos, fue por la ribera abajo hasta que pudo ver las ricas tiendas y pabellones que estaban armadas por el campo. Y no queriendo llegarse a ellas sin saber la gente que allí había, sin salir a lo raso se fue por la espesura alrededor de las tiendas. Y la ventura lo llevó adonde la emperatriz[214] estaba pasando tiempo con aquellas señoras en la fuente. Y demasiadamente fue espantado de ver junta tanta hermosura; que toda la corte celestial[215] le pareció estar allí junta, ni podía pensar que se podía hallar tal en la tierra.

Y muy alegre por parecerle que sería rica la presa, si la pudiese haber, saliendo de la espesura se fue para ellas, las cuales, cuando le vieron tan grande y membrudo y así armado, luego dieron gritos, que los oyeron el rey de Bohemia y sus caballeros que estaban por su guarda. Y corriendo luego para la fuente, como vieron a Bramarante con los suyos que andaban tras las doncellas, con grande ímpetu corrieron para ellos por darles la muerte. Mas aquel endiablado pagano, que en poco tenía los muchos enemigos, sacando su tajante espada comienza de derribar cuantos alcanzaba. Y aunque el rey y sus caballeros lo hacían bien, hiriéndole por todas partes, poco les aprovechaba, porque no les daba golpe que no derribase uno de ellos, y si el rey no trajera tan buenas armas, o fuera muerto o malherido. Como la emperatriz y las que con ella estaban vieron la destrucción de los suyos, dando muy grandes gritos comienzan de huir, sin aguardarse una a otra, por la espesura, mas cada una por su parte, quedando solo el hermoso niño Claramante[216], que estaba con ellas.

Éste era el ruido que el Caballero del Febo y la princesa Claridiana[217] oyeron, estando en la mayor gloria de sus amores, los cuales, cabalgando en sus caballos, fueron corriendo cuanto más podían hacia donde les parecía oír el ruido de la batalla. Y como llegaron adonde estaba Bramarante, halláronle haciendo batalla con el rey de Bohemia y con sus caballeros, y tenía ya muertos y derribados por tierra la mayor parte de ellos. Y como le conocieron, así en la grandeza de su cuerpo como en las diabluras que hacía, luego a gran prisa se fueron para las tiendas donde tenían las armas. Y ayudándole la princesa, el Caballero del Febo a gran prisa se armó de las suyas. Y como fue armado, se fue para donde estaba el fortísimo pagano, el cual ya tenía casi muertos y derribados todos los caballeros del rey. Y como llega a él, con mortal furia y demasiado enojo que hubo de ver la carnicería que tenía hecha, traba con ambas manos de un grueso y nudoso ramo, y desgajándolo de un grueso tronco, se va para él, diciendo:

—¡Oh, indomable y fiera bestia! ¿Cuándo serás cansado de derramar sangre humana?

Y con esto le da tal golpe a dos manos por el un costado, que los huesos pensó haberle quebrado, según el dolor que sintió de él Bramarante. Y como así se vio tratar a palos, el soberbio pagano, con endiablada furia, revuelve un golpe contra el Caballero del Febo que la vista de los ojos le quitó, y las manos y los hinojos le hizo poner en el suelo. Mas no se fue alabando de esto, que aquel que no tenía par en el mundo y estaba a la sazón el más contento que jamás estuvo, delante su señora la princesa, con redobladas fuerzas da un tal golpe al gran pagano por encima del yelmo, que el nudoso y grueso bastón fue hecho pedazos y él vino dando de hinojos por el suelo, echando sangre por los oídos y los ojos. Y como fuese de corazón más bravo y duro que de tigre ni de toro, en un punto se levanta, y los dos comienzan de nuevo tal batalla que gran espanto era de verlos.

Y en la mayor parte de las selvas se oía el ruido de sus temerosos golpes, de suerte que todos aquellos valles parecían vocear. Y aquellos altos príncipes y caballeros que andaban divididos por la caza, maravillados de tal ruido, comenzaron a ir con toda la prisa que podían hacia donde les parecía oírlo. Mas entre tanto que ellos llegaron acaeció otra cosa, y fue que, como los paganos que venían con Bramarante vieron la reñida batalla que había entre él y el Caballero del Febo, temiendo que vendrían otros en favor de las doncellas y que serían todos muertos, no curaron de otra cosa sino de irse. Y viendo al hermoso niño Claramante, que había quedado solo, espantados de su gran hermosura lo tomaron y lo llevaron consigo, huyendo con toda la prisa que podían. Y como

llegaron al navío que habían dejado en la ribera, no osaron aguardar a Bramarante, ni a que la furia de la mar se amansase, porque oyeron gran ruido de gente que se juntaba al ruido de la batalla. Y así alzaron las velas y se fueron, llevando consigo a doncel Claramante, del cual no se hablará más hasta la segunda parte de esta historia.

Que las cosas maravillosas que sucedieron a este hermoso infante son dignas de contar en otra nueva parte, donde se contarán sus grandes cosas y nuevos casos, nuevos amores, nuevas aventuras, extraños y espantosos hechos de los otros dos hijos de Trebacio, el grande Alfebo y el ínclito Rosicler, los cuales quedan ahora en lo mejor y más floreciente de su juventud, cuando tenían la fuerza más entera, y cuando más nuevos y no pensados trabajos les tenía prometidos la Fortuna. Y aquí se acaba la primera parte de la grande y muy famosa historia de Trebacio, porque es ya tiempo de dar algún reposo a la cansada pluma, para que con nuevas fuerzas pueda comenzar las grandes cosas que espera de escribir en la segunda, mediante la gracia del Señor, sin la cual ningún poder tenemos los mortales.

Procedencia: Diego Ortúñez de Calahorra,

Espejo de príncipes y caballeros,

parte I, [1555], libro III, cap. 51.

Los quatro libros del valeroso Caualiero Don Tirongilio de Tracia.

Portada de Cirongilio de Tracia (Sevilla, 1545).

Propuesta de actividades

TEXTO 1

1. Los distintos elementos que concurren en el nacimiento del famoso caballero Amadís de Gaula terminarán haciéndose habituales en la mayoría de los libros de caballerías. Sus padres no están casados públicamente, el recién nacido se separa muy pronto de sus progenitores, se cría con unos padres adoptivos lejos de una gran corte real. Se trata de una serie de acontecimientos que están relacionados con la trayectoria del héroe mítico. Ahora bien, en el caso de Amadís el autor alude a otros factores que son muy importantes en su misma posibilidad de sobrevivir a todos los obstáculos que le rodean. ¿Sabrías decir gracias a qué o a quién logra escapar el niño al peligro de las aguas?

2. ¿En qué época podríamos situar la acción relatada en este fragmento del Amadís de Gaula? ¿Hay algún dato histórico o mención relevante que te permita ubicar en un marco temporal los hechos?

3. La prematura separación de Amadís de su madre provoca que el futuro caballero desconozca por completo sus orígenes familiares. Sin embargo, en el arca lleva con él algunos objetos que aseguran su reconocimiento posterior y permitirán la anagnórisis. ¿Cuáles son esos objetos y para qué le sirve al autor el recurso de la anagnórisis?

4. ¿Cómo calificarías desde el punto de vista ético la forma de proceder de la princesa Elisena?

TEXTO 2

1. La ceremonia de la investidura caballeresca fue un verdadero ritual de acceso al grupo de los caballeros durante la Edad Media. La descripción de este evento en los textos caballerescos no siempre reproduce directamente las prácticas históricas. ¿Qué pasos tiene que seguir Palmerín hasta ser ordenado caballero? Intenta distinguir estos pasos comparando si te es posible con algunas investiduras históricas.

2. Según el texto, ¿puede ser ordenado caballero cualquier individuo o sólo aquellos que cumplan determinados requisitos?

3. Es habitual en el género caballeresco que cuando el protagonista va a recibir la orden de caballería acuda para la ocasión una doncella o un anciano llevando unas armas singulares fabricadas por un mago o una maga encantadora. Se trata de unos seres que, como conocen el futuro, se convierten muy pronto en auxiliares del héroe. ¿Sabes de algún mago donante o auxiliar que ponga sus conocimientos al servicio del protagonista de cualquier libro o película?

4. La ceremonia de la investidura poseía un gran valor simbólico, puesto que señalaba el paso a la edad adulta del adolescente. El joven deja atrás su existencia pasada y a través de un acto público se integra en un conjunto social superior para desempeñar un oficio. ¿Existen en la actualidad ritos similares al ordenamiento caballeresco? ¿Poseen la misma finalidad?

TEXTO 3

1. Cuando hay grandes batallas en estas obras, con mucha frecuencia los personajes se desafían y se retan a través de cartas en las que amenazan a sus contrarios, justifican la razón de su conducta o demandan una justa. Búscate un imaginario contrincante y envíale una carta de desafío, emplazándole a un utópico duelo más literario que sangriento.

TEXTO 4

1. No cabe duda de que la historia que narra el maestro Elisabad sobre el Endriago está llena de horrorosos crímenes. Intenta resumir los sucesos pecaminosos que se dan en la procreación del Endriago y aquellos que ocurren con posterioridad a su nacimiento.

2. La descripción del Endriago convierte a esta criatura en un ser diabólico y extraordinario. ¿A través de qué recursos literarios consigue el autor crear dicha imagen monstruosa?

3. Tanto Cervantes, autor, como don Quijote, personaje, conocían de la existencia del temible Endriago. Si bien en la geografía que se describe en las dos partes del Quijote no hay posibilidad de que aparezcan estos monstruos imaginarios, sí que hay algún episodio donde el protagonista quiere identificar su aventura como la que protagonizará Amadís de Gaula. Después de leer el capítulo 17 de la segunda parte de la novela, intenta buscar los elementos paródicos de la aventura de los leones.

TEXTO 5

1. El gran Patagón es una criatura híbrida (en su constitución hay una mezcla de rasgos o partes físicas de varios animales) como ocurre con el Endriago. Aparte de esta identidad, ¿encuentras otras similitudes entre ambos personajes en sus costumbres, comportamiento o en los lugares donde ambos habitan?

2. El Patagón es un ser asocial y muy peligroso para la estabilidad de los reinos, por eso el caballero protagonista lo mata. En los libros de caballerías tales individuos se describen de forma excepcional y maravillosa. Si tuvieras que hacer un retrato robot de un ser tan amenazador que viviese en nuestra época, ¿crees que sería posible utilizar unos rasgos tan fantásticos a la hora de elaborar su retrato?

3. Aunque te parezca sorprendente, el nombre de los patagones se convirtió en un topónimo con el que se bautizó un territorio sudamericano. Con el término «patagón» ocurrió algo similar a lo que le pasó al nombre la isla de las amazonas de las Sergas de Esplandián, California. ¿Cómo crees que estos topónimos literarios forman parte ya de la geografía sudamericana? ¿Quiénes pudieron ser responsables de este fenómeno?

TEXTO 6

1. La decisión de la infanta Florinda de tomar las armas caballerescas nos conduce hasta uno de los tipos más característicos del género: el de la mujer guerrera. En concreto, ¿cuáles son los motivos por los que la infanta elige el disfraz de caballero? ¿Cómo valorarías esta opción: como una locura o como una iniciativa heroica?

2. Junto a las mujeres jóvenes y hermosas que toman las armas por amor, encontramos en estos relatos a otras doncellas más exóticas de las que ya hablaban los escritores griegos: las amazonas, damas guerreras. ¿Podrías situar sobre un mapa de dónde procede este pueblo femenino?

TEXTO 7

1. El retiro de Amadís de Gaula a la Peña Pobre a causa del enfado de su señora Oriana significa uno de los instantes más dramáticos de la trayectoria vital y protagonista del caballero, el cual, tras perder el favor de su dama, sólo desea dejarse morir. Este mismo episodio servirá de modelo para la penitencia de don Quijote en Sierra Morena. Recurre a la célebre obra cervantina (en el capítulo 15 de la primera parte) para descubrir qué elementos del Amadís son reutilizados allí.

2. La postura de Amadís ante la conducta de su amada no es la misma que la del ermitaño que le asiste y le consuela. ¿Por cuál de las dos visiones de la mujer toma partido el narrador? ¿Se puede hablar de misoginia?

TEXTO 8

1. El caballero que protagoniza este fragmento del Lisuarte de Grecia sufre las mismas consecuencias que Amadís de Gaula sufrió a causa de una equivocación de su amada, que, movida por los celos, ya no quiere saber nada de él. Contrasta las reacciones de ambos caballeros ante su crisis sentimental y observa las posibles coincidencias.

2. Tanto Lisuarte como Amadís son víctimas de las iras de sus señoras, pero, a pesar de ello, son obedientes y leales. Jamás dudan de sus amadas y siempre las considerarán como sus diosas. Esta actitud ¿tiene algo que ver con el amor cortés?

TEXTO 9

1. Don Duardos toma el disfraz de hortelano para poder acceder hasta el lugar

donde habita Floriana. Si su nueva identidad le permite a Duardos—Julián intentar seducir a la infanta, su aparente condición social, se trataría de un simple campesino, supone un impedimento para lograr el éxito en su conquista. Las cosas cambian cuando Floriana descubre que don Duardos no es lo que parece ser. A partir de este instante, cuando no existe diferencia social alguna, la joven se muestra más receptiva a las súplicas de su enamorado. ¿Qué ocurre, sin embargo, cuando Duardos consigue culminar sus aspiraciones sexuales con su amada?

TEXTO 10

1. Al igual que ocurría en el texto anterior, para llegar hasta su amada, que vive apartada de los hombres, el caballero Agesilao se ha disfrazado de mujer y, transformado en Daraida, consigue intimar con su querida Diana. Ésta no se da cuenta al principio de la verdadera identidad de Daraida, pero, cuando la descubre, no puede ocultar su amor. Ahora bien, aunque ella también quiere a Agesilao-Daraida, ¿cuál es la principal preocupación que deriva de sus sentimientos? ¿A qué tiene miedo? Tradicionalmente, las protagonistas de estos relatos se debaten entre su pasión y su sentido del...

2. En muchos textos caballerescos son frecuentes las cartas de amor entre los protagonistas. En ellas se recogen ideas tópicas como que el amor provoca una herida, aprisiona la voluntad de los amantes que se quedan indefensos ante él, causa una doble sensación de dolor y alegría, ...En la carta que le dirige Daraida a Diana, ¿cuál es el recurso literario que predomina y utiliza Daraida para confesar sus sentimientos?

3. Se ha dicho que una de las más bellas cartas de amor de la literatura española es la que le escribe don Quijote, llamándose el Caballero de la Triste Figura, a Dulcinea del Toboso (1ª, 25). Compara esta epístola con la de Daraida y señala las principales diferencias que encuentres.

TEXTO 11

1. Urganda la Desconocida es una maga buena, que siempre ayuda a los caballeros del linaje de Amadís de Gaula. Entre sus muchos poderes está su habilidad para adoptar otras formas y convertirse, por ejemplo, en una serpiente. ¿Estos efectos prodigiosos a qué otros magos más modernos, literarios y cinematográficos, te recuerdan?

2. Los caballeros Lisuarte y Perión están casados en secreto con Onoloria y Gricileria. El compromiso de palabra que existe entre ellos les ha permitido tener relaciones sexuales anteriormente, fruto de las cuales ya hay una descendencia familiar oculta a los demás. Mientras los enamorados esperan al matrimonio público, siguen viéndose de noche, a escondidas, a través de un jardín... ¿En qué episodios de una gran obra dramática de la literatura castellana de finales del siglo xv aparecen todos estos elementos relativos a unos amores furtivos?

TEXTO 12

1. Tirante está muy enamorado de la princesa, pero su extremada timidez le impide conseguir sus objetivos. Con la ayuda de la doncella Placerdemivida, el caballero llega hasta la habitación de su amada. ¿Qué ocurre allí? Resúmelo brevemente.

2. ¿Observas algunos rasgos humorísticos en el episodio? ¿Qué te parece la actitud de Placerdemivida?

TEXTO 13

1. Las historias que se cuentan en los libros no tienen por qué coincidir con determinadas situaciones de la realidad del momento. Sin embargo, intenta informarte sobre cuál era la situación de las mujeres con respecto a los hombres en el siglo xvi. Luego intenta contrastarla con la actitud tan libertina de las hermosas jóvenes, huérfanas y ricas, que asaltan sexualmente a los caballeros en el castillo de Florecinta.

2. En el Quijote también podemos encontrarnos con alguna joven cuya intervención está relacionada con el motivo sexual. Localiza el episodio de don Quijote con Maritornes (1ª, 16) y compara la descripción y los objetivos de Florecinta con aquellos rasgos destacados en la presentación de la criada de la venta manchega de Palomeque.

TEXTO 14

1. El Castillo de las Poridades es un recinto fabuloso fabricado por una maga. Intenta hacer una breve descripción del lugar y de sus aspectos más sorprendentes.

2. Según los encantamientos realizados por la maga Zirfea en el castillo, las figuras de los difuntos reyes se comportan como verdaderos autómatas o estatuas parlantes que conocen los sentimientos más recónditos de cada personaje. Un buen tema de debate en el aula puede ser el siguiente: ¿consideras que la magia tiene poderes ocultos y superiores? ¿Confías en el lenguaje de los astros, en los horóscopos o en las propiedades milagrosas de las piedras o las hierbas, por ejemplo? ¿Son todas estas creencias falsas supersticiones?

TEXTO 15

1. En los libros de caballerías no suelen faltar increíbles medios de transporte en los que los caballeros viajan por mar o incluso se remontan por los aires. La extraordinaria embarcación en la que ahora viajarán los personajes posee rasgos naturales y otros rasgos artificiales. Intenta distinguir los principales atributos de esta nave.

2. También de este motivo se hace eco Cervantes en el Quijote. Aunque en el relato no hay naves maravillosas, sí que hay un vehículo que supuestamente vuela: Clavileño (2ª, 40-41). Como en los libros de caballerías, este invento posee asimismo una doble naturaleza animal y artificial. ¿Para qué utilizan este caballero de madera los duques?

TEXTO 16

1. El feo escudero Camilote ha sido propuesto como uno de los posibles modelos literarios utilizados por Cervantes para crear a don Quijote de la Mancha. En principio se trata de un individuo que tiene unas aspiraciones que los demás consideran ridículas. Consultando el primer capítulo de la primera parte del Quijote, tal vez podrías establecer varios paralelismos entre ambos personajes. Inténtalo.

TEXTO 17

1. A lo largo de la tercera parte del Florisel de Niquea los viejos Barbarán y Moncano son víctimas de los engaños de Fraudador en dos ocasiones. ¿En qué consiste la burla de la que son objeto en esta ocasión? Resúmela brevemente.

2. Barbarán y Moncano quedan como individuos ridículos al caer en la trampa de las jóvenes doncellas. ¿Por qué sus intenciones amorosas resultan cómicas?

3. En el Quijote, en el capítulo 43 de la primera parte, Cervantes escribió un episodio muy similar. Después de leerlo, comenta los elementos comunes y las diferencias entre ambos textos.

TEXTO 18

1. El humor de este episodio procede de la ruptura del horizonte de expectativas de la doncella que aspira a disfrutar de los amores del caballero. De algún modo podría decirse que se lleva un gran fiasco en su intento de seducción. ¿Qué rasgos cómicos observas en el desarrollo del texto?

TEXTO 19

1. Fraudador es un famoso ladrón de caballos en dos libros de caballerías. Sus engaños y sus burlas han llegado a ridiculizar a los propios héroes y protagonistas de tales historias. Si el oficio de los caballeros es el de castigar cualquier injusticia, ¿por qué don Rogel no castiga con más severidad a Fraudador? ¿Tiene que ver en esta actitud permisiva la intención humorística del autor?

TEXTO 20

1. ¿Por qué está loco el caballero del lago? ¿Su locura tiene las mismas causas que la de Alonso de Quijano? ¿Podrías señalar alguna similitud entre ambos personajes?

2. La conducta del caballero enloquecido da pie a la risa. Además, ¿puede existir una cierta parodia de determinadas convenciones amorosas?

TEXTO 21

1. Son muchos los libros de caballerías que terminan la historia anunciando nuevas aventuras o introduciendo a nuevos personajes de los que se pronostican grandes hazañas. ¿A qué crees que obedecen estas estrategias?

2. Una buena parte del género caballeresco está integrado por series o ciclos. Varios autores escriben sus relatos continuando otros textos anteriores. ¿Qué ventajas supones que tendría el hecho de continuar un modelo literario precedente?

3. También Cervantes siguió los pasos de los autores de libros de caballerías, y al final de la primera parte del Quijote dejó las puertas abiertas a una continuación posterior. Compara el final de esta parte, cap. 52, con el de la Segunda parte, cap. 74. Intenta explicar los posibles motivos por los que al final de la segunda entrega de su Quijote ya no sigue utilizando la misma estrategia del final abierto y Cervantes hace morir a su protagonista.

Actividades complementarias

1. Los libros de caballerías son tantos y tan diversos que no siempre ofrecen una única descripción de la figura del caballero. En los textos que se escriben, sobre todo, en las dos primeras décadas del siglo XVI es más fácil encontrarnos con la imagen del caballero cruzado. Uno de ellos es el protagonista de las Sergas de Esplandián de Garci Rodríguez de Montalvo. A continuación, rescatamos un fragmento de dicha obra en el cual Esplandián solicita al emperador de Roma ayuda para resistir en Constantinopla contra los ejércitos infieles del rey Armato.

Al muy alto emperador de Roma, Esplandián, siervo de Jesucristo, Caballero de

a) Después de leer el texto, ¿crees que está suficientemente justificada la guerra contra el paganismo? ¿Por qué? ¿Siguen manteniéndose vigentes algunas ideas de la guerra santa en determinados conflictos bélicos actuales?

b) Coincidiendo con la división del fragmento en dos párrafos, el autor utiliza el recurso de la antítesis para enfrentar dos grupos de ideas. Intenta realizar una clasificación de las mismas.

2. El tema de la guerra santa no sólo ocupó los folios de los libros de caballerías, sino que puede llegarnos a través de novelas históricas con la cruzada como uno de sus motivos centrales. Acto seguido, recogemos un fragmento perteneciente al relato La invasión de Amin Maalouf, donde se reproduce un episodio, relativo a las primeras cruzadas, de las luchas surgidas por razones religiosas entre cristianos y paganos, aunque desde un prisma distinto al reflejado en las Sergas de Esplandián.

Enardecidos, según parece, por su éxito, los occidentales reinciden dos semanas

a) A pesar de que al principio obtienen los cristianos la victoria, luego cambian los papeles. ¿Cuál crees tú que es el error que cometen sus huestes?

b) A diferencia del fragmento anterior, ahora se presenta a los cruzados desde un punto de vista poco idílico. ¿Cuáles son los rasgos más negativos de su descripción moral o etopeya?

c) Aunque este texto pertenece a una novela histórica y como tal narra unos hechos pasados, ¿en qué tiempo verbal se narran los sucesos? ¿Qué finalidad estilística persigue el narrador con esta forma verbal?

3. A partir de los textos de la selección se han presentado varias formas de entender la pasión amorosa. En unos casos hay actitudes más idealistas, otras veces conductas más realistas. En unas ocasiones el amor conduce a los personajes a la aventura, otras veces los lleva a la postración. ¿Podrías elaborar un esquema con las principales manifestaciones del amor o sus consecuencias?

4. Los libros de caballerías se consideran unas obras anticuadas por muchos. Sin embargo, son numerosos los aspectos que han pervivido en la literatura y en la cultura actual. Tal vez, son los elementos fantásticos, la presencia de objetos mágicos, lugares extraños, seres inverosímiles, magos, armas fabulosas, los que más atraen al lector contemporáneo. Sin ir más lejos, la famosa trilogía de El Señor de los Anillos de J.R.R. Tolkien presenta un universo extraordinario donde reaparecen los elementos citados. Si conoces esta obra te invitamos a buscar posibles semejanzas con los textos de la selección.

5. A modo de conclusión, no podemos olvidar que los libros de caballerías influyeron en las famosas peripecias de don Quijote de la Mancha. Este personaje literario sentía una profunda devoción por estas obras y por el mundo heroico de las aventuras caballerescas. Los gestos de don Quijote estaban determinados por su locura, pero en el fondo este personaje era un soñador e iba detrás de un ideal. A manera de balance de tu lectura, ¿qué elementos rescatarías

del ideal caballeresco plasmado en estas páginas? ¿Todavía podrían servir para crear un mundo mejor?

Glosario

Acaecer: suceder, producirse.

Ación: Correa de que prende el estribo en la silla de montar.

Adarga: escudo de cuero con forma ovalada o figura de corazón.

Aderezar: preparar, disponer, organizar.

Adolecer: enfermar, padecer muchos dolores.

Agriamente: con mucho dolor y pesar, de manera rigurosa.

Ahincadamente: con empeño e insistencia.

Alambre: los antiguos denominaban así al cobre y a sus dos aleaciones, el bronce y el latón.

Albo: blanco.

Amigo / Amiga: amante.

Animalia: animal.

Aportado: llegado a puerto.

Ardimiento: gran valor, denuedo, valentía; aquellos que lo poseen son los caballeros más valientes y esforzados.

Argüir: disputar, presentar pruebas que mostrarían la falsedad de lo dicho anteriormente.

Arrayán: planta que siempre se mantiene verde, de flor blanca, de aroma intenso y agradable; se destila dando lugar a perfumes que eran muy apreciados.

Arreo: sin interrupción.

Asaz: bastante; en ocasiones tiene el valor del superlativo ‘muy’; la expresión asaz de tiene el valor de ‘mucho’.

Atriaca: medicina; en realidad, una confección farmacéutica usada de antiguo y compuesta de muchos ingredientes y principalmente de opio, empleada para las mordeduras de animales venenosos.

Avenir: suceder.

Bollón: clavo de cabeza grande, normalmente dorado, que sirve de adorno.

Broncha: joya de piedras preciosas.

Cabe: junto a.

Cabo (de...): nuevamente.

Calafateada: se dice de lo que va bien cerrado, normalmente con betún, de ahí que se utilice sobre todo para los barcos.

Cámara: habitación, normalmente el aposento interior y retirado, donde regularmente se duerme.

Camisa: especie de camisón, que llevan tanto hombres como mujeres debajo de la ropa. Quedarse en camisa es sinónimo de quedarse desnudo.

Catar: mirar.

Capellina: pieza de la armadura que cubría la cabeza.

Caudón (alcaudón): pájaro carnívoro empleado en cetrería, con pico ganchudo y alas y cola negras, manchadas de blanco.

Cedo: pronto.

Celada: trampa.

Cercén: enteramente y en redondo.

Chirriado: chillido de los pájaros que no cantan armoniosamente.

Cimera: Parte superior del morrión, que se solía adornar con plumas y otras cosas, dentro de la armadura del caballero.

Clavellina: planta semejante al clavel común, pero de tallos, hojas y flores más pequeños.

Colegir: deducir.

Comarcar: lindar, confinar países o pueblos.

Comedirse: arreglarse.

Complimiento: provisión.

Consistorio: consejo.

Cormana: prima hermana.

Cuidar: pensar.

Curar: cuidar, preocuparse.

Damasco: tela fuerte de seda o lana y con dibujos formados con el tejido.

Dar seguro: asegurar a alguien que nadie le va atacar fuera de las leyes de la caballería.

Demanda: búsqueda, salida de los caballeros de su lugar en busca de un caballero, una dama, un objeto, una aventura... La más famosa es la «Demanda del santo grial».

Derrocado: caído.

Desabrimiento: disgusto o desazón interior.

Desacordado: sin sentido o fuera de su acuerdo.

Desacordadamente: sin acuerdo, sin cortesía.

Descombrado: terreno escampado, descubierto, sin malezas ni otras espesuras.

Descomedir: faltar al respeto.

Desemejado: desfigurado, fuera del orden de la naturaleza; feo, horrendo.

Desmallado: con las mallas de la loriga todas cortadas y destrozadas.

Desmesurada: fuera de medida.

Difamar: desacreditar a alguien.

Divisa: En el blasón vale señal, distintivo especial que el caballero, soldado o amante trae en su escudo, vestido o en otra parte, para manifestar los blasones de su casa, su profesión, sus pensamientos o sentimientos.

Dobler: talego, pequeña bolsa de viaje, donde se guarda, por ejemplo, el pan.

Don: regalo.

Embarazo: obstáculo o dificultad.

Empecer: dañar.

Ende (por...): por tanto.

Ensandecer: enloquecer.

Escarnecer: burlarse o mofarse de alguien.

Esclarecido: noble, ilustre y famoso entre todos los caballeros.

Escarnio: burla, deshonra.

Esfuerzo: valentía, una de las virtudes de los caballeros andantes, por la que consiguen superar mil aventuras.

Espirar: infundir el espíritu, se utiliza hablando de la inspiración del Espíritu Santo.

Esquiveza: de genio solitario y poco agradable, desdeñoso, áspero, huraño.

Faces: caras; también puede tomarse por mejillas.

Fuerza: agravio.

Fusta: embarcación.

Gaje: objeto que se entrega al adversario para indicar que se propone o se acepta un desafío normalmente se trata del guante.

Grifo: Animal fabuloso, que tiene la parte superior de águila y la inferior de león; entre sus características más usuales y repetidas se destaca la de alimentarse de carne humana.

Guarecer: socorrer, amparar a alguien de un peligro en que se encuentra.

Guisa: manera.

Hachas: antorchas.

Hacienda: se aplica, normalmente, a los hechos de armas.

Hallar menos: echar de menos alguna cosa o persona.

Harto: bastante, sobrado.

Hechura: forma y figura.

Hender: abrir o rajar un cuerpo sólido, partirlo en dos.

Hincar los hinojos: ponerse de rodillas.

Holganza: descanso, placer.

Holgar: alegrarse.

Hora de nona: una de las horas canónicas, la novena después de la salida del sol, lo que se corresponde, más o menos, a las tres de la tarde.

Hora tercera: una de las horas canónicas, la tercera después de salir el sol, lo que corresponde, más o menos, a las ocho de la mañana.

Jalde: color amarillo intenso.

Jaldado: de color amarillento.

Jarretar: cortar la parte alta y carnuda de la pantorrilla.

Lacerar: padecer. Laso: cansado. Ledo: contento.

Leonado: de color rubio oscuro.

Letra: composición poética con que los caballeros acompañaban sus armas en justas y torneos, y que explicaba —en un lenguaje cifrado— sus sentimientos e intenciones caballerescas.

Liviandad: lascivia, ligereza.

Loriga: armadura para defensa del cuerpo, hecha de láminas pequeñas e imbricadas, por lo común de acero.

Mano siniestra: mano izquierda.

Maravillado: asombrado, suspenso y admirado, normalmente por ser testigo de algo sobrenatural o extraordinario.

Mediodía: sur.

Membrudo: robusto de cuerpo.

Nonada: cosa insignificante.

Ora: ya; sirve para distinguir las cláusulas y para señalar perfectamente las acciones y objetos.

Osadas (a...): atrevidamente, osadamente.

Palafrén: caballo manso, normalmente se utiliza como cabalgadura de mujeres, o para los desfiles en días de fiesta.

Paramento: adorno o ropa con que se cubre una cosa.

Parar mientes: considerar o meditar una cosa con atención.

Pelote: pellote, prenda de vestir rústica, realizada con pieles de animales.

Pez: mineral semejante al asfalto.

Ponzoña: veneno; por extensión, cualquier sustancia que atenta contra la salud o contra la vida.

Porfiar: insistir.

Poridad: lo que se tiene reservado y oculto.

Poyo: banco de piedra, yeso u otra materia que se coloca arrimado a las paredes.

Postrimero: último.

Premia: dificultad, pero también urgencia, insistencia.

Prez: honor que se gana después de superar una acción heroica.

Priesa: peligro, aprieto.

Prieto: color muy oscuro que casi no se distingue del negro.

Prima noche: primero de los cuartos en que para los centinelas se dividía la noche, y comprendía desde las ocho a las once.

Prosapia: ascendencia, linaje.

Rabino: sabio judío.

Raigón: raíz.

Regañar: formar cierto sonido en demostración de saña y mostrando los dientes.

Rejón: hierro que se pone en el cerco de las puertas.

Reputado: reconocido.

Requerir: solicitar, persuadir.

Retraerse: retirarse, refugiarse.

Revesar: vomitar, volver al revés.

Rótulo: cartel que se fija en un lugar público para dar noticia o aviso de alguna cosa.

Rubí carbúncul: el carbunclo es una piedra preciosa muy parecida al rubí, por lo que en la actualidad se toman como sinónimo. Es piedra preciosa de mucho valor.

Sandio: loco, necio o simple. Sazón: tiempo, momento. Semejar: parecer.

Sufrirse: aguantar, tener paciencia.

Superbo: soberbio.

Sus: voz utilizada para infundir ánimo, excitando a ejecutar con vigor una cosa.

Tabardo: otra prenda rústica, propia de pastores; se trata de una casaca grande, con las mangas anchas, confeccionado con paños toscos, o con lana gruesa.

Tabernáculo: sagrario donde se custodia el Santo Sacramento.

Tela: sitio cerrado, preparado para las justas.

Templar: enfriar.

Tirar afuera: apartarse, alejarse.

Tirar delante: alejarse.

Tocado: adornos con que las mujeres adornan su cabello.

Tocón: parte del tronco de un árbol que queda unida a la raíz cuando lo cortan por el pie.

Traílla: correa con que se lleva atado al perro a las cacerías.

Tributario: Obligado a pagar un tributo a alguien, de cuya autoridad y poder depende.

Trocar: cambiar, permutar.

Tullido: paralizado, fuera de sentido.

Vado: lugar poco profundo y firme de un río por donde se puede pasar a pie o cabalgando.

Val: apócope de «valer, ayudar».

Veleta: cinta o banderola de la lanza de los lanceros de caballería.

Veros: en el blasón, son unas figuras, como copas, o vasos de vidrio, representándose en las armerías en forma de campanitas, o sombrerillos pequeños, que son siempre de plata, y azul.

Vía: camino.

Vicioso: alegre, feliz, placentero.

Vísperas: el oficio de vísperas, hora canónica que se corresponde con el final del día; consta de un himno, dos salmos, un cántico del Antiguo o del Nuevo Testamento, una lectura corta de la Biblia, el Magnificat de la Santísima Virgen, responsorios, intercesiones, el Padrenuestro y una oración conclusiva.

Zaguera: parte posterior de una cosa.

Don Floriſel de Niquea.

SEGVNDO LIBRO

De la quarta parte de la Choronica del excelentiſsimo Principe don Floriſel de Niquea.

Portada de Cuarta parte de la Florisel de Niquea, de Feliciano de Silva.

Zaragoza, Pierres de la Floresta, 1568.

Bibliografía

Duby, Georges: El siglo de los caballeros, Madrid, Alianza Editorial, 1995. Interesante estudio sobre los orígenes de la caballería histórica a partir de una biografía novelada. Siguiendo esta línea evolutiva se considera la infancia y la educación del caballero en el castillo, se alude a la ceremonia de investidura, los torneos y las cruzadas. Mientras acompañamos al caballero a su matrimonio final, el texto nos informa también de las nuevas técnicas militares y de las armas y máquinas bélicas.

García Gual, Carlos: Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda, Madrid, Alianza Editorial, 1984. Este libro ofrece un interesante y ameno recorrido por la historia del mito artúrico desde sus orígenes hasta sus distintas ramificaciones literarias más allá de la Edad Media. Su autor nos acerca al universo artúrico mediante resúmenes argumentales de varios relatos y explicaciones y referencias folclóricas, históricas y literarias.

Libros de caballerías castellanos: una antología, ed. de Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Barcelona, DeBolsillo, 2004. Como su título indica, nos ofrece una escogida selección de textos caballerescos, ordenados en función de los motivos temáticos dominantes en los libros de caballerías. Todo ello se acompaña de una introducción que sirve para contextualizar este género en su marco histórico y literario, ofreciendo, además, una rica información bibliográfica y unas propuestas de trabajo y de comentario de textos.

Lucía Megías, José Manuel: De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote», Madrid, Ediciones Sial (Premio de Ensayo Sial), 2003. Caracterización del género literario de los libros de caballerías como género editorial. Tras el establecimiento y clasificación de las principales líneas de evolución de estas obras, se consideran algunos aspectos singulares del género a partir del análisis de algunos textos hasta llegar a las páginas del Quijote, un libro que se señala como una nueva variante de libro de caballerías humorístico. Destacan, asimismo, las informaciones suministradas sobre el mundo de la imprenta y la difusión manuscrita de diversos textos. Aquí pueden encontrarse

todas las referencias bibliográficas de las ediciones modernas que se han realizado de libros de caballerías.

Pastoureau, Michel: La vida cotidiana de los caballeros de la Tabla Redonda, Madrid, Temas de Hoy, 1990. A mitad de camino entre el estudio histórico y literario esta obra nos acerca al mundo de la caballería desde un amplio enfoque descriptivo. Se comentan las costumbres militares del caballero (guerras, torneos), pero también se habla de sus aficiones, de su forma de vestir, de la vida en el castillo, de las ansias amorosas de unos caballeros que igual se detienen en los refinamientos del amor cortés como viajan a reinos lejanos o buscan ese maravilloso Grial.

Sales Dasí, Emilio José: La aventura caballeresca: epopeya y maravillas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004. Estudio de carácter divulgativo en el que se presenta el género caballeresco a través de sus personajes principales y secundarios (héroes y antagonistas), de la descripción de los escenarios geográficos más característicos o del comentario de algunos tópicos característicos de tales libros como los falsos cronistas, los manuscritos hallados, etc. Incorpora una breve selección de textos y un apartado de orientación bibliográfica y lectora.

A todas aquellas personas interesadas en la literatura caballeresca, les remitimos a la siguiente dirección electrónica:

http://www.centroestudioscervantinos.es,

donde podrán obtener información de las dos colecciones editoriales que están cambiando el panorama de los libros de caballerías, al dar a conocer los textos y sus contenidos: Los libros de Rocinante (ediciones de textos) y las Guías de lectura caballeresca (herramientas para adentrarse cómodamente a su contenido).

Nuestra edición

La presente selección de textos se ha elaborado pensando en un acercamiento de los jóvenes lectores a la literatura caballeresca del siglo xvi, una serie de textos que pudo haber leído un hidalgo como Alonso Quijano o un caballero andante como Don Quijote de la Mancha. La selección que hemos realizado entre los más de 70 textos caballerescos que se difundieron desde finales del siglo xv hasta las primeras década del XVII ha seguido un único criterio: ayudar al lector a conocer los aspectos más atractivos de este género, organizándolos en un orden temático que empieza por las aventuras caballerescas, contempla el motivo amoroso, da entrada a los elementos maravillosos y termina incidiendo en la comicidad de tales obras, inspiración para el libro de caballerías que escribió Miguel de Cervantes, al que tituló Don Quijote de la Mancha.

A fin de facilitar su lectura, se ha optado por la actualización de la ortografía, prescindiendo de rasgos propios de los escritos del XVI (como la alternancia de f/h, b/v, i/y, etc.). En este mismo sentido, se han modernizado determinadas formas verbales desusadas en la actualidad o se ha redistribuido la posición de los personales átonos. A su vez, se respeta la peculiar sintaxis de estos textos renacentistas y se mantienen determinados vocablos que por ser poco habituales hoy en día aparecen anotados a pie de página. Finalmente, se ha regularizado la puntuación y acentuamos según las normas vigentes. Todas las modificaciones aludidas se han realizado, siempre que ha sido posible, a partir de las primeras ediciones de los textos seleccionados, alguno de los cuales se difundió de manera manuscrita, y que, cronológicamente, son las siguientes:

Garci Rodríguez de Montalvo, Amadís de Gaula, Zaragoza, Jorge Coci, 1508.

Garci Rodríguez de Montalvo, Sergas de Esplandián, Las, Toledo, Juan de Villaquirán, [1510] 1521.

¿Francisco Vázquez?, Palmerín de Olivia, Salamanca, Juan de Porras, [1511].

Tirante el Blanco, Valladolid, Diego de Gumiel, 1511.

¿Francisco Vázquez?, Primaleón, Salamanca, Juan de Porras, 1512.

Feliciano de Silva, Lisuarte de Grecia, Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, [1514] 1525.

Álvaro de Castro, Clarián de Landanís, libro II, Toledo, Juan de Villaquirán, 1522.

Feliciano de Silva, Amadís de Grecia, Cuenca, Cristóbal Francés, 1530.

Feliciano de Silva, Primera y segunda parte del Florisel de Niquea, Valladolid, Nicolas Tierri, 1532.

Francisco de Enciso Zárate, Platir, Valladolid, Nicolas Tierri, 1533.

Feliciano de Silva, Tercera parte del Florisel de Niquea, Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, [1535] 1546.

Anónimo, Baldo, Sevilla, Dominico de Robertis, 1542.

Bernardo de Vargas, Cirongilio de Tracia, Sevilla, Jacome Cromberger, 1545.

Pedro de Luján, Silves de la Selva, Sevilla, Dominico de Robertis, 1546.
Jerónimo Fernández, Belianís de Grecia, libro II, Burgos, Martín Muñoz, 1547.

Feliciano de Silva, Cuarta parte del Florisel de Niquea, Salamanca, Andrés de Portonaris, 1551.

Diego Ortúñez de Calahorra, Primera parte del Espejo de príncipes y caballeros, Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555.

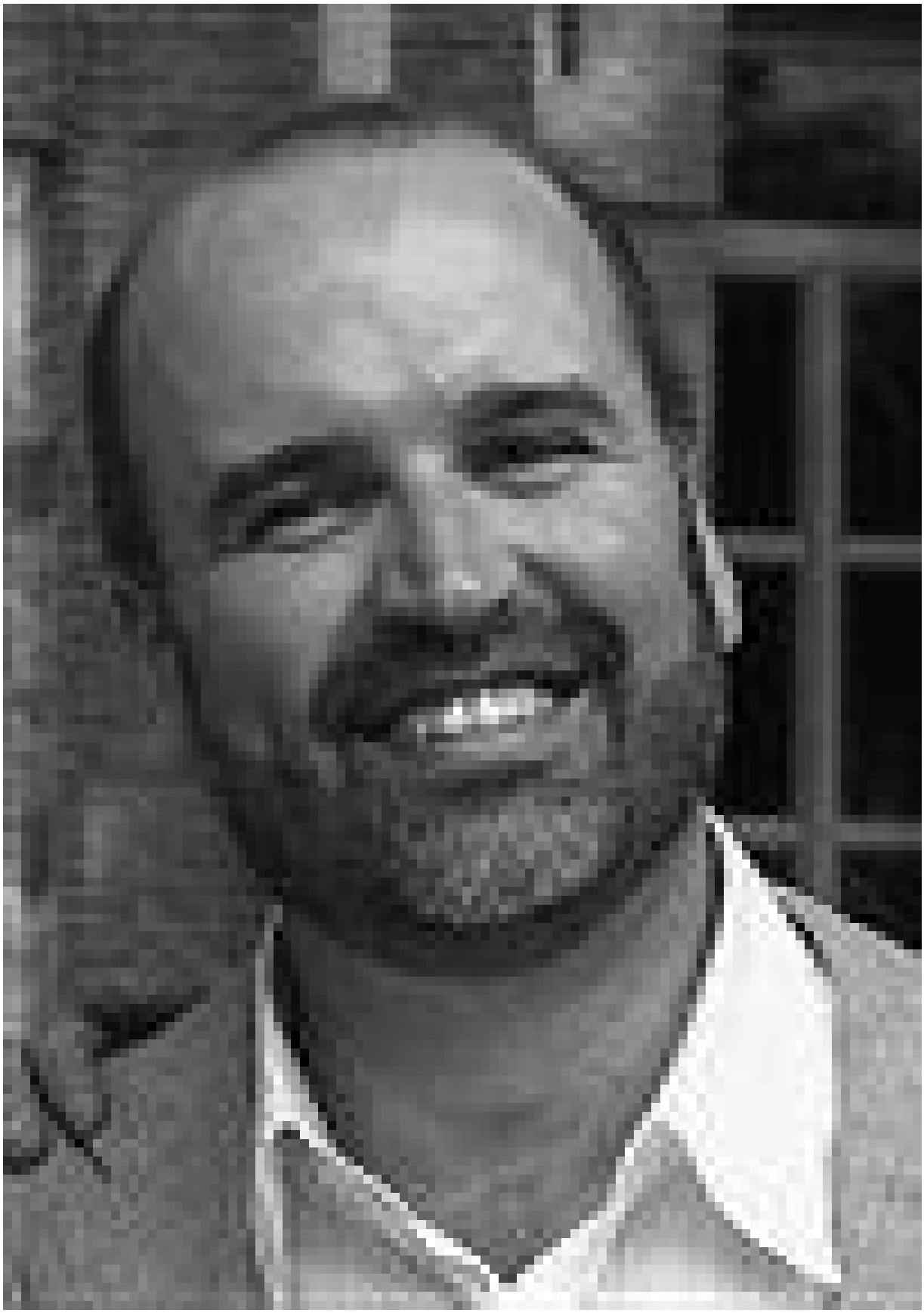
Leon Flos de Tracia, ms. siglo XVI.

Cada uno de los fragmentos va encabezado por un pequeño comentario que sitúe al lector en los antecedentes y características más sobresalientes de la aventura que se narrará a continuación. En muchos casos, los libros de caballerías basan su estructura en el entrelazamiento: la narración de varios episodios de manera simultánea —como si fuera una trenza, de ahí su nombre—, con lo que se hace necesario dejar sin terminar uno para comenzar con otro, y así con el siguiente. De este modo, las referencias internas se hacen cada vez más habituales y una misma aventura puede haberse narrado en varios capítulos diferentes. En nuestra selección, se ha optado por ofrecer las narraciones completas de las aventuras o episodios seleccionados, para que el lector tenga en el libro toda la información pertinente para el conocimiento y el disfrute de este género, tantas veces citado y tan pocas conocido.

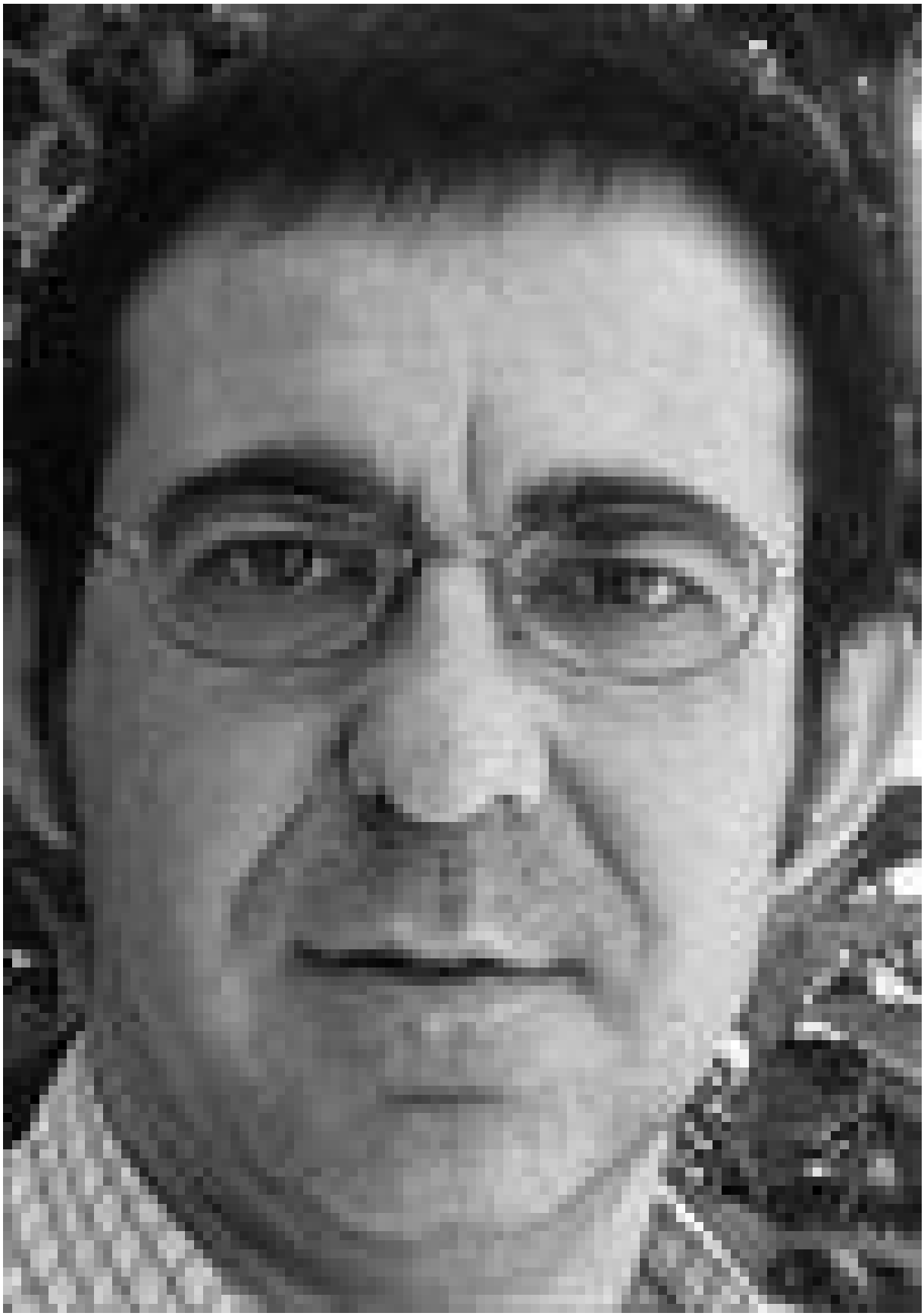
Por otro lado, los textos se acompañan de dos tipos de notas: por un lado, las explicativas, que vienen a presentar, a grandes rasgos, los personajes caballerescos que aparecen, lo que permitirá (eso esperamos) que el lector pueda comprender mejor los fragmentos seleccionados; y, por otro, una serie de notas léxicas, que explican expresiones o palabras que no son habituales en el uso actual del español. Un glosario final complementa estas notas, en especial, para

el caso de palabras y expresiones que aparecen de manera continua en los libros de caballerías castellanos.

Prepararon esta edición



José Manuel Lucía Megías es profesor de Filología Románica de la Universidad Complutense de Madrid y Coordinador Académico del Centro de Estudios Cervantinos. Es el director, junto a Carlos Alvar, de dos colecciones editoriales alrededor de los libros de caballerías: “Libros de Rocinante” (edición de textos) y “Guías de lectura caballeresca”. Con Carlos Alvar publicó una Antología de libros de caballerías (Barcelona, 2004). Es autor de decenas de artículos sobre el género caballeresco, publicados en las revistas más prestigiosas. En el año 2003 ganó el Premio de Ensayo Sial con su monografía De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote». Junto a Emilio Sales Dasí, trabaja en un estudio completo sobre los personajes secundarios dentro de los libros de caballerías castellanos.



Emilio José Sales Dasí es Profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES. Tavernes Blanques (Valencia) y Doctor en Literatura Española. Ha publicado estudios como De Narnia a Hogwarts: magia, religión y fenómeno mediático (Laberinto, 2006), La aventura caballeresca: epopeya y maravillas (CEC, 2004), ediciones como la Antología del ciclo de Amadís de Gaula (CEC, [2006]) y Feliciano de Silva, Lisuarte de Grecia (CEC, 2002), así como varias "Guías de Lectura caballerescas" en la misma institución. Colaborador en el proyecto de la Gran Enciclopedia Cervantina, y autor de diversos artículos sobre el Amadís de Gaula y sus continuaciones, el Tirant lo Blanch, el Rosián de Castilla, el influjo de la materia troyana en los libros de caballerías, el análisis de personajes típicos de este género o La Celestina. De próxima aparición es su ensayo De los libros de caballerías a Blasco Ibáñez: la literatura caballeresca en Valencia.

Índice

Presentación

LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS

1 De las extrañas circunstancias que rodearon el nacimiento de Amadís de Gaula con otros hechos dignos de memoria

2 De cómo Palmerín de Olivia es armado caballero para dar fin a la espantable Aventura de la Serpiente

3 De cómo el Gran Soldán envía una carta de desafío al Gran Tártaro para concertar la batalla de sus ejércitos

4 De cómo el maestro Elisabad le cuenta a Amadís de Gaula (transformado en el Caballero del Enano) el origen del monstruo endiablado conocido como Endriago

5 De cómo Primaleón, conocida la residencia del monstruo Patagón, no cesa hasta encontrarle y matarle

6 De cómo la infanta Florinda tomó armas de caballero para liberar al rey de Lacedemonia y a su amado Platir de la cueva encantada de Peliandos

7 De cómo Amadís de Gaula se aleja del mundo en la Peña Pobre, convertido en Beltenebros, porque ya no quiere vivir si su amada no le corresponde

8 De cómo Onoloria, muerta de celos por unos comentarios, escribe una carta de desamor a Lisuarte, quien decide abandonar sus armas y su identidad, y perderse en el bosque a lamentarse del amor

9 De cómo don Duardos, disfrazado del hortelano Julián para estar más cerca de su amada Flérida, consigue verla todos los días, y de cómo una noche alcanza la mayor gloria, con otros discursos dignos de memoria.

10 De cómo la doncella Daraida, que en realidad es el príncipe Agesilao disfrazado de mujer, envía una carta de amor a Diana, y de la gustosa y placentera conversación que la princesa sostuvo con Lardenia, que termina con la confesión de su amor.

11 De metamorfosis mágicas y secretos encuentros nocturnos.

12 De cómo Tirante el Blanco consiguió el bien más preciado de Carmesina, gracias a la ayuda de Placerdemivida.

13 De cómo Belamir y Albasilvio triunfaron en sus respectivos combates amorosos en el castillo de Florecinta, en donde no quedó claro quién fue el vencido y quién el vencedor.

14 De una extraña aventura que a la corte del Emperador vino de una princesa con un Castillo.

15 De la conversión de los magos Zirfeno y Zirena y la aparición de una nave fabulosa.

16 De cómo Camilote llega a la corte de Constantinopla para ser armado caballero, por amor de su dama Maimonda, y de las curiosas y divertidas palabras que en el jardín de la infanta Flérida se oyeron.

17 De cómo dos caballeros ancianos, Moncano y Barbarán, son engañados por dos doncellas y pasan la noche colgados de un muro, como los salvajes de un escudo nobiliario.

18 De cómo el amor y el desamor puede convertirse en objeto de burla y de entretenimiento, y de los tormentos nocturnos de la doncella que se quedó con León Flos de Tracia.

19 De la aventura del burlador burlado.

20 De lo que al príncipe Zaír aconteció con un caballero Loco.

21 De cómo el gigante Bramarante se enfrenta contra varios caballeros griegos, entre ellos el Caballero del Febo, y de cómo queda en suspenso el combate en espera de una continuación.

Propuesta de actividades

Actividades complementarias

Glosario

Bibliografía

Nuestra edición

Prepararon esta edición

Notas

Notas

---

[1] en aquella sazón: en aquel tiempo.

[2] en ninguna guisa: de ninguna manera.

[3] Floyan: tribuno o general romano al que en la tradición artúrica se le conoce por el nombre de Frole. Tiene a su cargo la Galia y, cuando es asediado en París por el rey Arturo, le pide a su rival un combate singular para dirimir la suerte del conflicto. Al final muere a manos de Arturo.

[4] Lisuarte: rey de la Gran Bretaña, padre de Oriana y futuro suegro de Amadís de Gaula.

[5] La cronología del relato sitúa la historia con anterioridad al reinado del rey Arturo.

[6] Hasta el siglo xvii se mantiene en vigencia la institución del matrimonio secreto, por la cual, dos enamorados, aun sin testigos, pueden jurarse en matrimonio, y este juramento tiene validez jurídica, como si se hubiera realizado ante un representante de la justicia (tal y como hoy se hace en las bodas civiles o eclesiásticas). El hecho de no necesitar testigos, abrió, en muchos casos, la puerta al engaño, que el amante, después de haber consumado el matrimonio, se desdecía de su palabra. A las mujeres sólo les quedaba acudir a los juzgados para conseguir una indemnización económica, aunque esta denuncia también hacía pública su deshonra, al haber perdido la virginidad antes del matrimonio. En los textos caballerescos el motivo de la boda secreta o de palabra suele retrasar la celebración del matrimonio público al final feliz de los relatos.

[7] holganza: descanso.

[8] Darioleta: doncella de Elisena, su confidente.

[9] cámara: habitación, normalmente el aposento interior y retirado, donde regularmente se duerme. El hecho de que posea una bóveda, como se indica posteriormente, nos indica su riqueza y grandeza, ya que las bóvedas se utilizan

sobre todo para la construcción de iglesias y de edificios suntuosos.

[10] holgar: descansar, alegrarse, divertirse.

[11] curar: cuidar, preocuparse.

[12] priesa: peligro, aprieto.

[13] tirar delante: alejarse.

[14] guarecer: socorrer, amparar a alguien de un peligro en que se encuentra; en este caso, la muerte segura por haber nacido fuera del matrimonio (así como también la muerte de la madre por ser adúltera).

[15] Según el modelo narrativo instaurado por el Amadís de Gaula, que se seguirá utilizando en diversos textos caballerescos, tiene una importancia crucial la genealogía del caballero. A diferencia de lo que ocurre, un siglo después con el Quijote, los relatos no empiezan «in media res», sino que se alude a los ascendientes del protagonista, a los sucesos que preceden a su procreación o a aspectos como que el héroe es bautizado con el nombre que designan sus mayores. Todos estos elementos (o incluso esos objetos reconocedores que deposita Darioleta en el arca y que pertenecen a Perión) poseen tanta importancia porque el caballero debe hacerse merecedor a su linaje, intentando superar las gestas de sus antepasados, a los que siempre está vinculado de forma explícita. Todo ello no será relevante en el caso de Alonso y Quijano, quien no parece contar con una tradición familiar caballeresca y quien, además, tiene que bautizarse él mismo a una edad madura como don Quijote de la Mancha.

[16] Se refiere el narrador al primer encuentro nocturno entre Perión y Elisena, en el cual el rey da su palabra de matrimonio a la infanta, jurando sobre su espada.

[17] hallar menos: echar de menos alguna cosa o persona.

[18] calafateada: se dice de lo que va bien cerrado, normalmente con betún, de ahí que se utilice sobre todo para los barcos.

[19] El inicio de la andadura de Amadís de Gaula por el mundo se ha imaginado siguiendo el patrón de otro héroe que va a salvar la vida en circunstancias similares: Moisés. Relaciones similares con episodios bíblicos o legendarios

antiguos reaparecerán en el mismo libro con motivo del nacimiento de Esplandián, futuro hijo de Amadís, el cual será amamantado con la leche de unos animales, del mismo modo que ocurría con Rómulo y Remo.

[20] acaeció: suceder, producirse.

[21] vía: camino.

[22] De este modo, Amadís de Gaula y Gandalín se convertirán en hermanos de leche, una relación que va más allá de compartir juegos y vivencias, y que es para toda la vida. En ocasiones este lazo está por encima del sanguíneo. Otras veces la simple crianza del héroe con otro niño será un factor decisivo para que el futuro caballero pueda disponer fácilmente de escudero al que le une más que una amistad, tal y como le pasará a Esplandián, hijo de Amadís de Gaula, con Sargil, junto al cual creció y fue educado por el ermitaño Nasciano.

[23] Al igual que ocurre con Amadís de Gaula, también Palmerín es separado muy pronto de sus padres. Al poco de nacer su madre, la princesa Griana, se lo entrega al doncel Cardín, el cual lo abandona debajo de una palma en la montaña de Olivia. Recogido por el colmenero Geraldo, Palmerín desconoce su verdadera identidad. Sin embargo, poco a poco las circunstancias propician su acercamiento a los ascendientes. Así, del mismo modo que Amadís fue investido caballero por su propio padre Perión de Gaula, Palmerín lo será del príncipe Florendos de Macedonia, su progenitor, sin saber del parentesco que le une a él.

[24] hacienda: se aplica, normalmente, a los hechos de armas.

[25] Se refiere Florendos a su participación en la defensa de Constantinopla ante el ataque de los moros, episodio en el que sobresale matando a Guamezir.

[26] ardimiento: gran valor, denuedo; aquellos que lo poseen son los caballeros más valientes y esforzados.

[27] Frinato: primo de Florendos.

[28] loriga: armadura para defensa del cuerpo, hecha de láminas pequeñas e imbricadas, por lo común de acero.

[29] Arismena: hija del rey Primaleón y hermana de Florendos.

[30] Palmerín se cría entre villanos, pero durante varias noches sueña con una doncella que le incita a abandonar su existencia presente y a acometer empresas más acordes a su verdadera condición. Esta doncella, que le ofrece pistas sobre su linaje, tiene en la mano izquierda un lunar como el que figura en la parte diestra de la cara de Palmerín (y curiosamente, la misma marca corporal que se busca don Quijote de la Mancha, a instancias de Dorotea, en su hombro izquierdo [1ª, xxx]). Más tarde sabremos que esta doncella se llama Polinarda. Aunque las hadas de la isla de Carderia encantarán al caballero para que se enamore de la princesa cuando la vea por primera vez, la pasión amorosa ya ha arraigado en la mente de Palmerín, como él mismo confesará más abajo, después de haberla visto en sueños.

[31] don: regalo.

[32] Es el sabio Adrián quien le envía a Palmerín el escudo y el yelmo, esperando que el caballero le ayude posteriormente a salvar a su hijo Diardo y a su enamorada Cardonia, acusados de traición por el conde Domarco.

[33] Es costumbre en la época, heredada de la Antigüedad y de la Edad Media, que a los mensajeros portadores de buenas noticias se les recompensara con regalos y presentes, como un medio de compartir la alegría que las noticias habían causado.

¡Albricias, albricias! era el grito con que el mensajero anunciaba su llegada portando buenas noticias y solicitando galardón por ellas.

[34] complimiento de armas provisión de armas.

[35] Se aprecian aquí varios de los gestos rituales de la ceremonia de la investidura, a través de la cual un caballero pasa a formar parte de la caballería: el golpe con la espada, el beso ritual. En otros libros de caballerías, como en el propio Quijote, este ritual se describe con todo lujo de detalles: la vela de las armas la noche anterior, la misa solemne y procesión, la llegada de princesas y hermosas doncellas con las armaduras del nuevo caballero… en el caso del Quijote, este ritual, lleno de símbolos religiosos, es conocido por el ventero y por Doña Molinera y Doña Tolosa, pero en sus manos se convierte en objeto de mofa y de risa. Nótese además que donde Palmerín recibe unas armas extraordinarias de un mago auxiliar, aquellas que lleva don Quijote están viejas y pertenecen a sus antepasados, hecho que tiende a reforzar el efecto paródico.

[36] La vergüenza, entendida como estimación de la propia honra y como una obligación con respecto a la herencia y el buen nombre recibido de los antepasados, es uno de los valores básicos que rigen la conducta del caballero, el cual no podrá manchar con sus actos la buena reputación propia y familiar.

[37] La pasión amorosa parece surgir en Palmerín no por la visión directa de una mujer ni después de oír sus excelencias. Previamente el personaje ha soñado varias veces con esa enigmática doncella que se corresponde con aquella cuya mano figura en su escudo.

[38] Ariobarzano: príncipe de Tartaria, hijo del Gran Tártaro. Inicialmente es adversario de Belianís de Grecia, con quien compite por el amor de Florisbella, hija del Soldán de Babilonia. Más tarde, será compañero de Belianís en algunas aventuras.

[39] real: campamento donde se asienta un ejército y, especialmente, donde está la tienda de su rey o líder militar.

[40] Contumeliano: príncipe de Fenicia, amigo y aliado de Belianís de Grecia.

[41] te intitulas: te nombras, te señalas.

[42] desabrimiento: disgusto o desazón interior.

[43] esclarecido: noble, ilustre y famoso entre todos los caballeros.

[44] Mitridano: príncipe troyano, hijo del rey Astorildo.

[45] descomedir: faltar al respeto.

[46] cedo: pronto.

[47] gaje: objeto que se entrega al adversario para indicar que se propone o se acepta un desafío; normalmente se trata del guante, aunque en este caso se trate de una daga.

[48] Silfeno: mago y sabio en cuyo castillo se educará posteriormente el propio hijo de Belianís, Belflorán. Aparte de sus conocimientos mágicos y su papel como consejero, comparte con otros encantadores su familiaridad con el arte de la escritura. En este caso no actúa tanto como ficticio cronista, sino que se limita

a redactar una misiva.

[49] prosapia: ascendencia, linaje.

[50] consistorio: consejo.

[51] Nótese la presencia de los hijos del mítico rey troyano Príamo resucitados por el autor.

[52] Se refiere a Elisabad, maestro, médico, consejero de Esplandián y cronista de las hazañas del caballero.

[53] Tanto el sobrenombre de Caballero del Enano como aquel de Caballero de la Verde Espada se corresponden con el personaje de Amadís de Gaula. El primero alude al hecho de que Amadís viaja a veces acompañado del enano Ardián; en el segundo caso, la Verde Espada es el objeto que el caballo consiguió tras superar la prueba que planteaba el escudero Macandón. El cambio de nombre de los caballeros andantes («polionomasia»), después de haber superado una aventura o adquirido un nuevo objeto o acompañante es habitual en los libros de caballerías; como recurso narrativo resulta muy eficiente, ya que permite aumentar el número de los caballeros protagonistas sin tener que incorporar nuevos personajes, no siempre de fácil justificación. Cervantes utilizó también este tópico caballeresco en su Quijote, tanto en el caso del caballero protagonista (Caballero de la Triste Figura, Caballero del León) como para nombrar al Bachiller Sansón Carrasco, cuando se disfraza de caballero andante: Caballero del Bosque, Caballero de los Espejos o Caballero de la Blanca Luna.

[54] aportado: llegado a puerto.

[55] esquiveza: de genio solitario y poco agradable, desdeñoso, áspero, huraño.

[56] tributarios: quedan, por tanto, sus vecinos bajo su autoridad y poder, ya que le tienen que pagar un tributo.

[57] comarcaban: confinaban junto a él, que eran sus vecinos.

[58] postrimero: último.

[59] a qué tiraba: hacia dónde se inclinaba.

[60] animalia: animal.

[61] pez: mineral semejante al asfalto.

[62] empecer: dañar.

[63] hechura: forma y figura.

[64] maravillado: asombrado, suspenso y admirado, normalmente por ser testigo de algo sobrenatural o extraordinario.

[65] adolecer: enfermar, padecer muchos dolores.

[66] jaldado: de color amarillento.

[67] ponzoña: veneno; por extensión, cualquier sustancia que atenta contra la salud o contra la vida.

[68] espirar: infundir el espíritu, «lo que propiamente se dice del Espíritu Divino y sus soberanos influjos en animar y vivificar y mover las almas».

[69] premia: dificultad.

[70] desemejada: desfigurada, fuera del orden de la naturaleza.

[71] grifo: animal fabuloso, que tiene la parte superior de águila y la inferior de león; entre sus características más usuales y repetidas se destaca la de alimentarse de carne humana.

[72] cata: mira.

[73] de él cure: cuide de él.

[74] hendió: rompió.

[75] Primaleón: hijo de Palmerín de Oliva y de Polinarda, uno de los más valientes y esforzados de todos los caballeros andantes de la literatura caballeresca.

[76] Torques: hijo del rey Tomán de Rumata.

[77] Palantín: hijo del señor de la isla donde habita el Patagón.

[78] viciosos: alegres, felices, placenteros.

[79] dos leones de traílla: el gigante Patagón trae dos leones con correa, como si fueran dos perros.

[80] Purente: hijo del Caballero de la Isla Cerrada y escudero de Primaleón.

[81] ledo: contento.

[82] Don Duardos: hijo del rey Fadrique de Inglaterra. Comparte con Primaleón el protagonismo de la obra, dando lugar a una compleja estructura de entrelazamientos de historias, episodios y aventuras que pocos autores de libros de caballerías han sido capaces de igualar.

[83] Gatarú: gigante y señor de la isla Cíntara. Actúa hostilmente contra Primaleón, pero, tras ser derrotado por don Duardos, cambiará de actitud y será aliado del emperador griego.

[84] hendió: cortó.

[85] tullido: paralizado, fuera de sentido.

[86] regañando: formando cierto sonido en demostración de saña y mostrando los dientes.

[87] Gridonia: hija de la Duquesa de Ormedes. Su belleza es excepcional, por lo que muchos serán sus pretendientes, aunque su caballero es Primaleón.

[88] Peliandos: tras llevarse consigo a una doncella de la corte del Rey de Bohemia contra la voluntad de los parientes de la joven, y después de que el hijo de este caballero haya sido muerto por dos hermanos de la doncella, Peliandos se ha refugiado en las montañas con su amiga. Tiene por costumbre capturar a los caballeros que pasan por el lugar hasta dar con aquellos dos hermanos que mataron a su hijo.

[89] Florinda: hija del rey Tarnaes de Lacedemonia.

[90] El rey Tarnaes también queda prisionero en la cueva encantada de

Peliandos.

[91] holgó: se alegró.

[92] Platir: hijo de Primaleón y Gridonia; protagonista del tercer (y último) libro del ciclo de Palmerín de Olivia.

[93] cuidaría: pensaría.

[94] Vernao: hijo de emperador Trineo.

[95] Triola: amiga de Florinda, cuyos amores con Platir encubre. También ella está enamorada de Vernao.

[96] Filadelfo: sobrino del rey Tarnaes y doncel que sirve a su prima Florinda, actuando como su emisario en la relación que esta mantiene con Platir.

[97] ora: ya; sirve para distinguir las cláusulas y para señalar perfectamente las acciones y objetos.

[98] prima noche: primero de los cuartos en que para los centinelas se dividía la noche, y comprendía desde las ocho a las once.

[99] ¡Así plega a Dios!: ¡Así lo quiera Dios!

[100] hora de nona: una de las horas canónicas, la novena después de la salida del sol, lo que se corresponde, más o menos, a las tres de la tarde.

[101] divisa: en el blasón vale señal, distintivo especial que el caballero, soldado o amante trae en su escudo, vestido o en otra parte, para manifestar los blasones de su casa, su profesión, sus pensamientos o sentimientos.

[102] laso: cansado.

[103] ¡sí Dios me valga!: ¡Así Dios me proteja, me ayude!

[104] Briolanja: hermosa hija del Rey de Sobradisa, a la cual intenta ayudar Amadís de Gaula. Cuando ella conoce al caballero, se enamora de él y lo requiere de amores. Sin embargo, Amadís se mantiene fiel a su señora Oriana. En su comportamiento, los lectores nobles de la época han de encontrar su

modelo de conducta.

[105] vísperas: el oficio de vísperas, hora canónica que se corresponde con el final del día; consta de un himno, dos salmos, un cántico del Antiguo o del Nuevo Testamento, una lectura corta de la Biblia, el Magnificat de la Santísima Virgen, responsorios, intercesiones, el Padrenuestro y una oración conclusiva.

[106] descolorido: la falta del color puede deberse a la falta del amor, como se decía en la época: «irse lo amado, y quedará lo descolorado».

[107] paréis en tal cosa mientes: considerar o meditar una cosa con atención.

[108] revesar: vomitar, volver al revés.

[109] A pesar de la injusticia que Oriana ha cometido con Amadís, éste se resiste a poner en duda la superioridad de su amada. Acata sus órdenes sin contradecir, dando muestra de su lealtad y fidelidad amorosa. Esta actitud modélica fue la que destacaron muchos de sus lectores, entre ellos don Quijote. El hidalgo manchego, en su intento de imitar a dicho caballero literario, pretenderá mostrarse en todo momento sumiso a la voluntad de esa imaginaria Dulcinea del Toboso.

[110] dobler: un talego, una pequeña bolsa de viaje, en donde guarda el pan y el pescado, la única comida que tiene, y que compartirá con el caballero.

[111] corana: prima hermana.

[112] El sueño de Amadís tiene un carácter premonitorio, puesto que preludia la posterior llegada de la Doncella de Dinamarca, confidente de Oriana, con una carta de ésta para el caballero en la que se arrepiente de su reacción airada, posibilitando el retorno de Amadís a la corte y el reencuentro amoroso de la pareja protagonista.

[113] pelote: pellote, prenda de vestir rústica, realizada con pieles de animales.

[114] tabardo: otra prenda rústica, propia de pastores; se trata de una casaca grande, con las mangas anchas, confeccionado con paños toscos, o con lana gruesa, como en este caso.

[115] Galpano ... Abiés ... Dardán: caballeros derrotados anteriormente por

Amadís de Gaula. Todos ellos contrastan con el héroe por su actuación negativa: por agraviar a una doncella, por querer atentar contra el rey Perión o por su extraordinaria soberbia.

[116] Apolidón: excelente mago que levantó lujosos edificios en su Ínsula Firme y dejó algunas pruebas mágicas. Amadís de Gaula se quedará como señor de la isla tras superar una de estas pruebas: la de la Cámara Defendida.

[117] Todos estos personajes son citados con frecuencia en los textos medievales como ejemplos de las consecuencias negativas del amor o incluso como víctimas de la maldad femenina.

[118] Onoloria: hija del Emperador de Trapisonda.

[119] Lisuarte de Grecia: hijo de Esplandián y nieto de Amadís de Gaula; protagonista de una continuación del ciclo amadisiano, el primer libro caballeresco escrito por uno de los autores más importantes del género: Feliciano de Silva.

[120] El doncel malinterpreta los sentimientos de Lisuarte hacia Gradafilea, hija del Rey de la Ínsula Salvagina, la cual atiende al caballero amorosamente mientras éste se recupera, en Constantinopla, de las heridas recibidas en la pelea que sostuvo sin reconocerlo con su abuelo.

[121] Caballero de la Vera Cruz: sobrenombre que adopta Lisuarte de Grecia tras ser bautizado así por un enano, el cual lo identifica por la cruz que figura en su escudo.

[122] Alquifa: hija del mago Alquife, uno de los encantadores más habituales en los libros de caballerías. A lo largo del Lisuarte de Grecia actúa como confidente e intermediaria en los amores de los caballeros protagonistas.

[123] matarse de desesperado: suicidarse. En el Quijote, tenemos un personaje que por amor se muere «desesperado», el pastor Crisóstomo, que no es correspondido en sus amores por la pastora Marcela.

[124] Caballero de la Espera: sobrenombre de Perión de Gaula, hijo de Amadís de Gaula. Este caballero está enamorado de Gricileria, hija del Emperador de Trapisonda.

[125] Florestán: sobrino de Amadís de Gaula. Esta enamorado de Griliana, hija del Duque de Orlitensa, vasallo del Emperador de Trapisonda.

[126] Flérida: hija de Palmerín de Olivia, emperador de Constantinopla. Pasa el tiempo en la huerta de su palacio junto a sus doncellas.

[127] Olimba: infanta de Niquea que interviene como confidente de don Duardos al que aconseja en la manera de acceder hasta Flérida y conquistarla.

[128] La facilidad con que caballeros como don Duardos logran, a través de un disfraz, adaptarse a un nuevo oficio o condición, puede preludiar la opción que manejan don Quijote y Sancho de abandonar su existencia caballeresca para transformarse en pastores. Dentro del universo irreal de los libros de caballerías, donde sus protagonistas destacan en cualquier empresa, todo es posible. Por el contrario, Cervantes parodiará a través de la risa las ilusiones de sus protagonistas de amoldarse improvisadamente a situaciones para las que no están preparados.

[129] Artada: doncella que se ha criado junto a Flérida y mantiene con ella una estrecha relación que la hará convertirse en su confidente amorosa.

[130] sandio: loco, necio o simple.

[131] Con la expresión “hacer dueña” se está indicando la pérdida de la virginidad por parte de la dama; de ahí que en muchos textos caballerescos se indique cómo la dama se ha acostado “doncella” para levantarse “dueña”. De manera habitual y tópica en el género esta expresión se emplea para aludir a la consumación sexual sin entrar en más detalles sobre el asunto. En los episodios con un marcado carácter licencioso el erotismo reside en la descripción de la indumentaria o de los gestos y movimientos placenteros de las doncellas.

[132] Agesilao: príncipe de Colcos y uno de los protagonistas de la Tercera parte del Florisel de Niquea. Siendo muy joven destaca por su excepcionalidad, pero el enamoramiento de Diana turba sus ánimos.

[133] Diana: hija de Florisel de Niquea y de la reina Sidonia. Su madre la ha encerrado en una fortaleza construida por un mago. Allí no puede acceder ningún caballero. Sólo aquel que le traiga a la reina la cabeza de Florisel podrá conseguir la mano de Diana.

[134] Arlanges: príncipe griego y amigo inseparable de Agesilao, con quien se ha criado y educado. Cuando éste le confía su pasión hacia Diana, él intenta ayudarle a llegar hasta ella.

[135] Cabalión: monstruo híbrido nacido como resultado de unas relaciones incestuosas. Habita en una cueva del Castillo del Roquedo. Su madre es la responsable del encantamiento de la pareja Rosafar y Artifira, suceso que moviliza a Galtacira para recabar la ayuda de Agesilao.

[136] ensandeciera: enloqueciera.

[137] El estilo rebuscado de algunos textos caballerescos, dominados por las figuras retóricas, se convirtió en una de las críticas más habituales al género. Alonso Quijano, como se indica en la primera parte del Quijote, adoraba este estilo, esos períodos como “la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra fermosura” (1ª, cap.1), que recitaba el hidalgo por las noches en su biblioteca, y que pueden hallarse en algunos pasajes como este de los relatos de Feliciano de Silva.

[138] argüiría: disputaría, presentaría pruebas que mostrarían la falsedad de lo dicho con anterioridad.

[139] Zirfea: poderosa encantadora, reina de Árgenes y hermana del Soldán de Niquea y de Zarzafiel. Tras la muerte de este último en el Lisuarte de Grecia, intentará vengar su muerte secuestrando y hechizando a los protagonistas en el Castillo de las Siete Torres, aventura que será superada por Amadís de Grecia.

[140] derrocados: caídos.

[141] adargas: escudos de cuero con forma ovalada o figura de corazón.

[142] Si la maga Urganda la Desconocida en esta ocasión ha irrumpido en escena transformada en serpiente, en libros anteriores del ciclo del Amadís de Gaula se presenta en la corte en unas maravillosas embarcaciones y con unos artificios visuales y sonoros espectaculares.

[143] Tanto Lisuarte como Perión desconocen que sus amadas han dado ya a luz y que son, por tanto, padres: el primero lo es de Amadís de Grecia y de Silvia, el segundo de Lucencio. En todos los casos los recién nacidos se han separado de sus madres respectivas para evitar la condena por el hecho de que ellas no están

casadas públicamente.

[144] Tirante [el Blanco]: caballero de Bretaña, del linaje de La Roca Salada. A su llegada a Constantinopla se enamora locamente de Carmesina. Pero el guerrero valiente y triunfador se encuentra con muchas dificultades a la hora de consumar su pasión sentimental.

[145] Carmesina: hija del emperador griego y única heredera al trono tras la muerte de su hermano. Su deslumbrante belleza cautiva el ánimo de Tirante.

[146] Viuda Reposada: nodriza y dama de compañía de Carmesina. Su amor hacia Tirante le hace adoptar una postura activa, sembrando la discordia entre los protagonistas, que desdice claramente el alcance semántico de su propio nombre.

[147] le desplega: le disgusta.

[148] Placerdemivida está interesada en el caballero Hipólito, sin embargo, éste pretende gozar del amor de la Emperatriz de Constantinopla, una mujer mucho mayor que él y a través de cuya relación Hipólito conseguirá un notable ascenso social. En los episodios del Tirante, más que en otros textos de la época, se aprecian los fundamentos del amor cortés, el que se creó, difundió e impuso desde el sur de Francia, gracias a las canciones trovadorescas del siglo XII.

[149] difamar: desacreditar a alguien.

[150] arrayán: planta que siempre se mantiene verde, de flor blanca, de aroma intenso y agradable; se destila dando lugar a perfumes muy apreciados en la época.

[151] de sedas jaldes: de sedas de un color amarillo intenso.

[152] clavellinas: pequeños claveles, en este caso de color rojo, que han sido bordados sobre el amarillo de la seda.

[153] tocado: adornos, en este caso dorados, con que las mujeres adornan su cabello.

[154] albos: blancos.

[155] se turbó: se sorprendió, de tal modo, que no es capaz casi ni de hablar ni

de seguir adelante.

[156] se pagó: se aficionó o se prendó del caballero.

[157] Amadís de Grecia: hijo de Lisuarte de Grecia, protagonista del libro noveno del ciclo de Amadís de Gaula. En principio se enamora de la infanta Lucela. Sin embargo, más tarde es Niquea quien queda prendida de su fama y su retrato, e intenta seducirle. Amadís conoce a Niquea también a través de una pintura suya. Poco a poco va inclinándose más hacia esta última mujer, sin que llegue a olvidar nunca a Lucela.

[158] rejón: hierro que se pone en el cerco de las puertas.

[159] Castillo de las Poridades: es decir, el Castillo de los Secretos.

[160] Zahara: reina amazona del Cáucaso. Acude a Babilonia deseando casarse con Zaír. Pero como éste ya ha muerto a manos de Lisuarte de Grecia, Zahara quiere vengarse de él. En Constantinopla llega a pelear con el caballero, siendo derrotada. Se enamora de Amadís de Grecia y su hostilidad hacia el linaje amadisiano merma progresivamente.

[161] a manera de tabernáculo: como un sagrario donde se custodia el Santo Sacramento.

[162] Penélope: esposa de Ulises y símbolo de la fidelidad conyugal: para engañar a sus pretendientes tejía por el día lo que terminaba por destejer por la noche, por lo que nunca terminaba la labor que había puesto como plazo para elegir marido entre sus nuevos pretendientes.

[163] Apolidón y Grimanesa: personajes del Amadís de Gaula.

[164] Píramo y Tisbe: pareja de amantes cuya historia termina trágicamente. Según las versiones ambos se suicidan, bien después de que Tisbe se crea embarazada, bien después de una confusión, al creer Píramo que su amada ha sido muerta por un león, al encontrar su camisa rasgada y llena de sangre.

[165] Medea: famosa maga que se enamoró de Jasón, al que ayudó a conseguir el Vellocino de Oro. En los libros de caballerías, su nombre es sinónimo de la más grande y sabia de las magas de todos los tiempos, contra cuyos poderes poco o nada se puede hacer.

[166] Zirfeno y Zirena: matrimonio de hechiceros paganos, cuyos hijos intentaron secuestrar a las princesas griegas en un libro anterior y fueron derrotados por los sabios Alquife y Urganda.

[167] Silves de la Selva: hijo ilegítimo de Amadís de Grecia y de Finistea, engendrado en la Isla Despoblada después de que sus padres ingiriesen una fruta maravillosa y perdiesen el sentido de la realidad más inmediata. Está enamorado de la reina amazona Pantasilea y, tras su secuestro, anda en su búsqueda.

[168] Falanges de Astra: rey de Colcos, marido de Alastraxerea y padre de Agesilao.

[169] Alastraxerea: hija de Amadís de Grecia y de Zahara, y madre de Agesilao.

[170] Fortuna: hija de Amadís de Grecia y de Niquea.

[171] Leónida: princesa griega.

[172] mástil de trinquete: en el lenguaje marinero se refiere al palo mayor que se cruza con el de proa.

[173] Esferamundi: hijo de Rogel de Grecia y de Leónida. Su onomástica obedece a la marca corporal que figura en su pecho. Si otros caballeros nacen con la señal de una espada, una estrella o unas letras, en su caso tiene una esfera que representa el mundo.

[174] El ciclo de Amadís de Gaula es español, comenzado a finales del siglo xv a partir de la refundición de un texto medieval realizada por Garci Rodríguez de Montalvo, finaliza con esta entrega publicada en 1546. En italiano, por su parte, se completará el ciclo con la prometida continuación con el título Esferamundi de Grecia, en seis libros (entre 1558 y 1565), de Mambrino Roseo de Fabriano.

[175] Febo: nombre del dios Apolo que poéticamente se tomaba por el Sol.

[176] membrudo: robusto de cuerpo.

[177] broncha: joya de piedras preciosas.

[178] Recuérdese que en un fragmento anterior don Duardos tomaba la identidad del hortelano Julián con tal de estar cerca de su amada Flérida.

[179] desacordadamente: sin estar de acuerdo.

[180] hacia el mediodía: hacia el sur.

[181] zaguera: parte posterior de una cosa.

[182] Las trampas y robos de este personaje no sólo provocan molestias en sus víctimas, sino que se convierten en un motivo cómico desde el que se parodian determinados aspectos característicos del género.

[183] Recuerde el lector que en un texto precedente Galtacira iba en busca de Daraida—Agesilao para que la ayudara a desencantar a la pareja Rosafar y Artifira. Tras haber logrado Daraida culminar su empresa y haber muerto al híbrido Cabalión, Galtacira viaja con el pellejo de la bestia en compañía de los viejos Barbarán y Moncano.

[184] requiriéndolas: solicitándoles, persuadiéndolas.

[185] Aunque la vejez es una etapa natural de la existencia humana y determinados caballeros siguen combatiendo heroicamente a pesar de su edad avanzada, en algunos casos este rasgo puede convertirse como la fealdad en motivo de risa, sobre todo cuando los personajes demasiado viejos o demasiado feos aspiran a acometer empresas que difícilmente pueden conseguir según sus posibilidades físicas. Algo de ello es lo que también suscitará el humor en el caso de don Quijote cuando desea superar unas aventuras para las que físicamente no está preparado.

[186] ¡sus!: voz utilizada para infundir ánimo, excitando a ejecutar con vigor una cosa.

[187] aquello arguye: aquello es indicio.

[188] Todo este episodio protagonizado por los ancianos Barbarán y Moncano se supone que es contemplado a través de una esfera mágica que el sabio Alquife tiene en su castillo y en la cual miran divertidos los principales personajes del relato.

[189] sereno: humedad de que está impregnada la atmósfera durante la noche.

[190] liviandad: lascivia, ligereza.

[191] Al igual que los caballeros también en estas obras hay numerosas doncellas andantes que vagan libremente por la geografía de estos relatos, sin miedo a que su honra quede expuesta a los más diversos peligros, provocando diversos enfrentamientos como el que aquí se narra. Precisamente, el hecho del estado de indefensión en que estaban estas doncellas en cualquier paraje donde les resultaría imposible defender su virginidad era un dato más de los que despertaban los recelos de los moralistas y los religiosos del xvi hacia este tipo de ficciones.

[192] trocarnos: cambiarnos.

[193] Como ya se ha indicado, en el género caballeresco cada vez va a gozar de mayor presencia la figura de la doncella guerrera, que, con armadura y traje de hombre, va en busca de aventuras y se enfrenta a otros caballeros andantes, tanto hombres como mujeres, a los que vence o por los que son vencidas. La mayor importancia que se le concede progresivamente a este motivo podría residir en un incremento paralelo del público lector femenino, al que le gustaría reconocerse o identificarse con personajes gallardos de su mismo sexo.

[194] quien bien tiene y mal escoge: refrán popular que se continúa del siguiente modo: “si sale mal que no se enoje”.

[195] nonada: cosa insignificante.

[196] Rogel de Grecia: hijo de Florisel de Niquea y protagonista de la Tercera y la Cuarta parte del Florisel de Niquea de Silva.

[197] Para un caballero andante que tiene que recorrer grandes distancias su montura es tan importante como lo son sus armas. Además, aunque los libros de caballerías no suelen señalar un detalle que se supone sobrentendido, sus caballos deberían ser fuertes (y, por tanto, caros, con lo que no todos podían costearse uno —las características físicas de Rocinante pueden dar muestra, entonces, de las posibilidades económicas de don Quijote—) para resistir las acometidas en una guerra y torneo. De ahí que la sustracción de uno de estos animales se entendiera como una infracción gravísima.

[198] caudón (alcaudón): pájaro carnívoro empleado en cetrería, con pico ganchudo y alas y cola negras, manchadas de blanco.

[199] chirriados: chillidos de los pájaros que no cantan armoniosamente.

[200] celada: trampa.

[201] comedirse: arreglarse.

[202] enojado a par de muerte: en sentido figurado, el enfado de don Rogel es mayúsculo.

[203] raigón: raíz.

[204] tocón: parte del tronco de un árbol que queda unida a la raíz cuando lo cortan por el pie.

[205] jarretar: cortar la parte alta y carnuda de la pantorrilla.

[206] ¿Ya no os di fin y quito de esa paga?: ¿no os di certificación de que las cuentas ya están ajustadas?

[207] Zaír: nuevo miembro del linaje amadisiano, hijo de Lisuarte y de su segunda esposa, Abra.

[208] escarneciéndolo: burlándose de él.

[209] hombre de capellina: soldado de a caballo; la capellina es la pieza de la armadura que cubría la cabeza.

[210] aciones zagueros: correas en la parte trasera de que prende el estribo en la silla de montar.

[211] Alicandro: emperador de la gran Tartaria y de las Indias. Después de que el Caballero del Febo, protagonista de la historia, abandone a su hija Lindabrides tras haberse comprometido a casarse con ella, Alicandro querrá vengar lo que considera una ofensa atacando a Grecia con otros príncipes paganos.

[212] superbísimo: superlativo de soberbio.

[213] Bramarante: fue uno de los principales instigadores del ataque pagano sobre Grecia.

[214] Se refiere el narrador a Briana, esposa de Trebacio y madre del Caballero del Febo, de Rosicler y de Claramante.

[215] Los libros de caballerías repiten la idea de que las protagonistas son tan bellas que parecen haber sido creadas por los mismos dioses. De ahí que se hable de ellas como de criaturas celestiales.

[216] Claramante: hijo del emperador Trebacio y de Briana, y hermano, por tanto, del Caballero del Febo.

[217] Claridiana: princesa de Trapisonda, hija de la Diana, reina de las amazonas. Estos antecedentes la convierten en doncella guerrera. Tiene que competir con Lindabrides por el amor del Caballero del Febo, con el cual se casará finalmente.